



SELECCIÓN DE
ENSAYOS Y
POEMAS

JOSÉ LUIS MELGAREJO VIVANCO

JOSÉ LUIS MELGAREJO VIVANCO

SELECCIÓN DE ENSAYOS Y POEMAS



SELECCIÓN DE

ENSAYOS Y POEMAS

JOSÉ LUIS MELGAREJO VIVANCO

Comentarios de

MARIO NAVARRETE HERNÁNDEZ
GILBERTO BERMÚDEZ GORROCHOTEGUI
RAÚL HERNÁNDEZ VIVEROS
CARLO ANTONIO CASTRO

Gobierno del Estado de Veracruz de Ignacio de la Llave

Fidel Herrera Beltrán
Gobernador del Estado de Veracruz

Víctor A. Arredondo
Secretario de Educación de Veracruz

Domingo Alberto Martínez Resendiz
Subsecretario de Desarrollo Educativo

Xóchitl A. Osorio Martínez
Subsecretaria de Educación Básica

Rafael Ortiz Castañeda
Subsecretario de Educación Media Superior y Superior

Edgar Spinoso Carrera
Oficial Mayor

Andrés Valdivia Zúñiga
**Coordinador para la Difusión y Optimización
de los Servicios Educativos**

Blanca Estela Hernández García
Jefa del Departamento de Apoyo Editorial

Departamento de Apoyo Editorial

Blanca Estela Hernández García

Jefa del Departamento

María de Lourdes Hernández Quiñones

Jefa de la Oficina de Colecciones

Sergio Nochebuena Bautista

Jefe de la Oficina de Distribución

Nubia A. Castañeda Moctezuma

Apoyos Técnicos

José Armando Preciado Vargas

Ernesto Juárez Rechy

Corrección

Milena Gómez Castro

Diseño de Portada

Reyna Velasco López

Formación

Sara del Carmen Solís Arroyo

Jennefer Malpica Guzmán

Captura

D.R. © 2008 Secretaría de Educación de Veracruz

km 4.5 carretera federal Xalapa-Veracruz

C.P. 91190, Xalapa, Veracruz, México

Impreso en México

Selección de ensayos y poemas es un texto editado por la Secretaría de Educación de Veracruz del Gobierno del Estado de Veracruz de Ignacio de la Llave. Toda correspondencia dirigirla al Departamento de Apoyo Editorial de la Coordinación para la Difusión y Optimización de los Servicios Educativos de la SEV, Av. Araucarias núm. 5 Edificio Orense II, tercer piso, Col. Esther Badillo, C.P. 91190. Tels. 01(228) 813 98 61 y 813 99 44 (fax). Correos electrónicos: apoyoeditorialsec@secver.gob.mx y daesec05@yahoo.com.mx El contenido es responsabilidad del autor. Se autoriza la reproducción parcial o total del contenido, siempre y cuando se cite la fuente.

Contenido

9	Introducción <i>Mario Navarrete Hernández</i>
17	Semblanza del maestro José Luis Melgarejo Vivanco <i>Gilberto Bermúdez Gorrochotegui</i>
23	Textos de José Luis Melgarejo Vivanco en <i>La Palabra y el Hombre</i> <i>Raúl Hernández Viveros</i>
39	José Luis Melgarejo Vivanco: el hombre y la palabra <i>Carlo Antonio Castro</i>
	Ensayos de José Luis Melgrejo Vivanco
51	En torno a la mexicanidad
73	Navegación prehispánica en América
90	La Estela 1 de Piedra Labrada, Veracruz
109	Los petroglifos de Atzalan
122	Ovogénesis
137	Los relieves del Juego de Pelota Sur, en El Tajín
164	Ripios de Huracán
168	El fondo sellado de un plato

Prólogo

En alguna de sus declaraciones, el recordado escritor argentino Jorge Luis Borges refiere que en la etapa de su educación sentimental como lector no estaba en boga lo que ahora conocemos como literatura infantil. Esta circunstancia lo hizo emprender una búsqueda personal de lecturas que no sólo lo llevó a revisar otros géneros, sino también a un acercamiento con los escritores universales que estimularían su amor por las letras y la creación literaria.

La indagación es el denominador común de los creadores, sin importar la disciplina a la que se dediquen. En la semblanza incluida en este volumen vemos un buen ejemplo de ello: nos enteramos que, desde muy temprana edad, José Luis Melgarejo Vivanco se inició en la lectura al encontrar libros como *El periquillo sarniento*, de Fernández de Lizardi, y *Las mil y una noches*. Mientras el primero echa una mirada aguda a la realidad mexicana de su tiempo, el segundo es puerto de partida para que la imaginación y el espíritu creador alcen el vuelo.

El descubrimiento de nuevas alas para la imaginación se enriquece con sus vivencias personales. El investigador Bermúdez Gorrochotegui lo recuerda: “Siendo niño, su padre lo llevaba a caballo [...] y en el camino le preguntaba sobre los sitios por donde pasaban”. Desde que conoció

Zempoala, Quiahuiztlan y otras zonas arqueológicas de la región, se interesó por el estudio de nuestra historia. La frase “el hombre es el niño que fue” no podía ser más certera: Melgarejo Vivanco habría de ser, con el tiempo, un estudioso tenaz de nuestro pasado prehispánico y pionero en la materia en Veracruz.

Tenemos una gran deuda con él en diversos ámbitos: el académico, el de la investigación y el de la función pública. Recorrió el camino que va de maestro de nivel primaria al de enseñanza media y universitaria; fue Decano de los investigadores del Instituto de Antropología y fundador de las facultades de Historia y Antropología de la Universidad Veracruzana.

Entre los múltiples resultados como investigador social baste citar los siguientes títulos: *Totonacapan*; *Historia antigua de Veracruz*; *Toponimia de los municipios veracruzanos*; *Los lienzos de Tuxpan*; *Breve historia de Veracruz*; *Antigua historia de México*; *El Códice Nuttall*; *El Códice Actopan* y *El Códice Misantla*. Y como creador literario: *Declaración de amor a Veracruz*; *Juan Pirulero*; *Jimbaña* y *Atavismo litoral*.

José Luis Melgarejo Vivanco dedicó también gran parte de su tiempo y sus esfuerzos a cargos como servidor público, siempre con honestidad y entrega ejemplares; además, lo hizo con un nacionalismo reflejado en la defensa de los valores patrios y una vocación laica, alejada de jacobinismos trasnochados, que le sirvió de fundamento en su férrea lucha por mantener el Estado secular.

Es de justicia, por supuesto, felicitar a todos aquellos que hicieron posible el presente volumen, ya sea como colaboradores, ya como editores. *Selección de ensayos y poemas* tiene, además, un mérito especial: conjunta –cosa nada fácil– una serie de escritos antológicos de y sobre el maestro José Luis Melgarejo Vivanco que habrán de ser puerta al conocimiento de su obra y nuestras raíces. Sabemos que despertará el interés de las nuevas generaciones por conocer la producción de este extraordinario estudioso veracruzano.

Dr. Ricardo Corzo Ramírez

Introducción

Mario Navarrete Hernández

La obra del profesor José Luis Melgarejo Vivanco es amplia, trascendente y diversificada. Desde cualquier ángulo que se la mire, es una fuente de conocimiento, de novedosas y bien cimentadas teorías. Enemigo de lugares comunes, incansable investigador, historiador, humanista profundo y convencido. Transitó desde la documentación y explicación del hecho local hasta su inserción en un contexto ecuménico.

Los textos que ahora se presentan son apenas unos cuantos de su fértil producción. Debe decirse que no fue una tarea sencilla escogerlos; más todavía, fue necesario buscar entre diversos trabajos que correspondieran con cada una de sus facetas como investigador: son ensayos que van más allá de lo estrictamente regional, incluso lo nacional, que insertan deidades, mitos y leyendas mesoamericanas en la compleja historia universal.

Aun su poesía dista de ser sentimentalista, por el contrario, es verdaderamente intelectual, asequible y comprometida, sin dejar de

expresar a través de sus versos el amor al terruño, a la patria, a la humanidad; por eso en su poema **Los Húngaros**, como primer ejemplo, siente y reflexiona sobre el devenir histórico de ese grupo humano incomprensido, tan antiguo como las tradiciones que de manera trashumante lleva a cuestas como un fardo más en su caminata sin final. Lejos de la geografía de García Lorca, dedica a los gitanos en México, en Veracruz, unos versos cargados de comprensión y de humanismo. Cosmopolita y provinciano a la vez, maneja la Geografía y la Historia en torno a la gitanería y viaja con ellos unas cuantas jornadas, para quedarse estático en familiar compañía y, por fin, dejarlos que prosigan su camino.

Más ecuménico en el poema **Lumumba**, encuentra en el prócer africano la hermanada herida de aquellos trasplantados en siglos anteriores y que dieron por resultado lo que de estirpe negra tiene el mexicano actual:

San Patricio, te digan en el África entera,
y en mi México, el Yanga, con su grito tenaz.
Que tu coágulo mártir lleve alivio a los ojos,
libertad al opreso y al infante la paz.

Pero Patricio Lumumba era un ser humano, un líder de su pueblo y de su gente; no como aquel Prometeo que en su antiguo mito roba el fuego que pretende regalar a los humanos y a quien Melgarejo Vivanco ofrece un poema salpicado de reproches cuando dice:

Vencido Prometeo,
cacharro del cerámico de Atenas,
qué insulso fue tu fuego, comparado
con el que a orillas del Yang Tsé Kiang
prendiera el pueblo
dulce como la tierna espiga del arroz;
pirotecnia celeste, rumor de los luceros,
inocencia en la voz,
credo en el ala
propalando fulgores en los puertos
del Golfo de Bengala.

Hace referencia al fuego pacífico y festivo, en comparación al bélico desarrollado a partir de los griegos y regado después por todo el mundo; pero, seguramente, no deja de tener en mente y hacer alusión sutil a la conquista del fuego en los principios de la humanidad, cuando el *Sinjanthropus pekinensis* inició —cual verdadero Prometeo— el uso del fuego.

En el **Canto al país de Yucatán** reflexiona sobre la triste suerte de las selvas mexicanas y preve el futuro que les tocará por abrir paso a los territorios de cultivo:

Selva del estupor,
sepulcro de los dioses
talados bajo la palabra: maíz,
engendradora de las esmeraldas,
y de Kukulcán;
incensario del viento,
cenote del silencio,
templo de los misterios de la tribu,
cómputo de los astros,
oración.

Y más adelante:

consunción en la tierra macerada de granos;
vieja selva,
perdón.

Por supuesto que no desdeña hablar sobre el auto de fe de Maní y la desaparición de los códices mayas, del sentimiento del padre Landa “trastornado de razón”.

Hasta ahí la poesía que por sí misma vuela muy alto. Explorando entre los textos y las enseñanzas, por la actualidad del tema y la necesidad de entender la identificación étnica nacional se inicia esta antología con el ensayo **En torno a la mexicanidad**. Los problemas de la llamada “globalización” inciden cada vez más en el corazón y la mente no sólo de los mexicanos, sino en todos los habitantes del mundo. Los medios masivos de comunicación han eliminado las fronteras naturales y culturales para homogeneizar economías, pensamientos

y conciencias. Nunca como ahora son necesarios textos orientadores como éste, que obliguen a la reflexión. Dicho texto es el equivalente actualizado de *Forjando Patria*, escrito por Manuel Gamio hace años y que es referencia obligada para quienes se inician en la disciplina de las Humanidades, principalmente de la Arqueología mexicana. **En torno a la mexicanidad** es un ensayo valiente y claro, sin retóricas huecas, en el que no hay medias tintas ni traiciones a la patria escudadas bajo el dulzón sabor de la “internacionalización”, del “modernismo” o del “progreso”. Debería ser lectura obligatoria y analizado por los estudiantes de todos los niveles, por lo menos en Veracruz. Ninguna de sus frases es ociosa, ninguna de sus propuestas es vana, de todo su texto emana no únicamente la sabiduría, sino el celo por la Patria y por lo mexicano.

Ripios de Huracán es otro ensayo de suma importancia para entender el contexto religioso mesoamericano prehispánico, sobre todo en el área donde convergieron las culturas circuncaribeña y mesoamericana. Huracán es el fenómeno meteorológico traducido en la deidad de mayor trascendencia para éstas. El profesor Melgarejo rastrea la presencia ubicua de este númen por todas las mitologías del mundo y aporta datos sustanciales para investigaciones futuras. Los mitos y relatos de Huracán son parte de la historia de la humanidad, ya aparece en el Medio Oriente como Baal, en el África negra, entre los egipcios o los romanos, su nombre pasa al contexto científico moderno y la vieja palabra quiché ingresa a los diccionarios perdiendo su primitivo sentido: el dios violento de un solo pie, el que desgarrar furioso y camina errante como un beodo, el de los brazos de viento, con un único ojo, como lo describen las esculturas arqueológicas en el Caribe y lo refiere el *Popol Vuh*. La versión totonaca de El Tajín lo llama Huracán-Mictlantecuhli, con su armado brazo izquierdo lanza rayos. Quedan brechas abiertas por este trabajo para proseguir las investigaciones, sobre todo en Mesoamérica, donde se transfigura en la persona de otras deidades bien conocidas, como Tezcatlipoca y Huitzilopochtli.

Al transitar de lo general a lo particular es necesario detenerse a estudiar y comentar el interesante mito de la ovogénesis. La humanidad siempre ha intentado explicarse su origen. Esto ha resultado en una gran

colección de mitos, leyendas, incluso pseudocientíficas que se expenden como novedades en cualquier puesto de periódicos. Entre tantas, hay una que es prácticamente universal, se trata de la ovogénesis: explicar el origen humano a partir de un huevo mitológico, sagrado. El profesor Melgarejo, haciendo a un lado las barreras del mezquino y cegatón *antidifusionismo* estudia y plantea antropológicas dudas y serias descripciones. Viaja bibliográficamente buscando en otros pueblos y otras gentes de maneras aparentemente diferentes de pensar, en lejanas geografías, un hilo conductor en la urdimbre genealógica-mítica: “Un intento de buscar en otras mitologías casos de ovogénesis, puede conducir de momento a la India”, más adelante, al proseguir con su análisis, hace ilustrativa visita a los basutos, en África: “Los basutos tienen además, el cuento de Seetetelané, muy pobre. Buscando qué comer, encontró un huevo de avestruz. Lo escondió en su choza, y al día siguiente, cuando regresó de sus andanzas, encontró alimentos recién preparados”. Continúa con la cosmogonía de los dogon para hablar del Huevo del mundo. El estudio de mitos dahomeyanos y fon, entre otros más, completan la investigación. Culmina en Mesoamérica, donde parece ser que los relatos entre los popolocas y los mixes del sur de Veracruz se desarrollan también alrededor del mito ovogénico y toman forma en una escultura arqueológica encontrada en Catemaco y conservada en el Museo de Antropología de Xalapa. Regionalmente, el ensayo **Los relieves del Juego de Pelota Sur, en El Tajín**, desde la introducción denota el tesón y lo riguroso de la investigación cuando escribe:

En el año de 1943 principió este anhelo de saber el significado de los relieves en el Juego de Pelota Sur de El Tajín. Para 1949, y en la *Historia de Veracruz*, “Época Prehispánica”, se adelantaron algunas interpretaciones, con especialidad en cuanto a la cronología, pese a conocer, por entonces, una sola Fecha Era, causa de la traducción distinta.¹

Iniciado en la década de los cuarenta, es uno de los más acabados de su producción, ¡cuán distinto de muchos otros que pretenden desentrañar

¹ José Luis Melgarejo Vivanco. (1974, septiembre). *La palabra y el hombre*. Nueva época. Núm. extraordinario. México, Universidad Veracruzana.

significados esgrimiendo argumentaciones pueriles o descabelladas! Discute desde la posibilidad de tratarse, efectivamente, de un campo para el juego de la pelota, trayendo a cuento lo escrito por el Arq. Ignacio Marquina para resolver el problema a la luz de las excavaciones arqueológicas. La primera interrogante es la fidelidad de las copias y fotografías de los relieves, inmediatamente después, el orden de lectura. Este último problema plantea la clave para el entendimiento. Su argumentación, basada en asuntos mitológicos y cosmográficos, le permite adelantar una hipótesis para el orden de lectura correcto. Después viene la interpretación de los tableros. Dedicados los centrales a Tláloc, hacen alusión a Huracán, la omnipresente deidad de la costa del Golfo. Presidiendo el tablero central del muro sur aparece una deidad manifiestamente costeña: Chicomexóchitl.

Nuevamente en lo regional, el ensayo sobre **Los petroglifos de Atzalan** arroja luces sobre la arqueología regional. Atzalan, municipio del centro de Veracruz, cuenta entre sus ruinas arqueológicas las de Vega de la Peña y Cuajilotes, como las más nombradas ahora, gracias a la publicidad, bajo el nombre fabricado de “Filobobos”. Estos petroglifos parecen primitivos por su factura, pero acusan conciencia histórica, misma que interpreta por el profesor Melgarejo, partiendo de una descripción:

Con estos dibujos rupestres fueron representados diversos motivos, destacando un templo, cuya base piramidal y taludes invertidos, recuerdan elementos arquitectónicos característicos de la cultura totonaca, el techo del adoratorio se corresponde con los de las tumbas en Quiahuiztlan. Junto al edificio hay la representación de un rostro difícilmente identificable. Podrían pensarse, un toponímico, y el nombre de la deidad a la cual se dedicaba el templo, pero no pasaría de conjetura.²

Los petroglifos sirven para configurar la raigambre del municipio de Atzalan.

Mucho de marinero hay en las venas veracruzanas. Mar es el horizonte donde nace el sol y grande es el litoral. La Isla de Sacrificios, frente a la ciudad y Puerto de Veracruz, debió haber sido una tentación para los antiguos habitantes de la costa. Su nombre prehispánico náhuatl es metáfora de accidente geográfico: *Chalchiuhtlapazco*, es decir, “la

² José Luis Melgarejo Vivanco. (1962, julio-septiembre). *La palabra y el hombre*. Núm. 3. México, Universidad Veracruzana.

bandeja de jade”. La misma tentación sintieron los arqueólogos del Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana, Alfonso Medellín Zenil y Manuel Torres Guzmán, cuando, alentados por nuestro autor, iniciaron ahí las investigaciones arqueológicas con excelentes resultados.

En el ensayo **Navegación Prehispánica en América** se ponen de nueva cuenta sobre la mesa las evidencias de los antecedentes poblacionales del continente. Transcribe los poemas rezumantes de frustración por parte de Þórhallr —una especie de Omar Khayyam vikingo— que señalan a las claras la clase de tierras descubiertas al occidente de Groenlandia:

Aquí me han prometido
la mejor entre las bebidas;
y me parece una tierra
para gente sin vicios:
he tenido que tomar el cántaro
e ir a la fuente
o abrevarme en un pantano.³

Ésos fueron los navegantes que llegaron, los aborígenes americanos hicieron otras cosas.

Para viajar hasta la Isla de Sacrificios, los indígenas prehispánicos debieron hacer una corta travesía, pero se nos dice que en otros litorales mesoamericanos había tradiciones: “Por su parte, los quichés del *Popol Vuh* recordaban una migración que tuvo como base a Tula y fueron a establecerse a la región de Chichicastenango cuando llegaron al otro lado del mar” y que Colón reporta haber encontrado piraguas tripuladas hasta por cuarenta hombres.

Por último, la interpretación de **La Estela 1 de Piedra Labrada, Veracruz**, es un estudio acucioso de una inscripción más conmemorativa que simplemente artística. Encontrada en el sur de Veracruz, en el territorio olmeca, ofrece una perspectiva diferente sobre esta cultura tan mencionada y tan poco entendida. Esta escultura es una muestra

³ José Luis Melgarejo Vivanco. (1962, abril-junio). *La palabra y el hombre*. Núm. 10. México, Universidad Veracruzana.

del enfrentamiento entre mexicas y olmecas, que si no tan arqueológicos como los del horizonte preclásico, eran estos popolocas herederos de viejas tradiciones. Termina diciendo el autor:

La Estela 1 de Piedra Labrada, en la frontera de los mundos nahuatlacas y mayances, fue un curioso mecanismo de correlación para tres y tres calendarios de cada uno de aquellos pueblos, y su erección posible debió ser el año de 1483, cuando la provincia popoloca de Toztlan estaba en el dominio de Tenochtitlan, y la vieja y sabia cultura Olmeca se replegaba rumbo a Yucatán.⁴

Vendrían otros tiempos y pronto, en esos territorios ocupados por popolocas, mayas y nahuas, se vería pasar la impresionante comitiva rumbo a las Higueras, llevando prisionero al Emperador de los Mexicas.

⁴ José Luis Melgarejo Vivanco. (1962, octubre-diciembre). *La palabra y el hombre*. Núm. 16. México, Universidad Veracruzana.

Semblanza del maestro José Luis Melgarejo Vivanco

Gilberto Bermúdez Gorrochotegui

José Luis Melgarejo Vivanco se graduó como profesor en la Escuela Normal Veracruzana en 1936, título del cual siempre se sintió orgulloso. Fue uno de los iniciadores de los estudios antropológicos en Veracruz, Decano de los investigadores del Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana, así como fundador de las facultades de Historia y de Antropología de dicha alma máter. Consagró su vida a la investigación, a la docencia como profesor distinguido en diversas escuelas de educación básica, en el Colegio Preparatorio, en la Escuela Normal Veracruzana y a servir a la sociedad con honestidad y acendrada pasión.

Nació el 19 de agosto de 1914, en la congregación de Palmas de Abajo, municipio de Actopan, donde fue registrado y bautizado, cuando el Puerto de Veracruz estaba ocupado por las fuerzas intervencionistas norteamericanas. Hijo de don Eduardo Melgarejo, comerciante y pequeño

propietario dedicado a las labores del campo, y de doña Luisa Vivanco de Melgarejo. Tuvo nueve hermanos: Pedro, David, Eduardo, Ariel, Dina, Nicomedes, Amparo, Petra y Lilia. En 1950 contrajo matrimonio con la profesora Guadalupe Cruz García, tuvieron dos hijas: Luisa y Sonia. Siendo niño, su padre lo llevaba montado a caballo a las fiestas de Actopan y, en el camino, le preguntaba sobre los sitios por donde pasaban; conoció las ruinas de Zempoala, Quiahuiztlan, y otros sitios arqueológicos de la región, que lo inclinaron al estudio de nuestro pasado. En el seno del hogar comenzó a aprender las primeras letras; el primer libro que leyó fue *El Periquillo Sarniento*, de José Joaquín Fernández de Lizardi, lo siguieron *Las mil y una noches* y el *Quijote de la Mancha*, entre otros.

En Palmas de Abajo comenzó su educación en los diarios quehaceres del campo y en la escuela rural de su pueblo, donde contó con las sabias enseñanzas del profesor José Santos Hernández; posteriormente, a instancias del inspector escolar, el profesor Joaquín Jara Díaz, se trasladó a Xalapa y fue a terminar el sexto grado de primaria en la escuela cantonal “Juan de la Luz Enríquez”, heredera de una reforma educativa. En 1931, enviado por la Liga de Comunidades Agrarias, ingresó a la Escuela de Agricultura de Chapingo. Allí participó con Alberto Carvallo en la organización de los campesinos de Texcoco, entraron en contacto con individuos de ideas revolucionarias, por lo que tuvieron que salir del plantel. El gobernador Adalberto Tejeda envió a Melgarejo y a Carvallo becados a la Escuela de Agricultura de Ciudad Juárez, junto con otros ocho jóvenes, y de nuevo su ideología izquierdista les causó problemas. El periódico *The Time of the Paso* informó que el gobernador Tejeda había enviado diez comunistas a Ciudad Juárez. Por defender a sus compañeros y discrepar con las autoridades tuvo que abandonar la escuela y regresó a Xalapa.

El coronel Adalberto Tejeda quiso mandarlo a estudiar a Inglaterra, pero el joven declinó tan honrosa distinción y, en el mismo año de 1931, decidió ingresar a la Escuela Normal, cuando era director don Manuel C. Tello. Fue un destacado estudiante, representó a sus compañeros en el H. Consejo Técnico Administrativo de la escuela. Entre otros

catedráticos que contribuyeron en su formación figuran: José Mancisidor, Adolfo Contreras, Calixto Hernández, Juan Zilli, Luis Martínez Murillo, Porfirio Aburto, Víctor G. Piña, Adalberto Lara, José Díaz, Carlos Aceves, Eduardo R. Coronel y Rubén Bouchez, a quienes recordaba con afecto. En ese tiempo le publicaron sus primeros libros de versos: *Rebeldía*, *Bóldos*, *Las Rimas del Cerebro y Música sideral*.

En la Escuela Normal descubrió su vocación por la Antropología y la Arqueología. Con un grupo de estudiantes, en 1935, realizó su primera exploración arqueológica al visitar las ruinas de Quiahuiztlan, Villa Rica, Rincón de Moctezuma y Tepetzelan; a su término rindió un informe arqueológico al director. Con motivo de la celebración del cincuentenario del plantel, habló en nombre de las nuevas generaciones, en tanto que don Delfino Valenzuela, lo hizo por las antiguas. En diciembre de 1936 terminó sus estudios en la Escuela Normal Veracruzana, donde confirmó su vocación de maestro, de investigador social y fortaleció su espíritu de lucha.

Su vida profesional la ejerció como profesor en la escuela rural de su pueblo: Palmas de Abajo; después laboró en una escuela de Gutiérrez Zamora; luego en Zempoala, municipio de Úrsulo Galván. Allí realizó sus primeras indagaciones sobre la zona arqueológica del mismo nombre y años más tarde la Universidad Veracruzana le editaría el libro *Los Calendarios de Zempoala*. Posteriormente, trabajó en el Puerto de Veracruz, la Ciudad de México, Coatepec y, desde luego, Xalapa.

Participó en la vida política de Veracruz y México. En 1942 fue nombrado director de la Sección de Asuntos Indígenas del Estado de Veracruz, cuando era gobernador el Lic. Jorge Cerdán (1941-1944), desde la cual impulsó el estudio de sus tradiciones, costumbres, lenguas, zonas arqueológicas y su historia. En 1944 publicó *Jimbaña*, un libro de versos en donde dio a conocer “a su pueblo, sus costumbres y modo de sentir”; era su primer ensayo de etnografía jarocho puesta en verso. En 1947 el gobernador Adolfo Ruiz Cortines transformó la Sección de Asuntos Indígenas en Sección de Antropología, con lo que se le dio un carácter científico a las investigaciones realizadas por esta

oficina a cargo de Melgarejo Vivanco. En ese mismo año le propuso a Ruiz Cortines el primer proyecto del Museo Veracruzano de Antropología, el cual constaba de las secciones de Arqueología, Etnografía, Antropología Física y Lingüística, pero, dadas las carencias del erario, no fue posible su realización. Dicho museo se inauguró hasta 1960, cuando el maestro Melgarejo, desde la Subsecretaría de Gobierno del Estado, impulsaba la investigación antropológica y la educación universitaria en Veracruz, brindando todo su apoyo a su entrañable amigo el Dr. Gonzalo Aguirre Beltrán.

En 1950, el Lic. Ángel Carvajal, en su carácter de gobernador del estado, convirtió la Sección en Departamento de Antropología, adscrito a la Dirección General de Educación. Para entonces, la sección técnica la integraban el arqueólogo Alfonso Medellín Zenil, el ayudante de arqueólogo Manuel Torres Guzmán, el etnólogo Roberto Williams García y la lingüista Cristina Álvarez Lomelí. En 1953, el presidente Ruiz Cortines lo nombró Director General de Asuntos Indígenas en la República, cargo que desempeñó hasta 1956, pues el 1 de diciembre de ese año el Lic. Antonio M. Quirasco lo designó Subsecretario de Gobierno del Estado de Veracruz, puesto en el cual laboró hasta el 30 de noviembre de 1962. Fue Diputado Federal por el distrito de Xalapa en el periodo de 1973 a 1976, Director del Centro de Estudios Políticos, Económicos y Sociales del PRI —bajo su dirección se publicó el *Breviario Municipal* en 1977, obra en la que se puso a disposición del público un resumen de la información histórica, geográfica, estadística y económica de los municipios veracruzanos—; Coordinador de Zonas Indígenas y Deprimidas en el gobierno del Lic. Rafael Hernández Ochoa (1976-1980); Director del Museo de Antropología en el gobierno de Fernando Gutiérrez Barrios (1988-1992), Diputado Plurinominal en el gobierno del Lic. Patricio Chirinos Calero (1992-1995); miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad Veracruzana (1997-2002) y asesor de la Secretaría de Educación y Cultura en el gobierno del Lic. Miguel Alemán Velasco (1999-2002).

En el campo de la investigación antropológica e histórica, se distinguió por ser un investigador-docente, con una cultura enciclopédica, nunca negó una orientación, un consejo a los investigadores en formación:

“Cuando uno realiza una investigación, decía, debemos consultar todas las fuentes a nuestro alcance y recabar hasta el más mínimo dato, ya que éste puede ser importante en la solución de un problema”.

El maestro Melgarejo era un extraordinario observador de nuestro acontecer, analítico, reflexivo, crítico, de ideas vanguardistas motivo de polémicas, las cuales quedaron escritas en sus obras y están sujetas a ser comprobadas o refutadas por las generaciones actuales y futuras.

Es autor de más de cuarenta libros de historia, antropología, arqueología, literatura y poesía, entre los cuales destacan: *Totonacapan; Historia antigua de Veracruz; Toponimia de los municipios veracruzanos; La provincia de Tzicoac; Los lienzos de Tuxpan; Breve historia de Veracruz; Antigua historia de México; Historia de Boca del Río; Historia de Cotaxtla; Tamiahua, una historia huasteca; Antropología; Antigua ecología indígena en Veracruz; Los jarocho; Juárez en Veracruz; Historia de la ganadería en Veracruz; La Constitución Federal de 1824; La enseñanza lancasteriana; Boquilla de Piedras, el puerto de la insurgencia; Raíces del municipio mexicano; Adolfo Ruiz Cortines; América descubre al Viejo Mundo; Las revelaciones de El Tajín; El problema olmeca; Huasteca veracruzana; Época antigua; La peregrinación mexicana; Los totonacas y su cultura; Historia de Coatzacoalcos hasta 1599; Los calendarios de Zempoala; La escritura y calendario de los mayas; La piedra del calendario; El Códice Vindobonensis; El Códice Nuttall; El Códice Chapultepec; El Códice Coacoatzintla; El Códice Actopan; El Códice Misantra; Declaración de amor a Veracruz; Juan Pirulero; Jimbaña; Vieja rima; Metrópoli y Atavismo litoral.*

Colaboró en *Revista de Revistas*, en los periódicos *El Universal*, *El Dictamen*, *Diario de Xalapa*, el semanario *Punto y Aparte*. Fue fundador de la revista *Didacta*, de la Escuela Normal Veracruzana, y en *La Palabra y el Hombre*, de la Universidad Veracruzana, escribió los siguientes artículos: *Navegación prehispánica en América; La Estela 1 de Piedra Labrada, Veracruz; Los petroglifos de Atzalan; Ovogénesis; El fondo sellado de un plato; Honshu; Los relieves del Juego de Pelota Sur, en El Tajín; y los poemas Lumumba, Prometeo y Canto al país de Yucatán.*

Siendo subsecretario de Gobierno del Estado de Veracruz, con el apoyo del gobernador Antonio M. Quirasco, invitó a su amigo el Dr. Gonzalo Aguirre Beltrán para que se hiciera cargo de la Rectoría de la Universidad Veracruzana. Bajo sus auspicios nacieron la Escuela de Historia, el Instituto, el Museo y la Escuela de Antropología de la Universidad Veracruzana.

José Luis Melgarejo Vivanco dedicó su vida a estudiar al hombre y su cultura, puso su persona y su inteligencia al servicio de su querido estado de Veracruz en la educación de la niñez, en la formación de maestros normalistas y universitarios; fue amigo de distinguidos antropólogos e historiadores de su tiempo, como Alfonso Caso, Paul Kirchhoff, Ignacio Bernal, Eduardo Noguera, Wigberto Jiménez Moreno, Gonzalo Aguirre Beltrán, José Avilés Solares, José Corona Núñez, José García Payón y Carlo Antonio Castro Guevara. Su vasta obra en la investigación social lo sitúa como uno de los recios valores de la Antropología mexicana del siglo xx.

Su pensamiento vive a través de las páginas de sus libros, artículos y discursos; estudioso incansable de nuestro pasado, señaló rumbos y líneas de investigación para el análisis de una sociedad en constante proceso de cambio. Su obra constituye una clara defensa de lo indígena y su cultura, de las raíces que nos dieron identidad, de lo mexicano, y es una fuente de reflexión, no sólo para reinterpretar los hechos pasados, sino para observar y analizar el proceso histórico que actualmente vive la nación mexicana en el mundo globalizado que nos tocó vivir.

Textos de José Luis Melgarejo Vivanco en *La Palabra y el Hombre*

Raúl Hernández Viveros

“Melgarejo Vivanco es un espíritu inquieto y estudioso. En sus versos se aprecia al poeta de altos vuelos y en su prosa, elegancia de estilo y erudición de fondo”,¹ con estas líneas se define el trabajo intelectual del fundador de la antropología en Veracruz: José Luis Melgarejo Vivanco, quien nació en Palmas de Abajo, municipio de Actopan, Veracruz, el 19 de agosto de 1914 (a este mismo año correspondió el nacimiento de Octavio Paz y Efraín Huerta). Su primer contacto con el quehacer literario está plasmado esencialmente en la expresión poética, porque demostró desde sus inicios un profundo amor y respeto por la cultura totonaca al citar los siguientes versos:

Mañana vamos a hablar
No te diré una palabra

¹ Francisco R. Illescas y Juan B. Hernández. (1945). *Escritores veracruzanos: Reseña biográfico-antológica*. México, Imprenta Veracruz.

si no puedes resolver
di que no se puede.

A partir de su obra *Totonacapan*² se observa al analista y estudioso de la diversidad de temas de la cultura. Disciplinado y fiel testigo de la historia que se empeña en rescatar el recuerdo de los antiguos habitantes de estas tierras veracruzanas, como si hubiera comprendido la visión universal del cronista mexica Tezozómoc, quien sentenció:

Nunca se perderá, nunca se olvidará
lo que vinieron a hacer,
lo que vinieron a asentar en las pinturas:
su renombre, su historia, su recuerdo [...]
Siempre lo guardaremos
nosotros hijos de ellos [...]
Lo vamos a decir. Lo vamos a comunicar,
a quienes todavía vivirán, habrán de nacer.

De esta manera, Melgarejo Vivanco inició sus propias y originales pesquisas en torno de nuestro pasado milenario; particularmente, acerca de las zonas arqueológicas en el estado de Veracruz. Fomentó el respaldo a dichas actividades y propuso la creación del Instituto y la Escuela de Antropología de la Universidad Veracruzana y el Museo de Antropología de Xalapa. También invitó al Dr. Gonzalo Aguirre Beltrán³ a colocarse en la rectoría de la máxima casa de estudios de Veracruz. Al poco tiempo, en 1957, nace el proyecto editorial de *La Palabra y el Hombre*, al lado de importantes colecciones de libros, como *Biblioteca*, de la Facultad de Filosofía y Letras, *Cuadernos*, de la Facultad de Filosofía y Letras, la serie *Instituto* de la de Antropología, y *Ficción*, donde se abrieron las puertas a los escritores de América Latina y España.

Precisamente en *Biblioteca*, Melgarejo Vivanco ofreció su *Breve Historia de Veracruz*,⁴ interesante panorama de las áreas culturales del

² José Luis Melgarejo Vivanco. (1943). *Totonacapan*. México, Talleres Gráficos del Gobierno del Estado de Veracruz.

³ Gladis Casimir y Álvaro Brizuela A. (1991). Entrevista con el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán, en *Anales Antropológicos*. México, Facultad de Antropología, Universidad Veracruzana.

⁴ José Luis Melgarejo Vivanco. (1950). *Breve Historia de Veracruz*. México, Universidad Veracruzana.

estado, sin lugar a dudas se inspiró en la *Historia de la cultura en la América Hispánica*, de Pedro Henríquez Ureña,⁵ porque en ambos libros no existen notas a pie de página o referencias bibliográficas, ambos autores recurrieron a las enseñanzas de Alfonso Reyes:

En rigor no debe citarse sino de memoria, como quieren las Musas; suprimanse, si es preciso, las comillas, con lo que se salva el compromiso de la cita exacta. De mí diré que sólo siendo indispensable las uso, porque han comenzado a avergonzarme: son el signo de lo no incorporado, de lo yuxtapuesto, de lo que no sabemos; ellas sirven admirablemente para describir el cuerpo extraño incrustado en nuestro organismo. No puedo pasarlas: me punzan en la garganta como los mosquitos en el vino de que se quejaba Quevedo. Citar de memoria sería prenda, al menos, de que sólo usamos de lo propio, de lo ya asimilado. ¡Cuán sabios serían los escritores —declara el filósofo— si supieran todo lo que saben los libros que han escrito! A lo más acontece lo que al torero de cierta novela que, metido a literato, se hace comprar libros por metros y, cuando oye hablar de un autor, aunque él lo ignore, se consuela diciéndose: “Lo ha de haber en mi biblioteca”.⁶

Por otra parte, en aquellos años los principales historiadores desarrollaron sus trabajos de acuerdo con el poder de la memoria. Es suficiente mencionar el impresionante ensayo sobre la forma de escribir y hacer historia de Edmund Wilson,⁷ o los libros de José Ortega y Gasset, en los cuales pocas veces se recurre a las citas bibliográficas de nota al pie. Dentro de las páginas de *La Palabra y el Hombre* existe una aspiración de universalidad e infinidad de trabajos académicos que intentaron contribuir al desarrollo de la cultura. Se planteó como una empresa educativa, una tarea de vinculación de todos los aspectos de la investigación universitaria, básicamente al servicio de la educación para alcanzar los más elevados y universales valores de la cultura.

El material bibliográfico de Melgarejo Vivanco en *La Palabra y el Hombre*

“Toda obra de arte salida de la mano del hombre es el resultado de un proceso que se da en el tiempo: se necesita tiempo para amasar la arcilla

⁵ Pedro Henríquez Ureña. (1947). *Historia de la cultura en la América hispánica*. México, Fondo de Cultura Económica.

⁶ Alfonso Reyes. (1954). *El Cazador. Ensayos y divagaciones 1910-1921*. Colección Tezontle. México, Fondo de Cultura Económica.

⁷ Edmund Wilson. (1972). *Hacia la Estación de Finlandia*. Madrid, Alianza Editorial.

y lograr así una figura, para tallar una imagen, para esculpir una piedra”,⁸ propuso Úrsula Hatje; gracias a esta definición sobre la entrega de un intelectual a la producción de sus ideas, con la distancia de los años el lector puede acercarse a recoger las meditaciones escritas en artículos confeccionados y divulgados en la revista. Mediante el paso de las décadas se puede saber si un texto sirve al menos de referencia o punto de partida hacia otras investigaciones.

El esmero por obtener la plena comunicación con sus lectores sobresale en cada uno de los planteamientos y propuestas de Melgarejo Vivanco. La tarea es de importancia didáctica, como si se tratara de una misión de enseñar a los demás lo que se estudia, descubre e investiga. La cuestión es iniciar un diálogo a través de los ensayos y capítulos de sus libros, pues no sólo es importante conocer otros caminos del conocimiento, sino también divulgarlos. Con ello se dan los primeros pasos en la conformación de un Museo de Antropología. Es en él, por medio de la exhibición de piezas valiosas de la cultura prehispánica, donde se pueden analizar los resultados del trabajo de campo de arqueólogos, antropólogos, etnólogos e historiadores.

En 1952, la Cabeza Olmeca 1 viajó por Europa. Posteriormente, en 1958, en el Pabellón de México, en Bruselas, las obras maestras del arte precolombino recibieron la Estrella de Oro del Arte. Al respecto, Fernando Gamboa dio la siguiente explicación:

Toda obra de arte puede exhibirse de tres maneras: envuelta en la esencia de su estilo, en una atmósfera neutra o en un ambiente de contrastes. Aunque las tres alternativas son buenas, la búsqueda de una museografía de rasgos nacionales me hizo pronunciarme siempre por el empleo de la primera. Lo encontré por azar cierta vez que debía preparar la exhibición de un objeto prehispánico. Entonces descubrí que mostrar ese objeto en su esencia, utilizando la policromía que de él se derivaba, creaba una atmósfera de poesía y de exaltación formidable.⁹

Con este mismo entusiasmo, José Luis Melgarejo Vivanco desarrolló su capacidad de memorizar y recordar todo lo que anotaba, miraba y advertía

⁸ Úrsula Hatje. (1975). *Historia de los estilos artísticos*. Madrid, Ediciones Istmo.

⁹ Fernando Gamboa. (1991). *Embajador del arte mexicano*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

en los sitios arqueológicos. Al mismo tiempo fue aportando un rico material destinado a los pasillos del Museo de Antropología de Xalapa, o bien para el préstamo de espléndidas esculturas indígenas a museos nacionales e internacionales. A través de estas exposiciones se tuvo la posibilidad magistral de tener presencia en foros extranjeros.

En la búsqueda de nuestras raíces, Melgarejo Vivanco recurrió al estudio de la Historia para comprender los acontecimientos de su presente y revisar nuestros antecedentes como un encuentro con el desarrollo cultural actual, Carlos Gurméndez anotó que:

En esta época de luchas tribales, violencia, desigualdades trágicas, conflictos de clase que nos ha tocado vivir, parece un ideal inalcanzable buscar la fraternidad, la comunicación humana real y efectiva. Sin embargo, debemos empeñarnos al menos, en practicar el diálogo, el intercambio de dones, la ayuda mutua para salvarnos de la desesperación en que podemos caer. Son los actos, las ambiciones personales y la Historia misma, con sus contradicciones dialécticas, que han traído estas situaciones límite.¹⁰

Los bienes culturales

En el número 10 de *La Palabra y el Hombre*, abril-junio de 1959, Melgarejo Vivanco tuvo el honor de abrir las páginas en virtud de ser considerado un trabajo extraordinario de investigación su ensayo **Navegación prehispánica en América**. La discreción del enorme proyecto está en la nota de presentación del autor:

No se pretende iniciar el estudio de la navegación prehispánica en América, sino de incitarla con estas notas al azar de lecturas para otros usos. La impudicia de ofrecerlas hoy se acoge a circunstancias de que, aún muy añeja la mayoría de los datos, continúan un tanto ignorados para considerable número de personas. Por otra parte, la idea original fue un intento de ofrecer algún presente de gratitud a la Escuela Náutica de Veracruz, que tan gentil y eficientemente ayudó a realizar las exploraciones arqueológicas en Isla de Sacrificios.

Éste es un excelente documento informativo, riguroso y apasionado acerca de la historia de los movimientos migratorios en el Nuevo Mundo,

¹⁰ Carlos Gurméndez. (1994, 28 de octubre). La Comunicación y el amor, en *El país*.

el Golfo de México y el Caribe. Esta crónica mínima y acertada concentra en pocas páginas una gran variedad de datos bibliográficos: el estudio de los códices va de la mano con la lectura de los cronistas españoles. Al lado de los historiadores contemporáneos un dato curioso es la referencia de la fuente bibliográfica de Antonio Pigafetta; porque Gabriel García Márquez,¹¹ años más tarde, vuelve a mencionar al navegante italiano, quien registró la expedición hacia América dirigida por Magallanes.

Melgarejo Vivanco se entregó a la elaboración de su hermoso ensayo, el cual dedicó a los marinos mexicanos que participaron en el rescate del mencionado sitio arqueológico. Ha sido digno de estudio e inspiración para otras importantes pesquisas históricas, como la de Miloslav Stingl, quien informa:

La gran flota de balsas con la cual Túpac Yupanqui llevó a cabo su expedición marítima a la isla Puná, le resultó útil para una expedición marítima transmitida oralmente por los indios sudamericanos; hoy no existen elementos que nos permitan averiguar hacia dónde se dirigía y a qué parte del globo llegó. Los aborígenes peruanos relataban que el décimo inca había emprendido una larga expedición por el Océano Pacífico y que había “navegado” en dirección Oeste y había descubierto dos islas. Los quechuas llamaban a la primera Huhuachumbi o Auachumbi, y a la segunda, Ninachumbi. Los informes de los indígenas coinciden en señalar que Túpac Yupanqui encontró y apresó en esas islas del Pacífico a mucha gente de piel negra.¹²

También Melgarejo Vivanco significó su fascinación e interés por las aventuras marítimas entre las culturas y civilizaciones indígenas prehispánicas; las expresiones y conceptos descritos en los códices; el análisis y la comprensión de las formas arquitectónicas involucradas atentamente con el paisaje; la refinada escultura y el seguimiento de los relieves de formas geométricas; un arte interpretativo de una visión del mundo; la diversidad y riqueza en colores locales; así como el alto valor testimonial de los códices lo impulsaron a la elaboración de esta pieza magistral de la investigación mexicana.

Otra aportación dentro del campo de la historia moderna fue la mención de la búsqueda de la tierra del vino, referente a los procesos

¹¹ Gabriel García Márquez. (1998). La soledad de América Latina, en *Cultura de Veracruz*. Núm. 21.

¹² Miloslav Stingl. (1980). *El imperio de los incas*. Argentina, Losada.

civilizatorios; posteriormente, Fernand Braudel¹³ llevó a cabo una descripción sobre las bebidas como factores de cambio en el desarrollo social y económico de los pueblos durante el transcurso histórico. Las repercusiones que acompañaron a los conquistadores cuando se transplantó la vida en México, Perú y Chile, en 1541, fueron mencionadas en este trabajo publicado en *La Palabra y el Hombre*.

A través de su ensayo **Navegación prehispánica en América**, se descubren aspectos y propuestas interesantes de ensayo histórico, que aporta y ofrece perspectivas de carácter nacional y universal. Sin duda alguna, el conocimiento de esta visión de la historia representa el rescate de un rico material.

La poética de José Luis Melgarejo Vivanco

Al leer los versos¹⁴ de Melgarejo Vivanco se descubre la vena literaria. Conviene aproximarse con precisión a estas contribuciones a uno de los géneros más difíciles y complicados en la literatura. En este ámbito, infinidad de pensadores aportaron sus ideas acerca del fenómeno de la poesía. Creo en la necesidad de repasar algunos aspectos teóricos porque reflejan el proceso de realidades incuestionables. Novalis profundizó en que:

El don más grande reside en la imaginación. Imagen, ni alegoría ni símbolo de otra cosa: símbolo de sí mismo. La imaginación en ese sentido maravilloso que puede remplazar todos nuestros sentidos y que está ya completamente en nuestro poder. Si los sentidos externos parecen conformarse totalmente a las leyes de la mecánica, la imaginación no está manifiestamente unida a la presencia ni al contacto de ninguna excitación exterior. La poesía disuelve en su propia esencia lo que le es extraño.¹⁵

Los poderes de la imaginación llegan a materializarse mediante el empleo del lenguaje. De aquí nace la otra realidad que está fuera de nosotros. Es

¹³ Fernand Braudel. (1994). *Civilización material, economía y capitalismo*. España, Alianza Editorial.

¹⁴ Publicados en los números 17, 22 y 29 de *La Palabra y el Hombre*, correspondientes a enero-marzo de 1961, abril-junio de 1962, y enero-marzo de 1964, respectivamente.

¹⁵ Novalis. (mayo de 1983). Fragmentos, en revista *Eco*. Núm. 259. Bogotá, Colombia.

como hablar o describir nuestro reflejo que anhela la reconciliación con los demás, y delante de los objetos. La exploración del lenguaje determina los fundamentos de la poesía, la cual descubre y abre otros espacios y los colores del firmamento. Es el vuelo asombroso de las palabras. La imaginación produce los géneros literarios y, en particular, nos ilumina con la consagración de la poesía. Octavio Paz afirmó que “el poeta hace habitable al mundo”. Por su lado, Pedro Garfias escribió que “la poesía busca su querencia”. En cambio César Vallejo advirtió “un poema es una entidad vital mucho más orgánica que un ser orgánico en la naturaleza. A un animal se le amputa un miembro y sigue viviendo. Si a un poema se le amputa un verso, una palabra, una letra, un signo ortográfico, muere”.¹⁶

El poema alcanza su destino cuando el ritmo y el sonido llegan a oídos de los lectores. Entonces brota el milagro de la comunicación; el diálogo eleva el pensamiento del autor. El fluir del espíritu mediante el empleo de las palabras. El poema toca la belleza fugaz de las flores; explica el secreto y la revelación de la muerte. El autor encuentra su destino en el reflejo de la palabra y, al mismo tiempo, traza la visión de la realidad. Lo esencial por parte de los lectores es desentrañar el trabajo del poeta, quien aporta su esfuerzo, oficio y talento con la escritura de su creación. Es como sentir fervorosamente el mínimo movimiento de las hojas o el rumor fiel del viento ante el dominio de las formas y el fluir del pensamiento.

El poema expresa la visión de una realidad en la cual las cosas son analizadas de otra manera; aparte de los sufrimientos del individuo está el desbordamiento de las pasiones ocultas. Se retrae a la expresión personal involucrándola en la fascinación por la soledad y el misterio del lado oscuro de cualquier ser humano. Por lo tanto, el poema es la voz de la universalidad. Luis Cardoza y Aragón sintetizó magistralmente que:

La poesía no se explica. Pero de todas estas dudas nace una certeza que me basta: la poesía es la única prueba concreta de la existencia del hombre.¹⁷

¹⁶ César Vallejo. (1985). *Obras completas*. México, UNAM.

¹⁷ Luis Cardoza y Aragón. (1964). *México, pintura de hoy*. México, Fondo de Cultura Económica.

Las interrogaciones de Lily Greenham causan asombro al plantearse lo siguiente: “¿Por qué deseamos crear? ¿Es que pretendemos competir con la naturaleza? ¿Está el impulso creativo conectado con alguna inspiración de tipo más elevado, como el afán de imitar a Dios?”.¹⁸ Es suficiente con recordar aquella sentencia de Sor Juana Inés de la Cruz: “soñé que quería conocerlo todo y sabía que era imposible”, como la aspiración fundamental de todos y cada uno de nosotros. El efecto significativo del distanciamiento y su conciencia del paso de los años son elementos dignos de tomar en cuenta para cualquier tipo de reflexión. La toma de conciencia adopta decisiones en lugar de provocar reacciones sentimentales. Entonces se observa al individuo como parte indispensable de un proceso, en el que todos estamos inmersos. Tal vez la palabra *tiempo* genera desviaciones y terribles mareos porque en verdad forma un acto vital y, por lo tanto, necesario en nuestra existencia, pero provocando el descubrimiento de aceptar que es en “la realidad del hombre en esa irre realidad a que está condenado”.¹⁹

La alianza entre el sentido y el ritmo, las imágenes y los sentimientos, advierten de un valor que emerge de la poesía desgarradora, honda y verdadera. Aparte, puede admirarse el punto de vista de un intelectual detrás de cada una de las anotaciones y referencias al proceso histórico pasado y contemporáneo.

Algunos poemas pierden, en ocasiones, la fuerza del instante en que fueron escritos; sin embargo, es difícil no sentir afecto, ternura, satisfacción, soledad y vacío. La vida generosa del autor se encuentra en la vigilia donde el alma siempre está alerta para vivir cada una de sus obras y percibir sus propuestas intelectuales. La voz del escritor perdura abiertamente ante la indiferencia o rechazo del paso del tiempo; vale la pena exigir que anhelamos conocer todo, mientras el sueño continúa, como lo exigió Sor Juana Inés de la Cruz.

Dylan Thomas señala: “lo que importa es el movimiento eterno que está detrás de ella, la vasta corriente subterránea de dolor, locura,

¹⁸ Lily Greenham. (1995). Un arte de vivir. *Inventario*. España, Universidad Complutense de Madrid.

¹⁹ Witold Gombrowicz. (1970). *Lo humano en busca de lo humano*. México, Siglo XXI editores.

pretensión, exaltación o ignorancia por modesta que sea la intención del poema”. Por su parte, Robert Musil insistió a la propuesta de que “no nos queda más que preguntarnos si el poeta debe ser un hijo de su tiempo y un procreador de los tiempos”.²⁰

Después de este breve recorrido por la reflexión poética, observamos que en el texto **Lumumba** hay referencias al sentido de negritud, que estudiaron Gonzalo Aguirre Beltrán y Gilberto Bermúdez Gorrochotegui,²¹ entre otros expertos en estos temas. Ahí se define perfectamente el concepto de fraternidad: valor estético-valor histórico, porque se logra ubicar en el espacio de la perspectiva histórica a un personaje próximo a las luchas de liberación de los pueblos africanos. Además está la creación literaria. Ésta tiende a subordinar las consideraciones puramente estéticas del empleo de las palabras.

Nuestra mano, la tuya
como nuestro el pigmento de tus ríos africanos
—uno solo el sudor—
desquebraja las pértigas de los viejos trapiches,
en la copa de ron.

Este poema de Melgarejo Vivanco recogió dentro de su espíritu, parte de la historia de América Latina. No obstante, en **Prometeo**, entró en el conocimiento de siglos pasados; expresando formas cargadas de sentido histórico. Es la concepción de los hechos literarios como datos y acontecimientos de la historia antigua:

Vencido Prometeo,
cacharro del cerámico de Atenas,
qué insulso fue tu fuego, comparado
con el que a orillas del Yang Tsé Kiang
prendiera el pueblo.

²⁰ Robert Musil. (1982, julio-agosto). Esbozo del conocimiento del poeta, en *Quimera*. Núm. 21 y 22. España.

²¹ Véase, por ejemplo, el libro *La población negra de México: estudio etnohistórico*, de Gonzalo Aguirre Beltrán, (1946), México, Ediciones Fuente Cultural; o el *Índice del archivo notarial de Jalapa. Siglo xvii. Protocolos 1600-1608 y 1609-1617*, de Gilberto Bermúdez Gorrochotegui, (1997), México, Universidad Veracruzana.

El autor enfrentó las alturas universales y descendió a las profundidades del ser humano que encara el desarrollo de la civilización. Es sabido que el estudio del fenómeno de la poesía está centrado sobre el enfoque de los elementos de la estructura literaria y el énfasis de las causas o efectos externos. La poética de Melgarejo Vivanco es descriptiva y, en términos sociológicos, tiene un nivel para reflexionar sobre su relación con aspectos de un lenguaje cotidiano.

Dentro del poema **Canto al país de Yucatán**, Melgarejo Vivanco entregó su pasión y amor al corpus de una literatura nacional. El ritmo de los versos acompaña a un movimiento abierto y dinámico. El sonido que proporciona enriquece la rima y las formas de repetición fonética. El lenguaje poético ilumina cada estructura interna de los cinco apartados que componen el canto de un pueblo del sur de México. El uso de la rima marca las características de una poesía lírica. El principio mecánico de la repetición cumple la tarea de memorizar los versos:

Selva en derrota,
selva calcinada,
ceniza de los trinos,
polvo de la esperanza, consunción
la tierra macerada de granos;
vieja selva.²²

La naturaleza abre diferentes posibilidades de reflexionar y comprender el universo de metáforas, imágenes y situaciones dramáticas. Estas tres aportaciones: **Lumumba**, **Prometeo** y **Canto al país de Yucatán** conforman parte de su poética convertida en virtud, establecen un puente entre los registros del pensador y la poesía que evoca materiales de carácter nacional. El tiempo histórico logra la tensión funcional del arte verbal.

La lírica de la reflexión de Melgarejo Vivanco se instala en el mundo de la historia. Con lo que se cumplen, casi como una profecía, las palabras que leímos en las páginas del libro *Escritores veracruzanos: Reseña biográfico-antológica*, de Francisco R. Illescas y Juan Bartolo

²² José Luis Melgarejo Vivanco. (1964, enero-marzo). *La Palabra y el Hombre*. Núm. 29. México, Universidad Veracruzana.

Hernández: “En sus versos se aprecia el estro de un poeta de altos vuelos y en su prosa, elegancia de estilo y erudición de fondo”.

Esta perfecta definición puede comprobarse con la lectura de los poemas publicados en *La Palabra y el Hombre*, breve muestra de su talento y entrega a este género literario. Y agrego que Melgarejo Vivanco revela a los lectores el itinerario de la contemporaneidad, dejando siempre una estela de universalidad que preludia la esencia de sus aspiraciones literarias, centro de su vocación poética e intuición por resumir el tiempo que le tocó vivir. En sus versos cantó a las tierras maravillosas de nuestra nación y, especialmente, a los grupos indígenas del sur de México, con su pasado milenario lleno de riqueza cultural, sin embargo, abandonados por la justicia y marginación social.

En *Los petroglifos de Atzalan*²³ se encuentran algunas aportaciones a la Antropología en relación con el estudio de los mensajes y señales de nuestros antepasados. Ateniéndose a este objeto de su investigación, Melgarejo Vivanco abarcó el campo de la poesía y buscó entre los pueblos prehispánicos las formas elementales de expresión, que comunicaban ciertas similitudes del lenguaje. Por lo cual obtuvo una consideración histórica-evolutiva, intentando clarificar lo lejano con lo accesible y próximo.

En el número 7, Nueva Época, de *La Palabra y el Hombre*, Melgarejo Vivanco presentó un capítulo de su libro *El problema Olmeca*, donde cada personaje de los ejemplos rastreados representó un modo de acción, el origen y desarrollo de un ser viviente. La transformación del ser frente a las cosas. El movimiento ante la vida cotidiana. Llevando a ubicar las variadas versiones del mito que inventó el nacimiento del maíz como alimento fundamental en las antiguas civilizaciones prehispánicas. Recurre a la narración de personajes, situaciones forzosamente reales, pero igualmente relacionadas con seres mitológicos. Corresponde al aspecto moral atribuir aspiraciones de carácter alimenticio que hacen del maíz un centro de adoración. Paralelamente, casi todo parece como parte de la alegría y la imaginación infantiles.

²³ José Luis Melgarejo Vivanco. (1962, julio-septiembre). *La Palabra y el Hombre*. Núm. 24. México, Universidad Veracruzana.

Años más tarde, en el número 64, dio a conocer su trabajo **Honshu**, donde realiza la búsqueda de este término hasta la Isla de Hondo, Japón. Es un material que difunde varios aspectos a través de cuadros comparativos entre diversas culturas del mundo; en él, Melgarejo Vivanco menciona el rescate que llevó a cabo Manuel Torres Guzmán sobre las máscaras olmecas de Arroyo Pesquero, Veracruz.

En cada aniversario de *La Palabra y el Hombre* existía la tradición de dedicar una edición extraordinaria, no solamente caracterizada por el aumento del número de sus páginas, sino también por la calidad de sus colaboraciones. De tal manera que siempre se invitó a los más destacados investigadores de la uv para difundir sus trabajos académicos. En el número especial de septiembre de 1974 podemos leer un trascendental trabajo de investigación de Melgarejo Vivanco. Se trata del ensayo **Los relieves del Juego de Pelota Sur, en El Tajín** que inició a partir de sus reflexiones planteadas en 1943, y publicadas en sus libros *Totonacapan y Breve historia de Veracruz*. Después de trabajar más de un cuarto de siglo sobre el significado de los relieves fundamentales de El Tajín, en 1994 dio a conocer su intento general de interpretación, en su libro *Las revelaciones de El Tajín*.

Recurriendo a las fuentes originales, Melgarejo Vivanco revisó las interpretaciones efectuadas por otros estudiosos del mismo tema. Analizó los códices *Mendocino*, *Vindobonensis*, así como los *Lienzos de Tuxpan*, los informes de Diego Ruiz, los estudios de Ignacio Marquina de Tuxpan, Walter Krickeberg, Raymond Krotser, Agustín García, Herbert Spinden y José García Payón, entre otros. Ningún aspecto dejó de lado su atenta mirada. Cabe mencionar que directamente trabajó y se inspiró en las investigaciones de García Payón y estuvo pendiente de las calcas de Juan Sánchez Bonilla, según lo confirman las líneas dedicadas a ellos en el trabajo.

Hay que recordar que en su investigación “Totonacas y olmecas”, número 4 de la revista *Universidad Veracruzana*, octubre-diciembre de 1952, García Payón ya interpretaba sencillamente algunos dibujos de los relieves de El Tajín, con palmas y hachas votivas. A finales de 1954,

apareció en la mencionada publicación, en su número 4, el trabajo de García Payón, “El Tajín: descripción y comentarios”, reconoció que “Los numerosos edificios religiosos y las figuras de relieves sugieren una religión politeísta, demostrando al mismo tiempo la existencia de un panteón local; pues de todos los dioses con figuras en relieve, pocos se han podido identificar con exactitud”.

Melgarejo Vivanco aceptó la propuesta de García Payón y trabajó intensamente en la identificación de cada uno de los personajes plasmados en los muros de El Tajín. Rescató la definición como Huracán, en la extraordinaria escultura frente al Edificio 5. La duda filosófica “¿También los dioses mueren?”, brotó al referirse al Tablero 1, y al indicarse el nombre de Mictlan, señaló que “A manera de adorno, la serpiente lleva tres glifos del xiuhmolpili, para insistir en el tiempo”.

La multiplicidad de interpretaciones de Melgarejo Vivanco obliga a los estudiosos a elegir todas las dimensiones que propusieron los escultores, artistas totonacas que plasmaron sus signos, mensajes, pronósticos y profecías. Algunos testimoniaron la historia de este lugar sagrado, otros, el funcionamiento de instrumentos decorativos de adoración a los dioses. Y hubo los que siguieron el movimiento de los astros, reconociendo la sabiduría de la bóveda celestial. La comprensión de estos signos ancestrales se impone como un ritual y no como una verdadera revelación. Frente a lo trágico de interrogarse sobre nuestro paso en la tierra, imponentemente dejaron su petrificada impronta en las figuras de eterno movimiento. Desarrollaron una mitología y, en toda la soledad de su existencia, registraron en grabados una especie de escritura sagrada y eterna.

Aparte de rendir culto a los muertos mediante la actitud lúdica, cultivaron la adoración por el cuerpo perfecto y la fuerza de los guerreros/deportistas. Se permitieron expresar con la fortaleza de seres elegidos para el Juego de Pelota, donde tenían el deber de consagrar y adorar el orden establecido y poder llevar a los demás la luz de su conciencia, sentimientos y fanatismos; retransmitir las leyendas y fábulas hacia un pensamiento colectivo. Pienso en la definición de Italo Calvino que dice:

El mito es la parte oculta de toda historia, la parte subterránea, la zona todavía no explorada porque se carece aún de palabras para llegar hasta ella. Para narrar el mito no basta la voz del narrador en medio de la reunión tribal cotidiana. Son menester lugares y momentos particulares, reuniones especiales. Tampoco basta la palabra; es necesario el concurso de un conjunto de signos polivalentes, es decir, de un rito.²⁴

Una parte importante de la cosmogonía del centro ceremonial de El Tajín se recuperó mediante las observaciones de Melgarejo Vivanco. El dios Huracán, que fue estudiado por Roberto Williams García,²⁵ está presente como el centro de atención de los observatorios del Golfo de México y génesis de los destinos humanos durante este periodo de la Historia de México. Igual que en la antigua Grecia, puede afirmarse que “En las artes plásticas se acentúa la tridimensionalidad y la perspectiva, y se prefiere la visión de las tres cuartas partes del objeto, los escorzos y las intersecciones. Las estelas funerarias muestran escenas recogidas, íntimas, domésticas; la pintura de vasos busca lo idílico, lo delicado, lo gracioso”.²⁶

Como consecuencia forma parte de la historia de Veracruz, desde nuestra perspectiva, nada escapa a su época y su ambiente; creemos que eso está reflejado en las fuentes bibliográficas que Melgarejo Vivanco incluyó en las páginas de *La Palabra y el Hombre*, así, pues, ligó el pasado con el presente de manera científica y significativa. En términos de preservar el testimonio de este proceso hemos abordado cada uno de los trabajos publicados en nuestra revista universitaria, como un marco conceptual básico. No puedo dejar de mencionar su profundo amor por la Antropología ni concluir citando la función de ella en la trayectoria de los materiales bibliográficos de Melgarejo Vivanco:

En efecto, en el curso de la historia universal del hombre, la mayor parte de los pueblos del mundo no tuvieron formas tales como la escritura para que la posteridad pudiera conocerlos históricamente, de modo que sólo es posible conocer de ellos sus restos “materiales”. Aquellos que se pudieron conservar y que incluyen desde sus restos morales hasta sus casas, templos o simples campamentos, incluyendo desechos de su comida (huesos, vegetales, etcétera),

²⁴ Italo Calvino. (1983). La combinatoria y el mito en el arte del relato, en revista *Eco*. Bogotá, Colombia.

²⁵ Roberto Williams García. (1997). *Danzas andanzas*. Colección Frondas Nuevas. México, IVEC.

²⁶ Arnold Hauser. (1974). *Historia social de la literatura y el arte*. España, Guadarrama.

y sus utensilios, instrumentos, vestidos y adornos. Algunos pueblos que lograron la escritura, pero cuyos “documentos” son insuficientes o menos importantes que el resto de la “cultura material” para conocer su historia, también son estudiados por los arqueólogos.²⁷

Las aportaciones bibliográficas de Melgarejo Vivanco, incluidas en las páginas de *La Palabra y el Hombre*, demuestran la iluminación etnológica, antropológica, histórica, y su pasión por alcanzar las alturas poéticas. Han servido para entender la complejidad de la cultura totonaca, con sus expresiones artísticas plasmadas en diversos sitios arqueológicos. En vez de explicar la historia trató en cada uno de sus trabajos de entenderla, al mismo tiempo, llevó a su máxima expresión la sentencia de Platón: “Hay que dar razón de cada cosa”.

De manera más completa y sistemática, Melgarejo Vivanco ha intentado mostrarnos una historia del arte y el pueblo de Veracruz. A este respecto, sus contribuciones establecieron una región de estudio, el análisis crítico del horizonte histórico, enfocando diversos aspectos estéticos de las expresiones de arte en las culturas prehispánicas que tuvieron su base a las orillas del Golfo de México.

El carácter más notable fue la relación entre el mundo que se estudió y las ideas o proyectos del investigador. La misión de enriquecer el panorama cultural con la aportación de datos, informaciones e interpretaciones de la labor investigadora. Contemplar es conocer y adentrarse en el mundo del conocimiento. Melgarejo Vivanco estudió la vida estética, la cultural y, por supuesto, la belleza de las palabras que unifican el sentido universal de la poesía. Consecuentemente su obra está viva, al margen del rescate de una figura injustamente poco leída y estudiada, que espera todavía su pleno conocimiento.

²⁷ Luis G. Lumbreras. (1984). *La arqueología como ciencia social*. Cuba, Casa de las Américas.

José Luis Melgarejo Vivanco: el hombre y la palabra

Carlo Antonio Castro

En la hacienda de La Mancha, de cuyo nombre sí quiero acordarme, nació José Luis Melgarejo Vivanco, en Palmas de Abajo, municipio de Actopan, el miércoles 19 de agosto de 1914. En México, el traidor Huerta había dimitido el 15 de julio recién pasado; y el lunes 3 de agosto Alemania declaraba la guerra a Francia, con lo que la Primera Guerra Mundial se desataba. A principios de julio habían finalizado tres años de investigaciones en el templo asirio de Ishtar, del cuarto milenio anterior a Jesucristo, sitio y legado arqueológicos que hoy nos inquietan sobremanera.

Exactamente a la mitad de su existencia, a fines de 1957 y principios de 1958, inicié mis relaciones de amistad y respeto con el ya entonces estudioso y reconocido maestro normalista, precursor en la entidad veracruzana de las pesquisas del Totonacapan, cuya cultura le apasionó. Tal inclinación había fructificado en 1943 con un revelador volumen titulado así: *Totonacapan*.

No se adormeció el autor en sus laureles. Demostró su interés histórico y antropológico al ofrecer a los estudiosos nuevos textos, uno tras otro. En pos de la herencia totonaca, culminó con *Las revelaciones de El Tajín*, 1994.

Se dedicó a las cuestiones codexiológicas y calendáricas, dio a la imprenta *Los calendarios de Zempoala* (1966); *Los lienzos de Tuxpan* (1970); *La piedra del calendario* (1971); *El Códice Actopan* (1981); *El Códice Chapultepec* (1982). Entre 1975 y 1976 produjo los tres tomos de su *Antigua historia de México*. A fines de 1992 apareció, bellamente editado, el primer tomo de la *Historia de Veracruz*, referente a lo prehispánico, que precedería a la nueva impresión de los textos de Manuel B. Trens. El de Melgarejo Vivanco es indispensable para entender la raíces aborígenes de la entidad.

También preocupó a nuestro amigo el crisol del mestizaje, y aquí debo mencionar su investigación sobre *Los jarocho*s (1979), amena contribución interpretativa de lo veracruzano; suman una propuesta ecoculturalista que venía tejiendo de tiempo atrás. Los textos mencionados son los que más interesantes me parecen de su bibliografía en prosa.

Debo añadir que nuestra Facultad de Historia le debe al maestro José Luis Melgarejo Vivanco su magisterio, y que las instituciones antropológicas del estado de Veracruz le reconocen el denuedo vital con el que las apoyó en lo personal. Yo no podría olvidar que fue él quien se empeñó en que se nombrara rector de la Universidad Veracruzana al médico y antropólogo Gonzalo Aguirre Beltrán, de ejemplar desempeño.

Pero dejemos la ciencia y ocupémonos de la conciencia. En eso reflexioné el jueves 23 de enero, cuando acompañaba al profesor José Luis en su capilla ardiente. Dice una insistente estrofa:

El poema esencial surge al azar,
cuando menos se busca y más se vive:
Es fluido que, nutricio, se percibe.
Y se debe gustar sin hesitar.

Melgarejo Vivanco sostuvo encuentros con las esquivas y amestizadas Euterpe y Calíope, a las veces con el auxilio de Clío. Entre las espléndidas páginas de *La Palabra y el Hombre* he encontrado y releído algunos cuya

expresión pública constituye mi serena ofrenda a su memoria. Son tres opúsculos cuyos versos no necesitan hoy mayor comentario:

Lumumba¹

Patricio:

Estás hoy más lejano
pero acaso más próximo.

Un día, llegaste a nuestras lámparas
y principiamos a saber de aquel tu mundo
tan ignorado y bello;
torturado;
sin luz.

Los amos han escrito la historia del esclavo,
el que, bajando por las cataratas del Nilo,
fecundó con su esperma vigoroso
las disolutas dinastías
del cenagoso delta;
y otra vez, por la estría
del áspero desierto,
con su placenta ensangrentada,
Balkis llevó la indómita lumbre de su Etiopía

Esta fragante América despertó a cañonazos
en brutales conquistas y al infame revés.
Comprendimos tu angustia, Patricio;
nuestros héroes, con tozuda insurgencia,
escupieron la hez.

Nuestra mano, tan tuya,
como nuestro el pigmento de tus ríos africanos
—uno solo el sudor—
desquebraja las pértigas de los viejos trapiches,
en la copa de ron.

Por los campos de Texas, ya se pizca tu albura;
en Bahía, va tu fardo, de sudor a sudor.
Patricio, estás más dentro de la tierra,
del hombre,
del uranio,
y la voz.

¹ José Luis Melgarejo Vivanco. (1961, enero-marzo). *La Palabra y el Hombre*. Núm. 17. México, Universidad Veracruzana.

No eres polvo, Patricio,
que los pueblos no mueren,
ni se agosta el coraje, ni arrodillan la luz;
hoy te miro más íntimo de las grandes victorias,
con la urgida proclama de rescoldos en cruz.

San Patricio, te digan en el África entera,
y en mi México, el Yanga, con su grito tenaz.
Que tu coágulo mártir lleve alivio a los ojos,
libertad al opreso y al infante la paz.

Después de sentir el poema que lo recuerda inmediatamente después de su muerte, vale recrear en nuestras mentes al héroe africano que, miembro de la etnia Batetela, nació en Onalua, en el Congo aherrojado por Bélgica, el jueves 2 de julio de 1925 (en ese mismo mes, en el curso de los abusos europeos, aparecía *Mein Kampf*, la biblia de los nacional-socialistas hitlerianos). Treinta años después encontramos a Patrice Hemery Lumumba como miembro activo del Partido Liberal Belga, y tres años más tarde funda el Movimiento Congolés. En 1960 emerge como el más destacado guía del Movimiento Independentista de Zaire, después de haber estado en prisión por su activismo. Libre, toma parte en el gobierno inicial de la nueva república con el cargo de Primer Ministro. Entonces se opone firmemente a la secesión que los belgas y sus cómplices africanos pretendían de la provincia de Kananga. Las fuerzas divisionistas logran defenestrarlo. El joven héroe de 35 años y medio es asesinado en enero de 1961. Quienes seguíamos su trayectoria mediante los diarios y las revistas recibimos también el poema de admiración que José Luis Melgarejo Vivanco publicó en *La Palabra y el Hombre* correspondiente al primer trimestre de 1961, versos originados por la emoción inmediata. El nombre de Patricio Lumumba queda en la historia de la libertad africana, que es también la libertad del mundo; queda en la creación de la Universidad Lumumba y, entre nosotros, en los trazos poéticos de nuestro amigo homenajeado.

Ahora, remontémonos en el tiempo:

Prometeo

Prometeo,
vengo a la roca de tu Tártaro,

buitre desgarrador de las entrañas,
para burlarme de tu luz,
de tu fuego anacrónico
que tan sólo servía para quemar follajes
y hacer más llevadera la siembra de cereales.
Tonto fuego el robado por tu mano
para inflamar la hornaza del templo de Vulcano
sazonando alimentos en el hogar,
fundiendo los metales,
o alumbrando los deltas de todos los naufragios
en el cóncavo mar.

Vencido Prometeo,
cacharro del cerámico de Atenas,
qué insulso fue tu fuego, comparado
con el que a orillas del Yang Tsé Kiang
prendiera el pueblo
dulce como la tierna espiga del arroz;
pirotecnia celeste, rumor de los luceros,
inocencia en la voz,
credo en el ala
propalando fulgores en los puertos
del Golfo de Bengala.

Tú aconsejaste, vengativo, el robo
para rendir los pueblos, temerosos
del “fuego griego”, y que tu Bajo Imperio
pudiera transmitirlo a los ingleses
en la batalla de Crécy, matanza
de cien años en todas las campiñas.
Tumba del feudalismo el estampido
de las artillerías;
así pudiste retornar en triunfo
con el Renacimiento,
develador de mármoles pentélicos,
y en el corsario arrojó de viejas carabelas
arrasar con los pueblos de América,
del África, del Asia, y la Oceanía.
Países coloniales;
pobres, débiles pueblos, náufragos en su llanto
y en los charcos de sangre de la fusilería.

Tremendo forjador de hombres de barro;
Nobel quiso imitarte la intención primigenia
y encadenó una fuerza que hoy resulta pueril;
sin embargo, espantado de sus propios encuentros,
lleno de contricción,

sigue legando al mundo
preciado galardón.

Sin Esquilo,
cuán mezquina tu industria, comparada
con la invención satánica del hombre:
Dos guerras. La primera, diez millones de cruces.
La segunda...

no alcanzan los guarismos;
tan sólo la ceniza de Hiroshima,
voz del Apocalipsis,
fin del género humano;
el ideal hecho náusea en la sentina.

Prometeo, me das lástima
queriendo pervivir en el espíritu
de una legión de sabios pisoteados,
que como tú,
llegaron a robarle sus misterios al sol
y a desatar las fuerzas más tremendas
de todo el universo
para ponerlas, con ingenuo aliño,
en las manos de Marte vestido de Pandora,
cuando que tú soñabas, pobre y simple,
hacer la dicha de los hombres todos
y tan sólo has logrado
que unos cuantos
tengan amedrentado al mundo entero,
que vuelva por las calles la fanfarria guerrera,
se pudran las palabras abortadas,
que se cambien las risas de los niños
por las amargas muecas del espanto,
que no haya la fecunda lluvia de primavera
ni madure los frutos el verano,
que hasta lo más recóndito del hombre
se vuelva lobo en vez de hacerse hermano.

Mitológico dios, héroe caído,
en garganta de océanidas,
no habrá sedante coro,
ni abrirán su perfume los caminos de Asís,
hasta que todo el fuego de tu entraña
no libre de temores a la transida humanidad,
y en el amargo cáliz del angustiado mundo,
sea la paz con los hombres de buena voluntad.

Canto al país de Yucatán

I

Así se filtra el sol en el cenote de Valladolid.
Así trasmina el agua sus carencias
en poros de caliza.
No la sacra impureza donde las doncellas
fueron inmoladas; no el bárbaro
saqueo del tesoro de los itzaes,
ni el crótalo a cercén.

Hoy se levantan voces de futuro
en la cóncava orilla del Caribe,
con su brisa impregnada de marisma,
con sus nubes repletas de color;
mediterráneo mar, espejo nuestro,
virginal y epopéyico,
esa cuna del verbo americano
que fue luz, y maíz cultivado,
y palafito, y greda
en el pulso del árbol calcinado.

Bajo la ceiba prócer del consejo de ancianos,
por el camino blanco de nuestra teogonía,
en la orilla quebrada,
clava el rejón del llanto su porfía.

No más buscar,
en esas clorofilas de la onda,
las atlánticas quillas de piraguas
que ya no tienen sombra de tus noches,
ni rumores de bosque,
ni jugo de cortezas remolidas,
ni alquitrán de tu mar;
deja mejor que aborten luceros las auroras;
el equinoccio viene con brasas precursoras
batiendo una esperanza, desbrozando un cantar.

II

No me hablen de los ortos, que se guarden
las tumultuosas aguas del Caribe
sus raíces de yodo y de poesía;
prefiero el Occidente, viento negro,
negros faisanes, negra profecía.

Que se quede Chichén, para el azoro
de todas las estéticas del mundo;
no quiero Uxmal, de fino churiguera;
no me hablen de Palenque, la más imantada
tesitura de América;
yo prefiero seguir en esta piedra,
restregando su lágrima.
No quiero el Kankabal, sangre de siglos,
tierra fecunda, ubérrima cosecha;
quiero mejor la roca silicosa,
sudario de avaricia desbocada,
bilis del indio, linfa destilada.

No me traigan vinagres evangélicos
en cuya esponja sin tocar, la nube
deslustra sus luceros;
quiero morir de sed, gritando en vano
la ocultada tragedia del hermano.
Que amortajen con flores aromáticas
los jardines cautivos;
prefiero el henequén, como infamante
marca de nuestros yerros colectivos.

III

Selva de los maya,
tórrida planicie
acunadora de cervatillos tímidos;
madre de los crepúsculos,
colmena de cereales,
primera luz;
imperio de la sombra,
vienes desde los légamos del Petén;
por el ojo ciclópeo de Tulum, te asomaste
a la rica paleta del Mar de las Antillas,
para volverte flora marinera
en las caldeadas aguas de Campeche.

Selva del estupor,
sepulcro de los dioses
talados bajo la palabra: maíz;
engendradora de las esmeraldas,
y de Kukulcán;
incensario del viento,
cenote del silencio,
templo de los misterios de la tribu,

cómputo de los astros,
oración.

Selva en derrota,
selva calcinada,
ceniza de los trinos,
polvo de la esperanza, consunción
en la tierra macerada de granos;
vieja selva,
perdón.

IV

Mérida, tan sólo Mérida,
única flor en el páramo.

Réquiem al obispo Landa
trastornado de razón.
Las Escrituras oprimen
credos de crucifixión.

Arden los códices mayas
en el auto de Maní.
Pobres de los pueblos pobres,
¿pobre santo?, a Tizimín.

Flores de piedra en el rostro
seco de la catedral.
Paga tu boato, Emérita,
la penuria en Yucatán.

Casa del Adelantado,
cenote del tulipán,
bello paseo de Montejo
tan sólo en la capital.

Traza del cordel hispano,
blanca, limpia, señorial.
Mérida, tan sólo Mérida,
bajo el sol de Yucatán.

V

Yo vi otro Yucatán en el Oriente.
Me lo enseñaron las abejas
que colectaban miel

en las flores del xtabentún;
me lo dijo en la grama,
la huella de unos pies, hacia Levante;
lo encontré manifiesto
en la opulencia tímica de los frutos maduros,
en la fronda cuajada de plumajes y trinos,
en la mazorca henchida, en los pastales,
y en la luciente piel de sus vacunos.
Yo vi otro Yucatán, que se trasmina
del cenote a los mares
por el cordón de sangre,
como un himno a los dioses tutelares.

Hermano:
bajo tu planta de caliza,
pasan los ríos de México,
apretados de gérmenes fecundos
y al displicente alcance de tu mano;
el cielo prodigioso de tu tierra
llueve torrentes de pastura y grano.
Vuelve tu rostro hacia la ruta nueva
por donde brota el sol, viene la lluvia,
y el génesis del hombre americano.
Derriba el muro de lamento inútil,
borra las maldiciones que trasuda tu piel;
pueblos muy parias, la aventura hicieron
sobre tierras más pobres, bajo un cielo más cruel.

La Palabra y el Hombre
(1964, enero-marzo, núm. 29)

Permítaseme terminar con un eco predecible:

Nunca fuera un estudioso
de ideas tan bien servido
como fuera Melgarejo
cuando de La Mancha vino:
¡Los libros cuidaban de él,
los versos de su camino!

Ensayos de José Luis Melgarejo Vivanco

En torno a la mexicanidad

Tal vez uno de los aspectos más importantes de la Revolución Mexicana sea su preocupación por conocer a México, a los mexicanos, a lo mexicano. Para lo primero, valiosos hombres de ciencia mantienen tirante la voluntad en un esfuerzo sin orillas ni reconocimiento. A lo segundo se dedicó un grupo de lo mejor del pensamiento nacional, pero topó con la incompreensión y el insulto. Pese a ello, conviene perseverar en el propósito esclarecedor, con miras a una futura Sociología mexicana, porque jamás quedará integrado el todo si falta una de las partes, y entre lo mucho urgido de meditación, existen los conceptos *indígena*, *español*, *indiano*, *criollo*, *mestizo*, referidos a hombres concretos de un territorio material, y no a invenciones flotando en los paraísos artificiales del idealismo.

La más trillada paja muestra su grano: México es un país de mestizos. ¿Y qué país, qué pueblo, no lo es?, ni siquiera los arios de Hitler pudieron probar su “pureza de sangre”. No hay en el mundo un solo grupo humano que no se haya mestizado. Los indígenas mexicanos, anteriores a la llegada de los españoles, tenían detrás una larga historia. La microbanda, de la cual formaba parte la mujer de Tepexpan, no habría podido convencer a sus vecinos de una endogamia que remontara a un pasado de milenios.

Las micro-macrobandas del área de Tehuacán dejaron sospechas y testimonios de contactos profundos con grupos lejanos, para no mencionar a los próximos. Cuando en el Preclásico inferior, ¿3000 antes de la Era?, hizo su aparición la cerámica, ya el grupo huasteco se había separado del maya y, en su reacomodo, se había ido mestizando. El típico cruzamiento por conquista ocurrió en el discurrir de los imperios. En el Preclásico medio (1500-600 a. E.), desde su territorio metropolitano, los popolocas lograron dominar el sur de Puebla, Morelos, Valle de México y Guerrero, hasta la cuenca del Balsas. Para el Preclásico superior (600-0 a. E.), los huastecas llegaron a tener, por centro de su virreinato, a Cuicuilco, en el Valle de México, y cuando finalizaba este Horizonte, hacia principios de la Era, los totonacas, dominando el Valle de Teotihuacan, se cruzaron ahí con los otomíes y, a lo largo de unos tres siglos, estuvieron ejerciendo acción transculturadora en los dilatados ámbitos de su imperio, acción que también se traducía, pero a su mínima escala, en cruzamiento físico.

Durante los siglos IV a VI de la Era, el Imperio teotihuacano pasó a manos de los políticos olmecas, y éstos reemplazaron a los totonacos en su acción. Pero, en la segunda mitad del siglo IV, procedente del sur, desde luego con testimonio en el grupo subtiaba de Nicaragua, llegó a Mesoamérica, vía Huatulco, el grupo tolteca que fundó Huehuatlapallan al arrimo de los olmecas. Desde ahí arrancó el nuevo peregrinar que los llevó a la fundación de Tula en el año 661, a la nahuatización de gran parte de Mesoamérica y a un intenso cruzamiento con los indígenas, para fortalecerse primero, después para formar enclaves de poder. También hacia la segunda mitad del siglo VII, llegaron a la Mesa Central unos extranjeros llamados nonoalcas, que se mestizaron por completo con los indígenas aquí residentes; es incuestionable que la costa del Pacífico estuvo recibiendo el impacto de sudamericanos, uno de los cuales, procedente de la zona Ecuador-Colombia, dejó pruebas como la tumba del Arenal, en Jalisco; y para qué mencionar a los negros africanos, cuyos testimonios arqueológicos, conocidos por olmecas, guarda el museo de Xalapa; éstos se cruzaron con los totonacas en La Mixtequilla, para producir el primer tipo jarocho bien documentado. Seguirían los cruzamientos de totonacas y

huastecas, zapotecas y mixtecas, y así sucesivamente con los grupos colindantes.

Al ocurrir la Conquista española, el indígena mesoamericano había sido mestizado durante siglos y siglos (sin mencionar a los recolectores-cazadores de Aridoamérica). Por su parte, los españoles que vinieron, de ninguna manera podían hablar de “pureza de sangre”, aun considerando sólo el territorio español, porque los dominios de Carlos v comprendían Flandes, Holanda, Alemania, Austria, Italia, y de allá también llegaron conquistadores y pobladores. En suelo español cuentan los historiadores una primera población indeterminada, supuestamente dolicocefala, cruzándose con una braquicefala, pero de lo cual queda el más antiguo testimonio de los vascos, que fundirían bajo su dominio a los grupos más antiguos, para recibir las inyecciones de sangre fenicia y griega, sucesivamente, y no se quiera escarbar en la composición biológica de fenicios y griegos. Después, los cartagineses, los romanos y, a partir del siglo v, las invasiones de suevos, alanos, vándalos y visigodos. A comienzos del siglo vii los musulmanes, más o menos unificados por la creencia, pero de ninguna manera por su composición física, invadieron España, para ser desalojados hasta la sublevación popular conocida como Reconquista. No hubo pronto una España unificada; Ramos Oliveira dice cómo

se descubrió que en punto a la unidad nacional todo estaba aún por hacer, y se convino en que apremiaba imprimir a la unificación nuevo y decisivo impulso. El principal autor de esta política fue el conde-duque de Olivares, dictador del reinado de Felipe iv (1621-1665) [...], era lamentable que se considerara extranjeros en cada región al resto de los españoles.

Sin ahondar lo debido en el análisis biológico de los españoles llegados a México, y atenidos únicamente a las noticias de los documentos del siglo xvi que son de dominio público, se miran diversos lugares de origen, y tal condición se prolongó durante la Colonia, con amplitud mayor. En consecuencia, si se consideran como elementos primarios a indígenas americanos y a europeos, los Estados Unidos de Norteamérica no serían un país de mestizos, y es obvia su tremenda mestización, incluyendo a pobladores de otros continentes.

Parece inútil, así, el tema del mestizaje humano; pero se ha impuesto, más que la discusión, la disputa, porque viene siendo el biombo para encubrir la lucha de clases, a dominadores y dominados. Ahora no se trata solamente del mestizaje físico, importante para determinar la superioridad, según unos; pero si pudiera ser manejable la teórica democracia de que los profesores le hablan a los embelesados alumnos de la escuela primaria, y el tema fuera sometido a votación, los chinos ganarían por abrumadora mayoría, serían ellos la “raza superior”; aun cuando, como pasa en otras democracias donde el voto se respeta, pero se compra, tal vez ganaría quien dispusiera de más dinero. Se habla de la inteligencia como de algo que no corresponde al cuerpo humano y, por lo tanto, no puede transmitirse por herencia como los otros caracteres físicos, lo cual parece inexacto, pero conveniente, así el problema se simplifica y la pereza se refocila; sin embargo no es posible tirar por la borda el mestizaje cultural, aunque se sostenga que los indígenas carecieron de cultura y, lógicamente, no estaban en condiciones de una interacción cultural, sino que debieron esperar, con apostólica resignación, el momento sublime de ser aculturados.

En el caso de México, el fenómeno deberá ser considerado en sus proporciones exactas. De momento, es conocido el pequeño número de los europeos frente a la multitud nativa, y no es novedad; ya Toynbee ha citado un párrafo de Phillpotts, en su libro *Parentesco y Clan*, donde

la analogía de los pobladores islandeses nos inclinará a aceptar la idea de que una migración que implique transporte marítimo sería especialmente propensa a menoscabar el sentido de solidaridad familiar entre aquellos que se lanzaron a la aventura, aunque la organización de los que quedaron detrás no haya sido especialmente afectada. Es muy poco probable que cada grupo familiar construyera un navío y lo tripulara exclusivamente, o aun en su mayor parte, con sus propios parientes; por el contrario, todas las analogías nos muestran que cualquier individuo que quiera unirse a una expedición se embarcará en el primer barco que zarpe y probablemente permanecerá asociado a su tripulación en la nueva patria.

Los españoles que vinieron a México significaron una ruptura con su familia, no quisieron permanecer con ella, pensaban diferente, y eran distintos.

La Corona Española principió prohibiendo el viaje a las mujeres, luego permitió que vinieran con sus esposos, o con algún familiar, y semejante conducta siguió Portugal; por eso en Brasil, ha dicho Sérgio Buarque de Holanda, viniendo pocas mujeres, y algunas eran moras, los portugueses tenían que unirse con las nativas, haciendo a un lado la regla católica de oponerse a los amancebamientos y a la poligamia; en México, los documentos prueban, además, que no se puede hablar de la poliandria, si una mujer española, enviudando, con frecuencia, seguía en varias manos dada su escasez; el año 1793, cuando Revillagigedo mandó levantar un censo, las mujeres venidas de la península, o blancas, apenas alcanzaron 10% en su grupo.

El primer caso matrimonial de que se tiene noticia es el de los náufragos de Valdivia, llegados a Yucatán en 1511. Uno, Gonzalo Guerrero, se casó con la hija del Señor de Chetumal y cuando, en 1519, Cortés lo llamó a su expedición, se negó, entre otras razones, por el cariño a su esposa, el amor a sus hijos y, acaso, por su magnífica situación económica y de predominio. La segunda situación, más conocida por su simbolismo, es la de Malinalli, *la Malinche*, hija y heredera del Señor de Oluta. Murió su padre, la madre se volvió a casar y, para dejar la herencia en manos de los hijos del segundo esposo, se deshizo de Malinalli, quien fue a parar a Tabasco. Ahí formó parte de un lote de mujeres que Cortés recibió y repartió entre sus compañeros. Posteriormente, la Malinche tuvo un hijo de Cortés, y aun cuando rodó por muchos brazos, su amancebamiento ha simbolizado el principio del llamado mestizaje mexicano.

Sí ocurrió ese cruzamiento físico. El conquistador, a su paso, dejaba el esperma del hijo futuro, pero ignoró el nombre de la mujer, no la volvió a recordar jamás, incluso no supo nunca de su paternidad. El embrión se nutrió de la sustancia de la madre y nació en el seno y en el mundo telúrico del hogar indígena. Creció así, aprendiendo la lengua materna e ignorando la del padre; fue saturándose de la cultura y del espíritu de la comunidad, y ya grande, sólo un color más pálido en su piel solía diferenciarlo de los demás indígenas. Esto no es una elucubración, fue la realidad, y existen ejemplos actuales en muchas comunidades indígenas.

Alfonso Caso ha dicho: “es indígena quien se siente pertenecer a una comunidad indígena”; estos mestizos eran indígenas a secas, y no sentían pertenecer a una comunidad indígena, eran parte natural de la comunidad. Se debería considerar el caso del mestizo hijo de padre indígena y madre hispana, pero de manera común, sólo se sabe de Tabaré, por el bellissimo libro del uruguayo Zorrilla de San Martín. En México, el mestizaje ha sido más cultural que físico; la circunstancia de en 1910 ser 80% población indígena y sólo 10%, cincuenta años después, no indica el aniquilamiento del indígena, sino el acelerado proceso del mestizaje cultural o el criterio para tasarlo.

Dado el pequeño número de pobladores extranjeros, y la propensión a conservar la superioridad epidérmica, los mestizajes no fueron tan abundantes como se les quiere considerar. Por otra parte, aquellos hispanos fueron concentrándose, de preferencia, en la capital del virreinato y, subsidiariamente, por el Bajío y Puebla, o Guadalajara. Veracruz, que teóricamente fue una ciudad española desde su cimiento, los miraba ir a radicar a otra parte, y tener ahí encargados que realizaban las tareas, recurriendo a mano indígena y negra; pero de los negros no se hacen estudios, excepto los de Aguirre Beltrán, quien afirma que, cuantitativamente, su mestizaje fue semejante al español, con la particularidad de un ordenamiento para traer una tercera parte de mujeres negras; de todas maneras, la diseminación de los hombres blancos no comprendió las áreas rurales; esto, en un país casi totalmente agrícola, sólo dejó la posibilidad de los fundos mineros, y eso para los propietarios. Antonio Caso percibió el fenómeno al escribir: “Los indios, en inmensa mayoría sobre los blancos, han venido determinando, con la pujanza de su cifra demográfica, la historia de México”, y no se olvide que, en 1828, cuando fue ordenada la expulsión de los españoles, bajó la cifra de reproductores blancos.

La conquista española fue para México un choque de hombres y culturas, más allá del episódico encuentro de las armas bélicas. El hombre se adapta, en largo bregar, a un territorio, si no, emigra, y para ello, crea el instrumental de una cultura, la eficaz frente a sus problemas.

Erico Verissimo, aunque vino a México en viaje de paseo, al entrar por Chihuahua, observó:

El indio de esta región, como su paisaje, es triste, seco y solitario. No he visto en toda mi vida, mayor identificación entre el hombre y la tierra. El suelo es aquí de un color pardo cobrizo, como la piel de sus habitantes y los adobes de sus casas [...] Empiezo a tener la impresión de que el indio mexicano no nace como los demás mortales: brota del suelo como una planta. Tiene mucho de vegetal o incluso de mineral.

No es el mimetismo sentimental de los románticos; tampoco una recaída en el Determinismo Geográfico. Friedrich Ratzel estuvo convencido de que tanto el hombre como la sociedad humana dependían del suelo, y éste influía tanto en la historia de los pueblos que miraba el destino de la humanidad predeterminado por la Geografía; ni mucho menos el extremo peligroso a que lo llevó Karl Haushofer en su *Geopolítica*; pero, en tanto la tierra siga siendo la base de sustentación del hombre, ha de seguir preocupando y no será posible soslayarla, como en el caso de Recavarren que, sintetizando las invaluable contribuciones científicas de la Escuela Médica Peruana, ilustra los factores que han determinado los cambios de la biología del hombre andino:

Las alturas habitables llegan, como en escalera, hasta los 5300 metros. Lugares, en fin, en los que se da una extrema anoxia, o sea, 50% de oxígeno de nivel del mar; una aguda disminución de la presión atmosférica; una gran sequedad; una palmaria radiación solar y cósmica; y climas que van desde el cálido y templado hasta el subfrío y glacial. Ciertos batracios se han tornado acuáticos contrariando aparentemente el proceso evolutivo. Y los hombres —ya lo vimos— ostentan características químicas y fisiológicas distintas a las conocidas al nivel del mar.

En la lucha por el aprovechamiento de los recursos naturales, no todo son victorias del hombre; hay ocasiones en las cuales debe transar mediante su adaptación, y ésta, frente a las mayores alturas por encima del nivel del mar, o hacia climas mucho más cálidos o más fríos, ha sido una proeza de su biología, con repercusiones de todo tipo en su organismo. No se trata de llegar hasta los campos darwinianos de la selección de las especies, porque, ya lo comprendía Marcel Prenand, la *selección natural* opera en la simple naturaleza, mientras la *lucha por la vida*, entre los hombres,

pronto se traduce a una lucha de clases; no, algo más a la distancia de una pupila vigilante, como la de Panait Istrati, cuando dejó su fría Rumania para venir al mediodía, y ya en el Egeo exclamaba:

Dichosos mortales, que no tienen más que la preocupación del vientre, que ignoran la necesidad de llevar botas y pieles y de calentarse día y noche, seis meses en doce. Dichosos, sobre todo, por no saber lo que es buscar su pan con menos de veinte grados de frío, cuando se prefiere no comer durante tres días seguidos, antes que ir a callejear, con el calzado roto, y volver por la noche hambriento y helado.

Lo anterior puede sugerir una visión unilateral y no sería honrado dejarlo con su pensamiento a medias porque caló profundo en la fisonomía de los trabajadores turcos y griegos:

Están mal alimentados, como se ve por las huellas en su rostro, y también por las luchas feroces que libran, a la llegada de los barcos, para poner la mano sobre un baúl y ganar un franco. Pero esta lucha es casi universal, la suerte de todos los desheredados, agravada en otras partes por el frío, ese terrible enemigo del hombre, causa de enfermedades, de sufrimientos, de achaques, de muertes, de lo que estos habitantes del Mediterráneo no tienen idea alguna. De los dos males que envenenan la existencia humana, el del hambre y el del frío, ellos no conocen más que el primero [...] El mar los alimenta. El cielo generoso les da calor.

Esto fuerza a meditar en la contrapartida, fue Pierre Gourou quien alertó, no sólo al francés en general, sino a un francés tan distinguido como Paul Rivet, contra el espejismo de los países tropicales:

Los países cálidos y lluviosos han sido, hasta ahora, más difíciles de dominar que las regiones templadas. Los problemas de la explotación de la naturaleza no se plantean de la misma manera en estas distintas latitudes. Los países cálidos y lluviosos poseen su propia geografía física y su geografía humana original.

Si lo referido se hubiera complementado con las observaciones valederas de Haushofer en su *Manual de Geopolítica del Océano Pacífico*, el imperialismo francés habría dejado Indochina muy a tiempo, y los Estados Unidos no se habrían empantanado en el Vietnam (lejano sur). Pero el propio Gourou no pudo librarse de su mentalidad “occidental” y consideraba

seriamente la escasa población de los países cálidos y lluviosos, así como su escandaloso atraso, no sin haber percibido, a manera de agente perturbador en sus conclusiones, la densa población del sureste asiático y el área del Peten. Qué amarga debió espesar su tinta cuando escribió ahí mismo: “Sería conveniente no pedirle al clima una respuesta categórica”; ése ha sido el talón de Aquiles, cuando no se valoran todas las partículas en la constelación de los problemas, y el hombre, a veces, más parece una galaxia.

Con cautela mayor, Luis Bossano reflexionó en las posibilidades de la investigación antropogeográfica para descubrir más entrañablemente las relaciones de la tierra y el hombre:

Únicamente los finales testimonios científicos de esta índole podrán mostrar si en las zonas en las que el indio representa el arquetipo humano, será también dable la adaptación equivalente, completa, del mestizo. Este solo aspecto impondría una confrontación mucho más honda.

En cuanto a México, ya debían ser concluyentes los cuatro siglos en los cuales ni los españoles ni otros europeos, excepto las reducidas colonias de campesinos italianos y franceses, han engrosado la población rural mexicana; porque la población europea sigue siendo planta de invernadero, alimentada por la preeminencia que los mexicanos todavía les ofrendan; en lo tocante a la propia población aborígen, si México aplicara en verdad la política de redistribución demográfica, de que tan apremiado está el país, y quisiera, por ejemplo, trasladar los otomíes del valle del Mezquital a un territorio y a un clima mejor, no se podrían abrigar temores por su indudable mejoramiento, pero tal vez el valle del Mezquital no podría encontrar mejores pobladores, y es que la vieja Téotlalpan sólo pudo ser habitada por hombres que parecían dioses, al vivir de milagro.

Lo anterior también ha sido valedero para España. Ya en su historia de *La antigua Península Ibérica*, lo expresó con toda certeza y claridad Andrés Giménez Soler comparando el territorio con el cauce de un río por donde pasan las aguas de los pueblos:

Los habitantes de la Península Ibérica de hoy no tienen otro vínculo con sus antepasados que la patria común; todos llamaron suya a la misma, y esta

afirmación los hace compatriotas, ciudadanos de un mismo Estado, poseedores de un mismo territorio, herederos unos de otros y continuadores de la obra emprendida por los primeramente venidos al suelo, que aquéllos, éstos y los venideros llaman y llamarán su patria.

Es decir, la patria española no era de un solo grupo en exclusiva, ni sólo eran españoles los descendientes de un determinado grupo, de alguna sola región; eran, como todo pueblo, un conjunto de hombres en el ininterrumpido proceso de unificación que ha sido la historia humana, y este proceso unificador siempre comenzó antes y siempre continuará después; el momento de la conquista y de la población española en América era sólo un instante, por eso, ya lo ha dicho Luis Alberto Sánchez, “tampoco hubo un solo tipo de español”, aun cuando aparentemente la independencia realizó milagros, al menos, Germán Arciniegas dijo “a partir de la independencia ocurre en América un fenómeno social único en la historia del mundo contemporáneo. Las tres razas y todos sus matices entran a formar el cuerpo de las nuevas repúblicas sobre un plan democrático, al menos teóricamente”.

Recibió México una inmigración, como antes había recibido muchas, y de alguna manera, ésta debió sumarse al metal donde las patrias mantienen siempre ardiendo la fragua de sus nacionalidades. Con tal espíritu puede leerse la página de Arthur Ramos donde asienta:

Brasil, lo mismo que otros países americanos, fue originalmente un país de conquista; su población se ha desarrollado a través del contacto o la mezcla de los colonos europeos con los indios. Dentro de este inmenso laboratorio de razas que es el Nuevo Mundo, el Brasil ofrece un espléndido campo para investigar cómo pueblos heterogéneos, de orígenes muy diferentes, se han mezclado hasta constituir un pueblo homogéneo, un lenguaje y una cultura.

Pero ese optimista paisaje deberá desmigajarse. La historia registra casos de trasplante, de colonización y de conquista. En los Estados Unidos los inmigrantes casi encontraron un territorio despoblado, porque la densidad demográfica era muy baja y porque los nativos fueron inexorablemente obligados a ocupar el menor espacio posible; pero en otros lugares del planeta, lo ha publicado ya Oscar Handlin:

Los recién llegados eran amos o esclavos o defendían su posición en términos contractuales. Algunas veces, como sucedió en el caso de los africanos llevados a América, los inmigrantes quedaban en una situación de inferioridad reconocida por la ley, y esa condición les obligaba a aceptar la cultura que encontraban a su llegada.

El caso de los españoles venidos a México deberá principiarse a examinarse desde la propia España y por españoles; convendría volver a las cristalinas fuentes de Giménez Soler:

Si a los españoles de hoy se les trasladara a otro país, dejarían de ser el pueblo que actualmente son; su modo de vivir se alteraría, armonizándose con las condiciones del nuevo territorio; la naturaleza de éste determinaría una producción diferente, por tanto otras formas de trabajo y otras costumbres que se traducirían en leyes; la producción determinaría también intereses de otra clase, y nuevos intereses y diferentes costumbres harían otra forma de solidaridad y de organización, y por tanto crearían una nación distinta de la española [...] Los nuevos habitantes de cualquier país se adaptan a las condiciones geográficas del territorio en que se establecen, y además hacen suya la vida espiritual depositada en el suelo por los indígenas o la población desaparecida.

Siempre ha sido ésta una verdad flotando en el aire de la historia. Ya para los Estados Unidos lo apuntaba William Spence Robertson:

Los sociólogos habían observado ya diferencias notables entre ingleses y americanos. Mucho antes de 1778, Kalm, viajero sueco, caracterizó a los colonos en forma perspicaz. En América, Francisco Hopkinson, de Filadelfia, que figura entre los firmantes de la Declaración de Independencia, fue uno de los primeros escritores que observó la diferencia.

Y no se trata de seguirla por los largos caminos del cambio físico, que de tal ya se ocupó el Determinismo Geográfico, y en América del Norte, Franz Boas marcaba la diferencia física de los inmigrantes. El cambio se muestra más pujante por cuanto corresponde a la cultura, especialmente dentro de la llamada vida espiritual; por eso Albert Harkness Jr., en su rápido escudriñar de la cultura norteamericana decía: “no es del todo extraño que a lo largo de casi dos siglos de independencia hayan producido una cultura propia. En realidad, este proceso, como hemos señalado, había empezado ya antes que las colonias inglesas en la América del Norte hubieran roto sus lazos con la metrópoli”.

De manera común, el problema para un juicio de validez general ha residido en el criterio europeo, que ha hecho suyo, sin reflexión, el supuesto mundo civilizado. No se trata nada más del dispar concepto de civilización y cultura. Uno de los pocos mexicanos que ha realizado dentro de sí la independencia, Leopoldo Zea, lo ha llevado hasta su verdadero punto de partida, retomándolo, como diría Lewis Hanke “desde aquel día de abril de 1495 en que la reina Isabel preguntó si el primer cargamento de indios llevados a España había sido capturado en justa guerra”, y se terminó concretando en la polémica del dizque humanista Juan Ginés de Sepúlveda contra fray Bartolomé de las Casas, porque, dice Leopoldo Zea, “las afirmaciones en favor de la naturaleza humana de los indígenas no bastarán para convencer, no sólo a cristianos sino también a filósofos de la modernidad, de que estos indígenas son también hombres”, y la cerrazón mental era, o sigue siendo, tan monstruosa que, cual Urano, arremete contra sus hijos: “conquistadores y dominadores y, con ellos sus hijos y los hijos de sus hijos, serán también objeto de la misma interrogante. Una interrogante no sólo sobre los indígenas tal y como se hacía ya sobre los originales de Asia y África, sino también sobre todos los nacidos en estas tierras”, o como lo planteara Edmundo O’Gorman: “He aquí una paradoja singular: no todo hombre es hombre”.

Después de la consideración de no humanos para los indígenas, venía la de salvajes, carentes de civilización. Mohandas Karamchand Gandhi lo ha explicado con su lenguaje parabólico:

Veamos primeramente cuál es el estado de cosas sobreentendidas en el vocablo civilización. Una cosa es cierta: las gentes que la padecen hacen del bienestar material el objeto principal de sus vidas [...] En otras épocas se vestía con pieles de animales y como armas se usaban lanzas [...] Si los habitantes de un país donde se usa una poca vestimenta, y poco calzado, resuelven vestirse a la usanza europea, se considera que han pasado del salvajismo a la civilización.

Y todavía en México, de manera oficial, esa línea del salvajismo y la civilización la marcan los huaraches o los zapatos, como la de la inteligencia y la estupidez la dictaminan la tortilla de maíz o el pan de

trigo. Pero no sólo hay esa discriminación en contra del mexicano y lo mexicano; Europa tiene a España discriminada; recuérdese la frase de Benedetto Croce a propósito del krausismo que, desahuciado, se refugió en “la siempre desventurada España”, aun bajo el peso de la protesta de don Miguel de Unamuno, Croce declaró haberlo dicho en son de broma, “pensaba en las corrientes del peor positivismo europeo que entonces la invadían, tanto como en la inoculación del peor sistematismo tudesco que había sufrido unos decenios antes. Y aquella frase apuntaba más bien a la pedante filosofía y a la hinchazón positivista que a España misma”, y de ninguna manera se recuerda a permanente campaña sajona contra lo español en América como una forma de penetración imperialista.

El problema presentó, en su primer acto, el hecho de unos conquistadores imponiéndose a una población vencida militarmente, lo ha escrito Arnold J. Toynbee:

Al estigmatizar a los miembros de una sociedad extranjera como “nativos” de sus propias patrias, el ser humano “superior” niega la humanidad de aquellos cuando afirma su nulidad política y económica. Mientras admite el hecho indiscutible de que al aparecer él en escena, ya los encontró en posesión del lugar, el ser humano “superior” admite esto sin conceder que la mera prioridad de ocupación que tienen los nativos les acuerde algún derecho, legal o moral, contra él mismo. Al designarlos “nativos” Sans Phrase, implícitamente los asimila a la fauna y la flora no humanas de un “Nuevo Mundo” virgen, que sólo estaba esperando a que sus rapaces y adquisitivos descubridores humanos últimos entraran en posesión de él, en virtud de un derecho de “dominio eminente” sobre una “Tierra Prometida”, que parecía la dádiva de alguna divinidad bélica de la empresa privada [...] y sin tener que tratar a los “nativos” como otra cosa que como lobos que debe exterminar o como ovejas que debe cuidar.

Es el problema, transvasado a las bodegas del derecho y, a veces, al de la justicia. No quedaron expresos testimonios de cómo los pueblos de las altas culturas mesoamericanas concibieron a los recolectores-cazadores de Aridoamérica, pero en la voz *chichimeca*, se cristalizaba toda la discriminación vitriólica de la insolencia del Imperio tenochca, tal vez traducible por el término *gallego*, con el cual estigmatizan los castellanos a los coterráneos de Rosalía Castro.

La lucha de indígenas y españoles no terminó aquel trágico día de San Hipólito, ni cuando de la ceiba de Izancanac cayó la

última gota de sangre; había una razón económica detrás de las aventuras marítimas, en las desesperadas conquistas y en el tozudo poblamiento. Los conquistadores querían arrebatar a los nativos el mayor número de riquezas en el menor tiempo; los pobladores deseaban asegurarse la cronométrica felicidad, por tiempo indefinido, para transmitirla como herencia, y había una sociedad que ya no podía defenderla, pero procuraba escamotearla. Con una simple ceremonia de posesión se apropiaron de la tierra para el rey español, con la bendición papal; y con el “derecho de conquista” se adueñaron de la fuerza de trabajo. Constituyeron un gobierno para mantener tal situación, pero tanto conquistadores como pobladores, no venían a jugarse la vida por España, sino por ellos mismos. Desde que abandonaban la península, rompían con su tierra, con su pueblo, con su familia, pese a la carta nostálgica o al entrecortado suspiro, y quienes adoptaban otra conducta, chocaban contra éstos, de manera que los propios españoles fueron formando bandos y banderías irreconciliables. Al respecto, Silvio A. Zavala escribió: “La desunión era general: los españoles del Consulado escribían que los criollos eran irreligiosos, hipócritas, dilapidadores, ‘nación enervada y holgazana’, los indios ‘tan brutos como al principio’, las castas ‘tienen sus mismos vicios’”.

Para mantener inalterable al estatuto del siglo xvii, la Colonia impuso un sistema de castas que frenó el mestizaje, y éste sólo pudo tomar auge en la consumación de la Independencia nacional; pero, en verdad, la estratificación social de la Colonia resultó tan permeable como lo demandaba esa etapa en el devenir de la nacionalidad. Un español, Baltasar Dorantes de Carranza, irritado contra un bando, exclamaba:

Oh Indias vuelvo a decir: confusión de tropiezos, alcahuete de haraganes, carta ejecutoria de los que os habitan; banco donde todos quiebran, depósito de mentiras y engaños, hinchazón de necios, burdel de los buenos, locura de los cuerdos, fin y remate de la nobleza, destrucción de la virtud, confusión de los sabios y discretos; devaneo y fantasía de los simples y que no se conocen. Oh Indias, madre de extraños, abrigo de forajidos y delincuentes, patria común de los innaturales, dulce beso de paz a los recién venidos, lisonja de los que se precian, hartazgo de los hambrientos, paño que cubrís y vestís a los desnudos.

En tanto un poeta, Oquendo, destilaba ironía:

No viene acá Juan Muñoz,
Diego Gil ni Luis Hernández,
sino todos caballeros
y personas principales

no vienen a buscar plata,
que allá dejan sus caudales

mas, dejando sus mentiras
y volviendo a sus verdades,
sólo una caja metieron
con poco matalotaje:
una sartén y una olla
inventora de potajes,
una cuchara de palo,
atún, aceite y vinagre,
una cama en un serón
arrimada al cabrestante

el uno pide Arequipa
el otro pide los Andes
y el otro que en Lombardía
tuvo una escuadra de infantes,
si allá defendió la tierra
vaya allá que se lo paguen.

Este coraje del español, casi masoquista, no ha sido estudiado en su tremenda raigambre de inconformidad y de utopía, por más que, dice Alfonso Reyes, “América aparece como una realidad geográfica. Y desde ese instante, viene a enriquecer el sentido utópico del mundo, la fe en una sociedad mejor, más feliz y más libre”.

Del rudo batallar de los colonos fueron surgiendo el indiano y el criollo. Para que un español se volviera indiano, el alquimista no necesitaba desvelarse mucho, era suficiente con vivir unos años en América o regresar con dinero para cumplir con la definición de los diccionarios. Hace falta un estudio acucioso en torno al indiano para descubrir esa transmutación maravillosa realizada por una tierra seguramente mágica; encontrar los ocultos resortes de la psicología del español peninsular que no salió de su tierra, y los grandes légamos de silencio traicionados por la conducta del que regresa. Pero no se tratará solamente del insalvable subjetivismo

del psicólogo ni de un mecánico inventario de rasgos culturales a cargo de un etnógrafo puntual; seguramente la transformación afecta los campos del antropólogo físico, aun cuando de momento deba guardar su cinta métrica; tal vez el estudio resulte complicado para un proceso que, por lógico, deberá caminar con torpeza: por eso, de momento, se puede recurrir a la dialéctica intuitiva de los poetas, máxime si es decantada en el anclote de Antonio Machado y sobre *La tierra de Alvargonzález*:

El menor de los hermanos
que niño y aventurero
fue más allá de los mares
y hoy torna indiano opulento,
vestía con negro traje
de peludo terciopelo,
ajustado a la cintura
por ancho cinto de cuero.
Gruesa cadena formaba
un bucle de oro en su pecho.
Era un hombre alto y robusto,
con ojos grandes y negros
llenos de melancolía;
la tez de color moreno,
y sobre la frente comba
enmarañados cabellos.

Faltarían buenas razones a los antropólogos para escandalizarse por considerar que los escritores también piensan, y a veces bien; “El escritor es un mero espejo que refleja el estado social”, ha dicho Jorge Sand, o para mayor alboroto, Aurora Dupin, baronesa Dudevant, porque también se debería incluir en el estudio a la indiana, por ella presentida: “Indiana es la mujer, ser débil, encargado de representar las pasiones comprimidas o, si preferís, suprimidas por la ley; es la voluntad que lucha contra la necesidad; es el amor dándose de cabezadas contra todos los obstáculos de la civilización”; pero, sorprendentemente, ni la indiana fue una simple fantasía ni el caso real del indiano deja de ser una prueba contundente del cambio cultural y biológico. En lo económico, en lo social, el indiano trastocó, invirtió la tabla de valores en España; de muy pobre pasó a muy rico; del más bajo estrato social pasó a los títulos de nobleza o, en el peor de los casos, al don y a la veinticuatría.

Si el indiano representa el mínimo en el proceso de cambio, el criollo es ya el cambio completo. Se ha considerado criollo al hijo de padre y madre hispanos nacido en tierra de América y, más ampliamente, al hijo de padres europeos nacido en algún lugar no europeo; pero no le quieren llamar criollo al hijo de padres no blancos nacido en Europa, y para tan aberrante antonimia existen inconfesadas razones. El criollo, en cualquier lugar, es un ciudadano nacional y no importa su morfología externa ni su posible síndrome de superioridad. En México, el forcejeo social es mucho más drástico porque, ha escrito Raúl Noriega,

la mezcla de sangres, creencias y cultura no ha podido ni podrá ser definida todavía como una amalgama, por virtud de la persistencia de muchas de las características correspondientes a cada una de ellas y de la supervivencia cada vez más floreciente de las influencias indígenas, no solamente sobre los mestizos, sino también sobre el espíritu de los criollos, para quienes la esencia de la nacionalidad está en lo más estrictamente mexicano; es decir, el indio.

Si en México todavía la palabra *indio* tiene tufos discriminadores, el mexicano moderno se lo autoaplica con orgullo, como el alto estrato social del Imperio acolhua se aplicaba la palabra *chichimeca* y, por imitación, a otros grupos étnicos.

En México, a la guerra de conquista siguió el choque cultural y, en el menor de los casos, una interacción que jamás podrá cesar si no se para el reloj de la historia. El más comprimido resumen podría conformarse con pocos rubros culturales para ejemplo y moralidad. Se dice con transida humildad y entornando los ojos que “nos trajeron la religión y el idioma”. Es verdad; pero ¿qué pensarían los católicos convencidos y sinceros de hoy si un ejército extranjero invadiera México y, por la fuerza, rompiera, quemara las imágenes de sus dioses, destruyera sus iglesias, persiguiera e incluso quemara en la hoguera, como escarmiento, a quienes no quisieran abandonar su fe? Por otra parte, la tremenda realidad fue que persiguieron, aniquilaron al sacerdote indígena y teóricamente la religión aborígen quedó extirpada; pero, a cambio, no les dieron otra, porque la conversión se realizó de manera masiva, es decir, no convencieron a nadie; y cuando después de la llamada evangelización, sin los evangelios, fue realizándose la perseverante labor de catequesis, era

tan reducido el número de sacerdotes, les correspondían tan grandes distancias y tantos pueblos que la cantidad casi nulificó a la calidad, y la documentación que prueba lo contrario no sale de los principales núcleos de población urbana, sin alcanzar a la dispersa pero mayoritaria población rural; de ahí que sea este pueblo “católico a la mexicana”, o con mayor propiedad, nació un catolicismo mexicano que, analizado ahora en cada uno de sus elementos culturales, tiene más de la religión indígena que de la traída por los españoles.

En el caso del idioma, la primera inexactitud consistió, y sigue consistiendo por obra y gracia de los profesores, nutridos de pseudociencia, en haber declarado dialectos a todos los idiomas aborígenes.

La razón contundente, dicen a sus alumnos, es que tales hablas no tenían, o no tienen, gramática ni diccionario. Ignoran qué es la gramática y el diccionario; pesa tanto en ellos la rutina que no pueden comprender cómo, sin escribirlas y publicarlas, pueden, las normas internas de una lengua, regir su funcionamiento, ni cómo, sin autorización “académica”, se puede tener el inventario de las voces integradoras de una lengua. No hace al caso refutar el empeño de querer amoldar los idiomas indígenas a la lengua latina o a la gramática de Antonio Martínez de Cala (Elio Antonio de Nebrija). Las lenguas mesoamericanas libraron su lucha y lograron incorporar un enorme número de vocablos al habla de los dominadores, aparte de la dulzura del acento y la refinada cortesía de su intención. El cambio en el idioma inmigrante ha sido tan grande que no ha sustituido la escritura, porque las autoridades conservan, sin justificación, la inoperante forma del pasado.

La lengua de los conquistadores figura en las escuelas todavía como “español”, en lugar de castellano; quieren seguir ignorando la existencia, en España, de otros idiomas que mantienen flameando a los vientos las recias insurgencias. Luis Alberto Sánchez ha publicado la radiografía del siglo xvi: “Con España vino un embrión de idioma unificado. En realidad, llegaron muchas formas dialectales”. La pregunta salta: ¿cuál fue la primera o más antigua lengua en España? Contestada de manera tan rápida como el relampaguear en los versos de Francisco Villaespesa, para los conquistadores gallegos, la de Galicia:

“¡Madre de la austera lengua de Castilla
y de la gloriosa lengua portuguesa!”,
pero, con más
reposo, hay más tela.

Ya es tarea proponer enmiendas a la enseñanza escolar en torno a las lenguas “romances”. Para Santiago Prampolini, una volandera enumeración apunta:

En España, el nuevo castellano vulgar se distingue en leonés, asturiano, navarro-aragonés, andaluz y castellano propiamente dicho: este último, o sea el vulgar hablado en Castilla la Vieja, llegó a ser lengua literaria. En la parte oriental de la península se formó el catalán, con sus dialectos: rosellonés, valenciano, mallorquín y catalán propio en el que se empezó a escribir ya en el siglo XII;

pero no ahonda en las causas de la diferenciación. Ese añejo concepto de que las lenguas “romances” fueron hijas del idioma latino deberá revisarse a fondo, porque las lenguas de los territorios conquistados por el Imperio romano se salvaron y volvieron a cobrar fuerza pese al dominio de la lengua latina. El ibero, tal vez identificable como vascuence, pudo ser el habla más vieja de que se tenga testimonio en España. Se le sobrepusieron las lenguas de los, en cierta forma triunfadores, galos, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, visigodos, musulmanes y, unos más, otros menos, contribuyeron a enriquecer la lengua de Castilla. Giménez Soler lo publicó en su proverbial claridad:

La lengua nativa de los españoles se supone muerta, desaparecida y aniquilada por la de los conquistadores, como si fuera cosa fácil que un pueblo perdiera casi de repente su modo habitual de expresarse, y mil ejemplos no confirmarían casi la imposibilidad de sustituir un idioma por otro, aun recurriendo el poder a todos sus medios para conseguirlo.

Ha sido el caso de México, el castellano trasplantado se ha debido mestizar, transformar, aunque por atavismo colonialista no se quiera reconocer.

Parece sumamente difícil llegar a conclusiones en estos temas urgidos de sistemática investigación; pretendieron ser incitación al estudio; no terminar, sino principiar; pero, si en el movable contorno humano cada

vez ha de ser más difícil circunscribir lo eternamente creciente, se puede volver a la vieja idea territorial como a una tabla de náufrago, porque, dentro del todavía vigente concepto de la nacionalidad, es el territorio el definidor y, en el caso de México, es mexicano el habitante de México, y que los casos particulares hagan valer su excepción. Por cuanto a las clasificaciones de indígena, español, indiano, criollo, mestizo, su verdadero valor estuvo fincado en la posición social, como resultante de una realidad económica, que reflejaba la distribución de la riqueza. Fue la censura de Jorge Carrión a Frank Tannenbaum que, sin comprender en verdad a los mexicanos,

los estratifica así de acuerdo con la forma de vida y cultura que adoptan, sin cuidarse de averiguar si esa actitud ante el mundo y sus valores, frente a la nacionalidad o dentro de la comarca, sea únicamente producto de las relaciones de propiedad existentes entre esos grupos; sin indagar si son características transitorias, no determinantes ni específicas de los rasgos y diferencias raciales.

Pero, aún en la última consideración, los caracteres físicos, así sean tremendamente importantes para orientar la psicología individual, ya no lo son tanto frente a la del grupo, la nación o la humanidad, y desaparecen de manera total, ante los más depurados intereses del hombre. La complicada estratificación social de la Colonia en México se derrumbó con la Independencia y, por más que se realizaron hábiles triquiñuelas para mantener el orden económico que la sustentaba, el solo cambio de manos de la riqueza, promovido durante la Reforma, la desquebrajó por completo aun cuando la Revolución Mexicana, por insalvables obstáculos, no ha podido cuajar todos los generosos impulsos que le dieron fisonomía de insurrección popular, su propensión a un más equitativo reparto de la riqueza se va reflejando en más humana organización social y en un concepto más limpio, menos lacerante, para los grupos integradores de la mexicanidad.

Referencias

- Aguirre Beltrán, Gonzalo. (1970). *Los símbolos étnicos de la identidad nacional*. México [conferencia].
- Arciniegas, Germán. (1963). Nuestra América es un ensayo, en *Cuadernos*. París.
- Bossano, Luis. (1942). El Problema indígena y el cruzamiento, en *Revista Mexicana de Sociología*. México.
- Buarque de Holanda, Sérgio. (1960). *História geral da civilização brasileira*. São Paulo, D. E do Livro.
- Carrión, Jorge. (1951). Ni paz sin lucha ni pan sin esfuerzo, en *Problemas agrícolas e industriales de México*. México.
- Caso, Antonio. (1932). *Sociología genética y sistemática*. México, Cultura.
- Croce, Benedetto. (1926). *Estética*. Madrid, F. Beltrán.
- Dorantes de Carranza, Baltasar. (1940). *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*. México, Museo Nacional de Arqueología.
- Ghandi, Mohandas Karamchand. (1959). *La civilización occidental y nuestra Independencia*. Buenos Aires, Sur.
- Giménez Soler, Andrés. (1918). *La antigua Península Ibérica*. Barcelona, Montaner y Simón.
- Gourou, Pierre. (1959). *Los países tropicales*. México, Universidad Veracruzana.
- Handlin, Osear. (1955). Aportaciones positivas de los inmigrantes, en *Población y Cultura*. París, UNESCO.
- Hanke, Lewis. (1943). *Notas al cuerpo de documentos del siglo XVI*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Harkness, Albert. (1965). *Esbozo histórico de la cultura norteamericana*. México, Letras.
- Istrati, Panait. (1944). *Bajo el cielo de Oriente*. Argentina, Calomino.
- Machado, Antonio. (1940). *Poesías completas*. Buenos Aires, Espasa-Calpe.
- Noriega, Raúl. (1952). Los mexicanos, análisis y síntesis, en *México, realización y esperanza*. México, Superación.
- O'Gorman, Edmundo. (1941). Sobre la naturaleza bestial del indio americano, en *Filosofía y Letras*. México, UNAM.
- Prampolini, Santiago. (1940). *Historia universal de la literatura*. Buenos Aires, Uteha.
- Prenat, Marcel. (1936). *Biologie et marxisme*. París, Sociales Internationales.
- Ramos, Arthur. (1942). Raza, Grupos Culturales, Diferenciación Social, en *Revista Mexicana de Sociología*. México.
- Ramos Oliveira, Antonio. (1970). *La unidad nacional y los nacionalismos españoles*. México, Grijalbo.
- Recavarren, Jorge Luis. (1964). Ciencia y teoría del hombre andino, en *Cuadernos*. París.

- Reyes, Alfonso. (1943). Posición de América en *Cuadernos americanos*. México.
- Sánchez, Luis Alberto. (1937). *Historia de la literatura americana*. Santiago de Chile, Ercilla.
- Sand, Jorge. (1923). *Indiana*. Madrid, Calpe.
- Spence Robertson, William. (1941). Independencia y organización constitucional de los Estados Unidos, en R. Levene. *Historia de América*. Buenos Aires.
- Tannenbaum, Frank. (1951). México: La lucha por la paz y por el pan, en *Problemas agrícolas e industriales de México*. México.
- Toynbee, Arnold J. (1956). *Estudio de la historia*. Buenos Aires, Emecé.
- Verissimo, Erico. (1959). *México, historia de un viaje*. México, Continental.
- Villaespesa, Francisco. *Los conquistadores*. Barcelona, Maucci.
- Zavala, Silvio A. (1940). México, la Independencia, en R. Levene. *Historia de América*. Buenos Aires.
- Zea, Leopoldo. (1969). *La filosofía americana como filosofía sin más*. México, Siglo XXI.

Navegación prehispánica en América*

No se pretende iniciar el estudio de la navegación prehispánica en América, sino de incitarlo con estas notas al azar de lecturas para otros usos. La impudicia de ofrecerlas hoy se acoge a la circunstancia de que, aún muy añeja la mayoría de los datos, continúan un tanto ignorados para considerable número de personas. Por otra parte, la idea original fue un intento de ofrecer algún presente de gratitud a la Escuela Náutica de Veracruz, que tan gentil y eficientemente ayudó a realizar las exploraciones arqueológicas en Isla de Sacrificios.

El 13 de octubre de 1492, en la isla de Guanahaní, Colón anotó refiriéndose a los nativos:

vinieron a la nao con almadías, que son hechas del pie de un árbol, como un barco luengo, y todo de un pedazo, y labrado muy a maravilla según la tierra, y grandes en las que en algunas venían cuarenta o cuarenta y cinco hombres, y otras más pequeñas, fasta haber de ellas en que venía un solo hombre. Remaban con una pala como de fornero, y anda a maravilla; y si se le trastorna, luego se echan a nadar y la enderezan y vacían con calabazas que traen ellos.

* Publicado en el número 10 de *La Palabra y el Hombre*, correspondiente a abril-junio de 1959.

Ésta fue la primera noticia sobre navegación en América, pero el llamado “descubrimiento”, aparejó la manía de buscar por las rutas oceánicas el origen del hombre americano. Ni las más peregrinas teorías fueron desoídas ni se sometió a examen el acopio de datos. Algunos hechos permanecieron, como los elementos negroides de la cultura “olmeca” del sur de Veracruz que, si se ligan a las figurillas arcaicas, deben ser de 1000 a 1500 años antes de la Era y suponerseles la vía marítima para su arribo; también parece que concedían a las canoas valor de ofrenda, y a los remos, de mando. Aquí puede citarse una nota de Pedro Mártir al relatar, en la travesía que Núñez de Balboa hizo del Darién a la mar del sur, el encuentro de negros a dos días de Cuarecua, “piensan que en otros tiempos pasaron de la Etiopía, negros a robar y que, naufragando, se establecieron en aquellas montañas”. De tener posibilidad el hecho, sería mejor pensar en africanos de la costa occidental para este dato que repiten otros cronistas.

De las migraciones asiáticas al continente americano sólo un hecho es irrefutable: la presencia de los esquimales, cuya cultura básica es igual a la de otros pueblos euroasiáticos y pobladores de las regiones árticas, como los lapones, samoyedos, chukchis, yakutas; pero la etnografía indica que los esquimales no parecen haber sido grandes navegantes y sus embarcaciones adoptadas en época relativamente reciente y de grupos más próximos a las altas culturas.

Comparando el vocabulario australiano de Schmidt con las lenguas chon de la Patagonia (tehuelches, tenesh, ona, alakaluf y yahgan), Paul Rivet ha pensado en una población australiana en este continente, faltando la posibilidad que brinda el estrecho de Bering, la cuestión parece difícil, pues es reconocido por el mismo Rivet que los australianos eran mediocres navegantes. A su vez, un estudio de Cooper sobre los yahgan, pobladores del extremo austral en la Tierra del Fuego, demuestra que realizan sus actividades comerciales por agua, pero sus embarcaciones imitan la piragua de los araucanos.

Al referirse a la presencia de melanesios en América, Rivet pone mayor énfasis en la comparación entre las lenguas del grupo hoka con el malayo-polinesio y agrega la canoa doble y la canoa con balancín que, mejor documentadas, habrían de ser prueba muy seria.

Si las islas del Hawai no debieran incluirse en la Polinesia sino en el Continente americano, parecería más natural pensar en la llegada de tales elementos, porque los hawaianos representan brillantemente a los polinesios. El enorme Pacífico frena la imaginación de quienes otean por sus rutas azules, pero, en 1947, unos escandinavos en balsa, navegando las seis mil millas de la costa del Perú a las islas Tuamotú (Polinesia), dejaron abierta una ventana de posibilidades a los polinesios “que sobre sus dobles piraguas han descubierto y poblado todas las islas, altas y bajas, de ese inmenso espacio triangular que va desde la Nueva Zelanda a Hawai, y desde allí hasta la Isla de Pascua”; citando las palabras de Métraux, y con este investigador deben recordarse las frases de Honoré Laval en su libro sobre Mangareva:

Emigrar no era solamente una necesidad física impuesta por el vencedor a un partido derrotado, sino también la única solución honorable para los hombres dignos a quienes un percance había despojado de su prestigio y de sus tierras [...] Los emigrantes bogaban al azar, en línea recta delante de ellos, con la esperanza de hallar una isla más allá del horizonte. Centenares de polinesios erraron sobre el mar, hasta que sus canoas no eran ya más que troncos perdidos, llenos de cuerpos demacrados. Otros perecían en las tempestades pero algunos lograban desembarcar en los “oasis del mar”, que conquistaron para el hombre.

Las flotillas polinesias que partían en busca de islas desconocidas, dejaban la patria en medio de un alegre tumulto de fiesta. Muchos de sus relatos aluden al sufrimiento de la población restante, a las recomendaciones que se hacían unos a otros. Los vencidos que emprendían estos viajes sin retorno, tenían a honor afectar un “aire de triunfo y alegría”, para demostrar su confianza en un destino mejor.

En el momento de la partida, todos se vestían con los ornamentos más bellos, cubriendo su pelo con guirnaldas de flores. En medio de este decorado de fiesta, las piraguas se alejaban lentamente; detrás de ellas, un sacerdote cantaba y danzaba los “últimos adioses a la patria” y saludaba por adelantado la tierra “que iban a buscar más allá del horizonte”.

Estas canoas dobles pudieron venir al continente, siempre mayor que una isla, y de igual manera las canoas con balancín, muy evolucionadas para el siglo XVI, en la descripción de Pigafetta. Este relator de la epopeya magallánica encontró en Guahan, la Isla de los Ladrones, que la diversión favorita de los nativos era

pasearse con sus mujeres en canoas [...] pintadas en negro, en blanco o en rojo. La vela es de hojas de palmera cosidas, y tiene la forma de una vela latina. Está siempre colocada a un costado, y al opuesto; para equilibrarla y, al mismo tiempo, para sostener la canoa, sujetan una gruesa viga puntiaguda por un extremo con pértigas entrecruzadas. Así navegan sin peligro. El gobernalle semeja una pala de panadero, puesto que es una pértiga al extremo de la cual sujetan una tabla. No diferencian la proa de la popa, y por ello tienen un timón en cada punta.

Posteriormente, viajeros como Cook y Anson elogiaron la batanga o canoa con balancín de los micronesios.

En el primer tercio del siglo x, un marinero llamado Gunnbjörn perdió la ruta de Islandia y su embarcación, arrastrada por las corrientes marinas, fue a dar mucho más al Oeste, ante los acantilados que todavía llevan su nombre como testimonio al primer europeo que miró la Groenlandia. Por el 980 los acantilados e islotes groenlandeses recibieron la visita de Snaebjörn. El año 985, Erik el Rojo, seguido por Thorffin Karlsefni, llegó para establecer dos colonias normandas: Eystribygd y Vestribygd, donde la población pasó de los tres mil habitantes. El nombre de Groenlandia, “tierra verde”, se lo dio Erik el Rojo. Este célebre noruego, por homicidio, se había expatriado y establecido en Islandia, de donde, al ser expulsado, llevó a Groenlandia colonos islandeses. Los esquimales abandonaron el territorio y sus casas bajo tierra.

En 986, Bjarni, al hacer la ruta Islandia-Groenlandia, descubrió tierras más occidentales que algunos identifican como las vistas años después por el hijo de Erik y acaso también pudieron ser aquellas tierras tocadas por Arí Marsson al ser desviado por las corrientes en su camino rumbo a Islandia.

Las noticias de tales descubrimientos activaron el movimiento marítimo entre Groenlandia, Islandia y Noruega. En el año 1000, como acepta Rivet, quedaría establecido el cristianismo en Groenlandia y noticias de su existencia llegaron a ciudades del norte alemán, para ser anotadas en la historia eclesiástica de Adam de Bremen, en la cual se relata cómo un grupo de frisonos embarcó en el Weser, dejó atrás Islandia, cruzó las neblinosas aguas y llegó a las impresionantes costas groenlandesas. Por el relato de los expedicionarios parece que hallaron un poblado

esquimal, pero no condiciones adecuadas, y regresaron. En el mismo año, Leif descubrió la tierra continental de América en el peñascoso litoral que llamó Helleland “tierra de peñascos”, y al sur un punto bautizado como Markland, de vegetación selvática. En un sitio de aquel territorio, el alemán Dietrich encontró la uva silvestre; llamaron Vinlandia (Vinland it Goda, “la buena tierra del vino” esa comarca que, piensa Ruge, debió estar por Massachusetts, mientras Prampolini extiende la exploración a lugares como Terranova, Nueva Escocia e inmediaciones de Nueva York. Este descubrimiento adquirió sensacional importancia y difusión; Adam de Bremen lo registró con las diversas tentativas de colonización, fracasadas por la oposición de los nativos y la violencia de los mismos normandos.

El viaje de Karlsefni, realizado entre 1003 y 1006 parece la segunda visita de aquellos normandos a la tierra firme de América. Esta expedición, según la *Eiríks Saga Rauda*, comentada por Prampolini, en la primavera de 1003, partió de Groelandia con 140 hombres, entre los cuales iba el “poeta groenlandés” Þórhallr. Llevaron, al parecer, la misma ruta de Leif, tocando el Helleland (Labrador), Markland (Terranova) y Kjalarnes (Cabo Bretón). El poeta Þórhallr iba para embriagarse allá en la tierra del vino y sólo encontró agua, por lo cual en sus “lausar visur”, compuestos el año 1004 sobre la costa de Massachusetts, protestó contra el engaño:

Aquí me han prometido
la mejor entre las bebidas;
y me parece una tierra,
para gente sin vicios:
he tenido que tomar el cántaro
e ir a la fuente
o abrevarme en un pantano,

y agregó con indignación de bohemio defraudado:

Volvamos desde luego
a encontrar a nuestros parientes;
surque la nave
por los amplios caminos,
mientras los ilusos guerreros
que loan esta tierra
parten para las “riberas maravillosas”
y comen carne de ballena.

Dispersa la expedición, un grupo siguió hasta la Nueva Escocia y tomó contacto con los indígenas. El grupo disidente intentó regresar al Norte y terminó enfilando al Este para llegar a Irlanda, donde, sin vino, murió el inconforme poeta.

Las colonias groenlandesas gozaban de popularidad en Islandia, la *Fóstbroedra Saga* relata las aventuras de Þorgeirr Hávarsson, muerto en 1024 y Þormódr Bearsason, que pereció en el 1030 en la batalla de Stiklastadir. Los dos escaldos, con rito de sangre si la lleva, se habían jurado hermandad, por eso, para vengar la muerte de Þorgeirr, Þormódr hizo el viaje a Groenlandia. Eran conocidos los viajes de Erik, Leif y Karlsefni en la *Eiríks Saga Rauda* y en el *Islendingabók* de Arí Þorgilsson (1067-1148), la historia de la isla incluye tanto el descubrimiento como la colonización de Groenlandia.

En 1265, partiendo de Groenlandia, unos islandeses navegaron el mar de Baffin y cruzando el estrecho de Jones llegaron hasta las heladísimas islas Parry. Se anota una expedición a la bahía de Baffin en el año 1276, pero sin mayores detalles.

Tras el establecimiento del cristianismo, en 1124 fue nombrado el primer obispo de Groenlandia con residencia en la isla. El último que vivió allá fue Alfr, de 1368 a 1378. A partir de tal fecha, los obispos de Groenlandia sólo fueron titulares, para desaparecer el nombramiento en 1537. Vestribygd, la colonia tenaz, agonizaba entre 1350-1360; en 1410 partió de Groenlandia con rumbo a Islandia el último barco. El recuerdo de los hechos históricos pagó con un poco de olvido su ingreso a la leyenda tenebrosa de la Mar Océano; el ganado bovino, los carneros, cabras, caballos, perros y cerdos fueron extinguiéndose; una octava parte de la flora continuó siendo extranjera, para delicia de los etnobotánicos, y los restos de la cultura material tiritaron hasta el día en que los investigadores fueron a descubrirlos. La gran aventura marinera de los vikingos languideció en las crónicas; pero los modernos trabajos de arqueología la fortalecen y surgen de los túmulos páginas elocuentes. La nave descubierta en Oseberg, que perteneció a la reina Asa, mide unos veinte metros de largo por quince de ancho y contaba con quince pares de remos. Aquellos viajes

a Groenlandia y Vinlandia fueron realizados en *knorr*s, desplazaban unas cincuenta toneladas, “llevaban bastimentos para varias semanas, unos treinta guerreros que, según la saga, abandonaban los remos para coger las armas [...] se manejaban con grandes velas, y así podían avanzar un promedio de setenta y cinco millas por día”, concluye Pijoan.

Leyendas de marinería las hubo en América misma, Cieza de León escribió una tradición de los nativos en Punta Elena, ciudad de Puerto Viejo, que según sus antepasados “vinieron por la mar en unas balsas de juncos a manera de grandes barcas, unos hombres tan grandes que tenían tanto uno de ellos de la rodilla abajo como un hombre de los comunes en todo el cuerpo” y cita fósiles indudablemente de animales confundidos con huesos humanos.

La tradición parece haber tenido, en la costa peruana, más fuerza de lo creído, porque al decir de Acosta, aquellos gigantes venidos por mar “hicieron guerra a los de la tierra [...] edificios soberbios, y muestran hoy un pozo hecho de piedras, de gran valor [...] También cuentan los indios de Yca y los de Arica, que solían antiguamente navegar a unas islas al Poniente, muy lejos, y la navegación era en unos cueros de lobo marino, hinchados”.

Al margen de las tradiciones, queda el testimonio de las islas habitadas, elogiando a una magnífica navegación prehispánica en América, las noticias de los primeros cronistas y la moderna etnografía. La isla de Puna fue conquistada por Francisco Pizarro, relata *el Inca*, Garcilaso de la Vega, “porque le dixerón que tenía mucha riqueza de oro y plata. Passó a ella en balsas con mucho peligro, porque está doze leguas la mar adentro”; pero en esta materia impresiona más el poblamiento de las Antillas, entre las cuales Cuba es ejemplo límpido. Según la obra de Pichardo Moya, los primeros habitantes de Cuba serían guanatahabey o habitantes de las cavernas, acaso emparentados con grupos del sur; a ellos debió sobreponerse una invasión siboney (habitantes de las costas y ciénagas) posiblemente afines a los moradores más antiguos de Florida. Con mayor certeza es conocida la invasión del grupo taíno, habitante de la meseta y claramente filial del grupo arawaco. Habían poblado las Grandes Antillas,

las Bahamas, donde se conocían por *lucayos*, y mantenían una colonia en Florida. La conquista española impidió que los taíno de Cuba fueran suplantados por la nueva invasión arawaca de los caribes que, corrobora Krickeberg, “habían exterminado a toda la población masculina de las Antillas Menores [...] extendido sus merodeos hasta la costa septentrional de Cuba y las islas Bahamas [...] Su punto de partida era probablemente la península de Paria o la Isla Trinidad, desde donde invadieron las Antillas en varias olas”. Esta última invasión fue informada con impresionante patetismo a los hispanos y, en ocasiones, el relato alcanzó a invasiones anteriores, como en la nota de Pedro Mártir sobre Haití: “Desde la isla Matinino [...] dicen éstos que pasaron, llevados en sus canoas monoxilas [...] los primeros habitantes arrojados de su patria por los partidarios de la fracción contraria” y, además, consta el fuerte comercio que por la costa del Caribe y sus islas realizaban estos fenicios autóctonos en el mediterráneo americano.

Había en América grandes pescadores, como unos nativos descritos por Acosta en el litoral atlántico de Panamá, junto al río Hacha. Para obtener las perlas esos buzos bajaban

seis y nueve, y aun doce brazas en hondo, a buscar los ostiones, que de ordinario están asidos a las peñas y escollos de la mar. De allí los arrancan y se cargan de ellos, y se salen, y los echan en las canoas [...] El frío del agua allá dentro es grande, y mucho mayor el trabajo de tener el aliento [...] Para que puedan tener el aliento, hácenles a los pobres buzos, que coman poco y manjar muy seco, y que sean continentes.

En otros aspectos la pesca también era fuerte aventura, como de la costa peruana escribió *el Inca*, Garcilaso, para pescar en alta mar sobre pequeñísimas balsas de anea; pero la pesca de la ballena en la costa de Florida, que relató Acosta basado en las descripciones del *Adelantado*, Pedro Menéndez, y un libro de Monardes, resulta de superior audacia: en una canoa, un indígena se aproximaba tanto a la ballena como para saltar a ella, conservando su canoa sujeta por una cuerda; en un momento propicio clavaba una estaca en un orificio de la nariz, golpeándola fuertemente para darle firmeza; pasado algún tiempo hundía otra estaca en el orificio

segundo a modo de cortarle la respiración. El indígena, que había soportado la furia del herido cetáceo, pasaba nuevamente a su canoa, no sin dejar a ésta sujeta por larga cuerda de las estacas clavadas en la ballena, y seguía las revueltas del animal hasta que, agonizante, buscaba la costa, donde los nativos del grupo se repartían su carne.

La existencia de autóctonas embarcaciones fue anotada por Colón desde su primer viaje y refrendada inmediatamente por los escritos de Pedro Mártir. Cuando en el primer viaje una carabela encalló frente a la Isla Española, los nativos sacaron “a los hombres y todo lo que en ella iba, con tanta rapidez y alegría en sus botes” que parecían adiestrados en obras de salvamento y usaron canoas “de un solo madero, largas pero estrechas”. Estas canoas eran cavadas “con piedras agudísimas [...], afirman muchos haber visto que la mayor parte de ellas eran capaces de ochenta remeros”.

Murdock ha señalado la existencia de un avanzado arte para construir canoas primitivas entre los haidas de la Columbia Británica, donde distinguen hasta siete tipos: 1. La media canoa, poco profunda, para navegar en las corrientes del interior; 2. La pequeña canoa, de altas popa y proa, para cortos viajes en mar abierto; 3. La canoa nutria, especial para lechos de algas; 4. Canoa de caza, con salientes bordas, altas proa y popa, especial para pescar en aguas profundas; 5. La gran canoa, para guerra, comercio y visitas ceremoniales; 6. La canoa venado, de gran tamaño y popa esculpida imitando la cabeza del venado, y 7. La canoa cabeza, del grupo de las grandes canoas con función ornamental. Estas canoas de setenta por ocho pies algunas, y con capacidad para treinta hombres o tres toneladas, todavía se construyen a la manera prehispánica, en un solo tronco; al ahuecarla con hachas y cinceles de piedra la llenan de agua y se le agregan piedras calientes para que hierva; ablandada la madera, con travesaños la ensanchan. Las impulsan con paletas y en algunos casos utilizan velas cuadradas tejidas con la corteza del cedro; estas mismas velas pueden volverse tiendas provisionales o tapas con las cuales defender de cuarteaduras a las canoas varadas en la playa. Pigaffeta describió las canoas indígenas del Brasil en 1519, trabajadas con hachas

de piedra en un solo tronco e impulsadas con palas por treinta o cuarenta hombres; o la descripción que hizo en 1531 Pedro López de Sousa en torno a canoas charrúas cerca de Montevideo, donde se usaban largas palas decoradas y campanillas en los brazos y muñecas de los remeros.

De la costa peruana Garcilaso dejó interesantes notas. Para el paso de los ríos “hacían [...] balsas grandes y chicas, de cinco o de siete palos largos, atados unos con otros: el de en medio era más largo que todos los otros; los primeros colaterales eran menos largos, luego los segundos eran más cortos y los terceros más cortos, porque así cortasen mejor el agua [...] y la misma forma tenían a la popa que a la proa”. Luego se refirió a las pequeñas embarcaciones de anea para un solo tripulante que “pónese al cabo de la popa y échase de pechos sobre el barco, y los brazos y piernas le sirven de remos”; pero estas embarcaciones de anea podían ser mayores y con remos para pescar hasta seis leguas mar adentro.

En la zona del Caribe se distinguían las canoas monoxilas de los taíno y las caribes, con el agregado de tablones en las bordas; pero las embarcaciones taínas eran mayores (treinta metros de largo y ochenta remeros), sostenían el comercio en rutas de 220 a 230 kilómetros comprendiendo las islas, Yucatán y Florida.

Tanto el trabajo de Bennett sobre las tierras altas de los Andes, como el de Tschopik Jr. sobre los aymara, muestran en el Titicaca embarcaciones contemporáneas con velas de apariencia nativa. Este debatido problema del uso de la vela en América prehispánica cuenta con poca documentación. Garcilaso, en una parte de sus *Comentarios reales*, asentó: “no echan vela en los barquillos de anea [...] a las balsas de madera se le echan cuando navegan por la mar”; pero queda la duda si en verdad sería elemento indígena o reciente adopción hispana en los tiempos del cronista. Igual meditación sugiere la lectura del contemporáneo Alvarado sobre Venezuela, porque dice: “Las piraguas eran las naves de mayor porte y, provistas como estaban de velas de palma, se las destinaba a la navegación fluvial o costanera o a la marítima hacia las islas de Barlovento”. Parece que se debe aplicar este párrafo a los navegantes de la Guayana, pero ni eso es claro. En cambio, impugnada y categórica es la noticia de

Gonzalo Fernández de Oviedo: “En esta Isla Española y en las otras partes todas destas Indias que hasta el presente se saben [...] hay una manera de barcas que los indios llaman canoa [...] Éstas he visto de porte de cuarenta y cincuenta hombres [...] y llámanlas los caribes piraguas y navegan con velas de algodón y al remo asimismo”.

Si la navegación americana prehispánica llegó al uso de la vela, en verdad tal elemento no tuvo tiempo de difundirse.

En el México prehispánico la navegación estuvo adelantada. Hernández de Córdoba en 1518 encontró, en la Isla de las Mujeres, fuerte población, magníficos edificios, culto desarrollado, vida de alta cultura y otro tanto halló frente a la costa de Campeche. Al año siguiente, Grijalva descubrió similares condiciones en Cozumel y la Isla de Sacrificios. Los datos históricos, las exploraciones arqueológicas y la moderna etnografía llevan reunido importante material. En algunos casos es de rudimentaria navegación, como las balsas de calabazos estudiadas por Hendrichs en Totolapan y Ajuchitán, Guerrero, muy semejantes a las peruanas descritas por Garcilaso; pero en otros van cobrando importancia. Por ejemplo, Kirchhoff, en su estudio sobre la Baja California, señaló la balsa de troncos de corcho cubriendo aproximadamente al territorio pericú, sin determinarse, con los elementos disponibles, anterioridad entre ellas y las balsas de manojos de tule, correspondientes a tribus más antiguas en la península; o también otro tipo hecho con troncos de árbol, posiblemente de los cochimíes en Isla de Cedros.

Por la *Relación de Michoacán* y los estudios de Corona Núñez puede saberse que Tirípeme (¿Venus?) tenía culto en La Pacanda (isla de Pátzcuaro) y que su advocación como Tirípeme Tupuren era concebida por los tarascos como Dios del mar, con ofrenda de peces, conchas y caracoles. La importancia del lago para los tarascos ribereños es clara en la *Crónica de La Rea*.

Tradiciones mexicanas en torno a empresas de navegación pueden ejemplificarse con la llegada de olmeca-xicalancas que, dice Ixtlilxóchitl, “vinieron en navíos o barcas de la parte del oriente, hasta la tierra de Potonchan, desde donde comenzaron a poblarle”. Posteriormente (siglo vi), este último colocó la llegada de los toltecas, desterrados de su patria “y

después de haber navegado y costeadado por la mar del sur [...] salieron al puerto de Huatulco [...] y habiendo andado por diversas partes y ojeado las costas de la mar del norte, vinieron a parar a la provincia de Tulantzinco”. Refiriéndose a los toltecas, pero en versión distinta, Sahagún los situó en Pánuco, “llegaron a aquel puerto con navíos con que pasaron aquella mar”. La nota no altera la idea básica. De Huatulco se tienen dos descripciones hechas en el siglo xvi; en una explicaron “Coatulco quiere dezir lugar de culebra y dizen los yndios que deszienden de chichimecas y la lengua que hablan es mexicana corrompida y disfrazada”. Si se recuerda la culebra como símbolo de Quetzalcóatl, que generalmente la lengua de los toltecas era llamada “mexicana corrupta” y su íntima liga con los chichimecas hasta el grado de también llamarse así, se ve una prueba a lo asentado por Ixtlilxóchitl, hoy reforzada por piezas arqueológicas. En la otra relación, hecha por Gaspar de Vargas (Paso y Troncoso), se lee: “Dizen que toda esta tierra fue de chichimecas y que la lengua que hablaban era la mexicana corrupta y disfrazada [...] que al ydolo que solían tener llamauan Coateptl que quiere dezir cerro de culebra”. Por su parte, Burgoa, en su *Geográfica Descripción* de 1670, en Huatulco, recogió la tradición de los nativos “que vieron venir por la mar, como si viniera del Perú un hombre anciano, blanco, con el traje que pintan a los apóstoles de túnica larga, ceñido y con manto, el cabello y barba larga” para referirse a Quetzalcóatl; pero, además, al escribir de Tehuantepec, Burgoa dijo:

Fue este país en su antigüedad poblado de una nación llamada Huabe, venida de la parte del Medio Día o Sur, y de sus historias y caracteres se supo, que por guerras que tuvieron entre sí o con otros vecinos, vencidos y perseguidos, se embarcaron en canoas, o barcos de su usanza, y vinieron costeadando a vistas de tierra, por la Mar del Sur [...] y llegando a esta costa de Tehuantepec, hallaron las comodidades para su propagación y sustento, algunos dicen que los que habitaban esta tierra eran mijes [...] y se averiguó su venida de muy lejos, en estos tiempos, por un religioso [...] que venía de la provincia de Nicaragua, y oyendo en el convento de Tehuantepec a un religioso nuestro, ministro de los huabes, hablar con su muchacho, reparó en las voces y términos de la lengua entendiendo lo que decía aunque con alguna diferencia y dijo que era el mismo idioma de unos pueblos de Nicaragua, y de allá debieron de salir éstos.

Morley citó la isla de Jaina entre los centros ceremoniales del Periodo medio, señalando el año 652. Para esta fecha, seguramente la Isla de Sacrificios

principió a ser habitada por gente de la cultura Remojadas Superior, sin perder su contacto con Punta Mocambo, y para el siglo ix iniciaría su vida como centro ceremonial de primera magnitud. El *Lienzo de Jucutácató*, si se ha interpretado bien, señalaría la llegada de los nonoalcas a Chalchicueyecan y cruzando el mar desde un Chalchiutlapazco que puede ser la Isla de Sacrificios; pero seguramente procedían de Centroamérica, por lo menos, y llegaron a trabajar las minas de cobre, con intensidad en Guerrero.

Relatos para el final de Tula (1116) y dispersión de los toltecas o quetzalcóalidas abundan. Según Landa, Kukalcán fue a la península yucateca y de regreso “se detuvo en Champotón, y que para memoria suya y de su partida, hizo dentro del mar un buen edificio a modo del de Chichenizá, a un gran tiro de piedra de la ribera”. Por su parte, los quichés del *Popol Vuh* recordaban una migración que tuvo como base a Tula y fueron a establecerse a la región de Chichicastenango “cuando llegaron al otro lado del mar”.

Son más explícitos los cakchiqueles en sus anales. También dicen haber salido de Tula y haber caminado a la costa del Golfo donde se reunían las tribus. Angustiados ante la vista del mar, dijeron “no hay manera de pasarlo; de nadie se ha sabido que haya atravesado el mar [...] ¿quién tiene un palo con el cual podamos pasar? [...] Luego nos juntamos y en seguida fuimos a hacer encuentro a una tribu enemiga, los nonoualcas, los xulpiti, así llamados, que se encontraban a la orilla del mar y estaban en sus barcas [...] presto fueron destruidos por nosotros [...] así pues, nos embarcamos en las canoas de los nonoalcas y dirigiéndonos al oriente pronto llegamos”.

Motolinía, refiriéndose a los primeros cuatro hermanos pobladores, dijo no haber

podido bien averiguar cuál de estos hermanos fue a poblar la provincia de Nicaragua, mas de cuanto sé que en tiempo de una grande esterilidad, compelidos muchos indios con necesidad, salieron de esta Nueva España, y sospecho que fue en aquel tiempo que hubo cuatro años que no llovió en toda la tierra; porque se sabe que en este propio tiempo por el Mar del Sur fueron gran número de canoas o barcas, las cuales aportaron y desembarcaron en Nicaragua [...] y dieron guerra a los naturales que allí tenían poblado, y los

desbarataron y echaron de su señorío, y ellos se quedaron, y poblaron allí aquellos nahuales.

Este venir y regresar de pueblos prehispánicos estaba presente por los días de la Conquista española. Moctezuma dijo a Cortés al recibirlo en Tenochtitlan:

Por nuestras escrituras tenemos de nuestros antepasados noticia, que yo ni todos los que en esta tierra habitamos no somos naturales della, sino extranjeros y venidos a ella de partes muy extrañas; e tenemos asimismo que a estas partes trajo nuestra generación un señor, cuyos vasallos todos eran, el cual se volvió a su naturaleza, y después tornó a venir dende en mucho tiempo; y tanto, que ya estaban casados los que habían quedado con las mujeres naturales de la tierra, y tenían mucha generación y fechos pueblos donde vivían; e queriéndolos llevar consigo, no quisieron ir, ni menos recibirle por señor; y así, se volvió [...] e según de la parte que vos decís que venís, que es a do sale el sol [...], creemos y tenemos por cierto el ser nuestro señor natural.

La navegación, hasta en el propio Altiplano se había desarrollado. Según los *Anales de Cuauhtitlán*, en 1243 los de Culhuacán emplearon para pelear contra Xochimilco, a los errabundos mexicas que “sobre tablas echadas en el agua perseguían al enemigo”, y después, Tenochtitlan surgió con la navegación, en el esfuerzo supremo que de alguna manera cuenta el *Códice Ramírez*.

En días de la Conquista española hizo acto de presencia la navegación prehispánica, procurando disimular su inferioridad técnica con bravura y audacia; así, estrepitosamente, chocaron las guerreras canoas de los huastecos contra los barcos de Grijalva obligándolos a huir y estando a punto de capturar el navío de Montejo.

Para el sitio de Tenochtitlan, con su tajante pluma Bernal dice “como Cortés vio que se juntaban tantas flotas de canoas contra sus trece bergantines, las temió en gran manera, y eran de temer, porque eran más de mil canoas”.

En esa épica lucha contra los españoles y contra unos doscientos mil indígenas, enemigos del Imperio tenochca, se libraron verdaderas batallas navales. El bloqueo estrangulaba la ciudad, entonces

Acordaron de armar treinta piraguas, que son canoas muy grandes, y con muy buenos remeros y guerreros y de noche, se metieron todas treinta entre unos

carrizales en parte que los bergantines no las pudiesen ver, y cubiertas de ramas; echan antes y de noche dos o tres canoas como que llevaban bastimentos o metían agua, y con buenos remeros; y en parte que les parecía a los mejicanos que los bergantines habían de correr cuando con ellas peleasen habían hincado muchos maderos gruesos hechos estacadas para que ellos zalabordasen; pues como iban las canoas en la laguna mostrando señal de temerosas, arrimadas a los carrizales, salen dos de nuestros bergantines tras ellas, y las dos canoas hacen que se van retrayendo a tierra a la parte que estaban las treinta piraguas en celada, y los bergantines siguiéndolas, e ya que llegaban a la celada, salen todas las piraguas juntas y dan tras los bergantines, que de presto hirieron a todos los soldados y remeros y capitanes, y no podían ir a una parte ni a otra, por las estacadas que le tenían puestas.

De todos modos, la ciudad sucumbió a la superioridad numérica y técnica de los atacantes; pero en este solo ejemplo, ni la fundación de México por los tenochcas ni su conquista por los españoles podrían explicarse de manera completa sin la navegación, ni la vida mexicana guardará su correcto equilibrio sin la eficiente tarea de nuestros hombres en el mar.

Referencias

- Acosta, José de. (1940). *Historia natural y moral de las Indias*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Alvarado, Lisandro. (1945). *Datos etnográficos de Venezuela*. Caracas, Ministerio de Educación.
- Anales de Cuauhtitlán*. (1945). México, Imprenta Universitaria.
- Anales de los Cakchiqueles*. (1945). México, Fondo de Cultura Económica.
- Bennett, Wendell C. (1946). The Andean Highlands, en *Handbook of South American Indians*. Washington.
- Birket-Smith Kaj. (1948). *Los esquimales*. Barcelona, Labor.
- Burgoa, Francisco de. (1934). *Geográfica descripción*. México.
- Cieza de León, Pedro. (1945). *La crónica del Perú*. Buenos Aires, Espasa-Calpe.
- Códice Ramírez*. Sd. (1944). México, Leyenda.
- Colón, Cristóbal. (1946). *Los cuatro viajes del almirante y su testamento*. Buenos Aires, Espasa-Calpe.
- Cooper, John M. (1946). The Yahgan, en *Handbook of South American Indians*. Washington.
- Corona Núñez, José. *La religión de los tarascos* (inédita).
- Cortés, Hernán. (1932). *Cartas de relación*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Covarrubias, Miguel. (1946, julio-agosto). El arte olmeca o de La Venta, en *Cuadernos Americanos*.
- Díaz del Castillo, Bernal. (1933). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Erickeberg, Walter. (1946). *Etnología de América*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo. (1851). *Historia general y natural de las Indias*. Madrid.
- Garcilaso de la Vega, *el Inca*. (1943). *Comentarios reales de los Incas*. Buenos Aires.
- . (1944). *Historia general del Perú*. Buenos Aires, Emecé.
- Hendrichs Pérez, Pedro R. (1945). *Por tierras ignotas*. México.
- Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva. (1891). *Obras históricas*. México.
- Kirchhoff, Paul. (1942). *Las tribus de la Baja California y el libro del padre Baegert*. México, Robredo.
- Landa, Diego de. (1938). *Relación de las cosas de Yucatán*. México, Robredo.
- Lienzo de Jucutácato*.
- Mártir de Anglería, Pedro. (1944). *Décadas del Nuevo Mundo*. Buenos Aires.
- Métraux, Alfred. (1947). *La isla de Pascua*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Morley, Sylvanus G. (1947). *La civilización maya*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Motolinía*, Toribio de Benavente. (1941). *Historia de los indios de la Nueva España*. México, Chávez Hayhoe.

- Murdock, George Meter. (1945). *Nuestros contemporáneos primitivos*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Paso y Troncoso, Francisco de. (1905). *Papeles de Nueva España*. Madrid.
- Pichardo Moya, Felipe. (1945). *Caverna, costa y meseta*. La Habana, Jesús Montero.
- Pigafetta, Antonio. (1941). *Primer viaje en torno del globo*. Buenos Aires, Espasa-Calpe.
- Pijoan, José. (1942). *Summa Artis*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Popol Buj*. (1927). Guatemala.
- Prampolini, Santiago. (1940). *Historia universal de la Literatura*. Buenos Aires.
- . (1869). *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobernación de los indios de la provincia de Mechoacan*. Madrid.
- Rea, Alonso de la. (1643). *Chronica de la Orden de Nuestro Seraphico-Padre San Francisco*. Provincia de San Pedro y San Pablo de Mechoacan. México.
- Rivet, Plus. (1943). *Los orígenes del hombre americano*. México, Cuadernos Americanos.
- Ruge, Sophus. (1919). Los descubrimientos geográficos, en *Onceen*. Barcelona, Historia Universal.
- Sahagún, Bernardino de. (1938). *Historia general de las cosas de Nueva España*. México, Robredo.
- Serrano Antonio. (1946). The Charrúa, en *Handbook of South American Indians*. Washington.
- Tschopik Jr., Harry. (1946). The Aymara, en *Handbook of South American Indians*. Washington.

La Estela 1 de Piedra Labrada, Veracruz

El año de 1925, Frans Blom y Oliver La Farge, guiados por Lázaro Hernández Guillermo, realizaron una expedición científica bajo los auspicios de la Tulane University de Luisiana, cuyos resultados fueron publicados el año de 1926, en dos tomos y con el título de *Tribus y Templos*. Al pasar por Piedra Labrada, congregación del municipio de Soteapan, estado de Veracruz, por información del ingeniero La Cerda, conocieron la que llamaron Estela 1 y divulgaron en dibujo infiel. Durante la campaña contra la fiebre aftosa, Roberto Bencomo también conoció la Estela 1 con su base, y dio posterior noticia. Benjamín Elson, del Instituto Lingüístico de Verano, repitió el informe acompañándolo con otro dibujo. En febrero de 1960, el arqueólogo Alfonso Medellín Zenil, director del Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana, estuvo en Piedra Labrada y después, coordinado con el Instituto Nacional de Antropología, se hizo el traslado de la Estela 1, al Museo de Antropología de Xalapa, dejando la base donde fuera empotrada su espiga, por no tener otra importancia.

La Estela 1 de Piedra Labrada se realizó en andesita gris oscura. Mide 2.04 m de alto; tiene una circunferencia máxima de 1.43 m, y sólo una de sus caras fue trabajada. Blom pensó reconocer en ella el glifo maya

del mes pax según Joyce y aceptado de manera general; pero fue sólo una sospecha. Con su extraordinaria perspicacia y contra el pésimo dibujo, Caso identificó el símbolo del día cóatl: “ciertos glifos con numerales, por ejemplo el ‘ojo de reptil’, se encuentran en otros lugares indicando claramente que se trata de fechas o días. Véase por ejemplo la representación de la Estela 1 de Piedra Labrada, Veracruz”. Thompson, listándola entre las inscripciones de origen no maya, la colocó en el grupo de la Estatuilla de Tuxtla; después la envolvió el silencio.

Si la Estela 1 de Piedra Labrada se lee principiando por la parte superior, el primer glifo es el *xiuhmolpili* o atadura de años, familiar en la glífica del centro de México y del cual dijo Morley: “no se conoce el nombre maya de este periodo tan importante, ni su jeroglífico correspondiente, aunque fue casi con seguridad una concepción de origen maya, y la base del sistema calendárico de este pueblo”. Sigue la representación del día cóatl, simbolizado por el “ojo de serpiente”, con seis puntos que pueden ser decorativos como las bandas, o numerales para el día. Este glifo va enmarcado por dos círculos para destacar su importancia. Sobre la persistencia del glifo cóatl debe recordarse que la identificación de Caso surgió al investigar si “tenían los teotihuacanos conocimiento del Tonalpohualli”, y que Kidder publicó la figura 204-a de un vaso cilíndrico de Kaminaljuyu, trípode, con estuco y pintura, típicamente teotihuacano (III), luciendo en la tapa dos círculos con la representación estilizada de dos cabezas de serpiente, muy semejantes a la de la Estela 1 de Piedra Labrada. Continúa una barra, indudable grafía del número cinco, y dos puntos que también son cifras. El glifo siguiente, único de no muy claro diagnóstico, puede significar las volutas de humo en el Fuego Nuevo, que Blom sospechó fuera pax. Cierran la inscripción tres círculos: el primero y segundo cubiertos por veinte bandas cada uno, como representación del *katún* o periodo de veinte años; el último solamente con diez, o sea, medio katún. En torno a los katunes parece suficiente la cita de Landa: “tenían cierto modo de contar los tiempos y sus cosas por edades, las cuales hacían de veinte en veinte años [...] Llámanles a éstos en su lengua katunes, y con ellos tenían, a maravilla, cuenta de sus edades”; complementariamente los mayas marcaron también los medios katunes (diez años) y hasta cuartos

de katún (cinco años); también acostumbraron erigir o dedicar piedras cronológicas en los fines de tales periodos.

Tanto el xihmolpili, como los cincuenta y dos años de los dos katunes y medio, más los dos puntos numerales, indican con claridad el cómputo de la Cuenta Corta de los mayas, o ciclo de cincuenta y dos años en el centro de México. Pero indudablemente no trataron de marcar una fecha precisa y única como final del xihmolpili, o atadura de años y principio del Fuego Nuevo, porque un día 5 cóatl, principal día señalado, nunca podría ser el final de un ciclo de cincuenta y dos años; ni los otros posibles que son 6 y 7 cóatl. Si esta fecha coincidiera con un final de siglo indígena sería trece.

La Estela 1 de Piedra Labrada indica varias correlaciones calendáricas los días 5, 6 y 7 cóatl, en los años 5, 6 y 7 cipactli. Un año 5 cipactli, día 5 cóatl, marcaba el Fuego Nuevo de Tlaxcala, según el calendario maya dado a conocer por fray Diego de Landa. Un año 6 cipactli, día 6 cóatl, señalaba el Fuego Nuevo de Tula-Tezcoco según el sistema calendárico en que Morley concluyó sus estudios; y en el mismo, el año 7 cipactli, día 7 cóatl, concordaba con el Fuego Nuevo de Tenochtitlan. Pero la fecha principal en la Estela 1 de Piedra Labrada es el día 5 cóatl, correspondiente a un año 5 cipactli, cuya correcta determinación se puede lograr sólo en el sistema de la Cuenta Larga que, utilizando la Correlación Escalona Ramos, da el año 1483 como posible fecha para la erección del monumento insigne.

Las fechas y posibilidades anotadas no desencajan dentro del tradicional concepto historiográfico. Una fecha 1483 era conocida por la lectura de la cifra 10.19.18.14.5 en un sello procedente del Eyipantla, municipio de San Andrés Tuxtla, Veracruz, que se pensó marcar a la conquista mexicana de los popolocas (olmecas) en la región de Tuxtla.

Correlación de Calendarios y Fuegos Nuevos

Tula- -Tezcoco	Años	Escalona	Landa	Morley	Fuegos Nuevos
1 ácatl	1415				
2 tochtli	1546				

Correlación de Calendarios y Fuegos Nuevos

Tula- -Tezcoco	Años	Escalona	Landa	Morley	Fuegos Nuevos
3 ácatl	1547				
4 técpatl	1548				
5 calli	1549				
6 tochtli	1550				
7 ácatl	1551				
8 técpatl	1552				
9 calli	1553				
10 tochtli	1554				
11 ácatl	1555				
12 técpatl	1556				
13 calli	1557				
1 tochtli	1558				
2 ácatl	1559				
3 técpatl	1560				
4 calli	1561				
5 tochtli	1562				
6 ácatl	1563				
7 técpatl	1564				
8 calli	1565				
9 tochtli	1566				
10 ácatl	1567				
11 técpatl	1568				
12 calli	1569				
13 tochtli	1570				
1 ácatl	1415				
2 técpatl	1416				
3 calli	1417				
4 tochtli	1418				
5 ácatl	1419				
6 técpatl	1420				
7 calli	1421				
8 tochtli	1422				
9 ácatl	1423				
10 técpatl	1424				

Correlación de Calendarios y Fuegos Nuevos

Tula- -Tezcoco	Años	Escalona	Landa	Morley	Fuegos Nuevos
11 calli	1425				
12 tochtli	1426				
13 ácatl	1427				
1 técpatl	1428				
2 calli	1429				
3 tochtli	1430				
4 ácatl	1431				
5 técpatl	1432				
6 calli	1433				
7 tochtli	1434				
8 ácatl	1435				Yucatán- Morley
9 técpatl	1436			1 miquiztli	
10 calli	1437		1 miquiztli	2 ozomatli	Yucatán- Landa
11 tochtli	1438		2 ozomatli	3 cozcacuauhtli	
12 ácatl	1439		3 cozcacuauhtli	4 cipactli	Yucatán- Escalona
13 técpatl	1440	1 miquiztli	4 cipactli	5 miquiztli	
1 calli	1441	2 ozomatli	5 miquiztli	6 ozomatli	
2 tochtli	1442	3 cozcacuauhtli	6 ozomatli	7 cozcacuauhtli	
3 ácatl	1443	4 cipactli	7 cozcacuauhtli	8 cipactli	
4 técpatl	1444	5 miquiztli	8 cipactli	9 miquiztli	
5 calli	1445	6 ozomatli	9 miquiztli	10 ozomatli	
6 tochtli	1446	7 cozcacuauhtli	10 ozomatli	11 cozcacuauhtli	
7 ácatl	1447	8 cipactli	11 cozcacuauhtli	12 cipactli	
8 técpatl	1448	9 miquiztli	12 cipactli	13 miquiztli	
9 calli	1449	10 ozomatli	13 miquiztli	1 ozomatli	
10 tochtli	1450	11 cozcacuauhtli	1 ozomatli	2 cozcacuauhtli	
11 ácatl	1451	12 cipactli	2 cozcacuauhtli	3 cipactli	
12 técpatl	1452	13 miquiztli	3 cipactli	4 miquiztli	
13 calli	1453	1 ozomatli	4 miquiztli	5 ozomatli	
1 tochtli	1454	2 cozcacuauhtli	5 ozomatli	6 cozcacuauhtli	
2 ácatl	1455	3 cipactli	6 cozcacuauhtli	7 cipactli	Tenoch- titlan

Correlación de Calendarios y Fuegos Nuevos

Tula- Tezcoco	Años	Escalona	Landa	Morley	Fuegos Nuevos
3 técpatl	1456	4 miquiztli	7 cipactli	8 miquiztli	
4 calli	1457	5 ozomatli	8 miquiztli	9 ozomatli	
5 tochtli	1458	6 cozcacuauhtli	9 ozomatli	10 cozcacuauhtli	
6 ácatl	1459	7 cipactli	10 cozcacuauhtli	11 cipactli	
7 técpatl	1460	8 miquiztli	11 cipactli	12 miquiztli	
8 calli	1461	9 ozomatli	12 miquiztli	13 ozomatli	
9 tochtli	1462	10 cozcacuauhtli	13 ozomatli	1 cozcacuauhtli	
10 ácatl	1463	11 cipactli	1 cozcacuauhtli	2 cipactli	
11 técpatl	1464	12 miquiztli	2 cipactli	3 miquiztli	
12 calli	1465	13 ozomatli	3 miquiztli	4 ozomatli	
13 tochtli	1466	1 cozcacuauhtli	4 ozomatli	5 cozcacuauhtli	
1 ácatl	1467	2 cipactli	5 cozcacuauhtli	6 cipactli	Tula- Tezcoco
2 técpatl	1468	3 miquiztli	6 cipactli	7 miquiztli	
3 calli	1469	4 ozomatli	7 miquiztli	8 ozomatli	
4 tochtli	1470	5 cozcacuauhtli	8 ozomatli	9 cozcacuauhtli	
5 ácatl	1471	6 cipactli	9 cozcacuauhtli	10 cipactli	
6 técpatl	1472	7 miquiztli	10 cipactli	11 miquiztli	
7 calli	1473	8 ozomatli	11 miquiztli	12 ozomatli	
8 tochtli	1474	9 cozcacuauhtli	12 ozomatli	13 cozcacuauhtli	
9 ácatl	1475	10 cipactli	13 cozcacuauhtli	1 cipactli	
10 técpatl	1476	11 miquiztli	1 cipactli	2 miquiztli	
11 calli	1477	12 ozomatli	2 miquiztli	3 ozomatli	
12 tochtli	1478	13 cozcacuauhtli	3 ozomatli	4 cozcacuauhtli	
13 ácatl	1479	1 cipactli	4 cozcacuauhtli	5 cipactli	
1 técpatl	1480	2 miquiztli	5 cipactli	6 miquiztli	Tlaxcala
2 calli	1481	3 ozomatli	6 miquiztli	7 ozomatli	
3 tochtli	1482	4 cozcacuauhtli	7 ozomatli	8 cozcacuauhtli	
4 ácatl	1483	5 cipactli	8 cozcacuauhtli	9 cipactli	
5 técpatl	1484	6 miquiztli	9 cipactli	10 miquiztli	
6 calli	1485	7 ozomatli	10 miquiztli	11 ozomatli	
7 tochtli	1486	8 cozcacuauhtli	11 ozomatli	12 cozcacuauhtli	
8 ácatl	1487	9 cipactli	12 cozcacuauhtli	13 cipactli	Yucatán- Morley
9 técpatl	1488	10 miquiztli	13 cipactli	1 miquiztli	

Correlación de Calendarios y Fuegos Nuevos

Tula- Tezcoco	Años	Escalona	Landa	Morley	Fuegos Nuevos
10 calli	1489	11 ozomatli	1 miquiztli	2 ozomatli	Yucatán- Landa
11 tochtli	1490	12 cozcacuauhtli	2 ozomatli	3 cozcacuauhtli	
12 ácatl	1491	13 cipactli	3 cozcacuauhtli	4 cipactli	Yucatán- Escalona
13 técpatl	1492	1 miquiztli	4 cipactli	5 miquiztli	
1 calli	1493	2 ozomatli	5 miquiztli	6 ozomatli	
2 tochtli	1494	3 cozcacuauhtli	6 ozomatli	7 cozcacuauhtli	
3 ácatl	1495	4 cipactli	7 cozcacuauhtli	8 cipactli	
4 técpatl	1496	5 miquiztli	8 cipactli	9 miquiztli	
5 calli	1497	6 ozomatli	9 miquiztli	10 ozomatli	
6 tochtli	1498	7 cozcacuauhtli	10 ozomatli	11 cozcacuauhtli	
7 ácatl	1499	8 cipactli	11 cozcacuauhtli	12 cipactli	
8 técpatl	1500	9 miquiztli	12 cipactli	13 miquiztli	
9 calli	1501	10 ozomatli	13 miquiztli	1 ozomatli	
10 tochtli	1502	11 cozcacuauhtli	1 ozomatli	2 cozcacuauhtli	
11 ácatl	1503	12 cipactli	2 cozcacuauhtli	3 cipactli	
12 técpatl	1504	13 miquiztli	3 cipactli	4 miquiztli	
13 calli	1505	1 ozomatli	4 miquiztli	5 ozomatli	
1 tochtli	1506	2 cozcacuauhtli	5 ozomatli	6 cozcacuauhtli	
2 ácatl	1507	3 cipactli	6 cozcacuauhtli	7 cipactli	Tenoch- titlan
3 técpatl	1508	4 miquiztli	7 cipactli	8 miquiztli	
4 calli	1509	5 ozomatli	8 miquiztli	9 ozomatli	
5 tochtli	1510	6 cozcacuauhtli	9 ozomatli	10 cozcacuauhtli	
6 ácatl	1511	7 cipactli	10 cozcacuauhtli	11 cipactli	
7 técpatl	1512	8 miquiztli	11 cipactli	12 miquiztli	
8 calli	1513	9 ozomatli	12 miquiztli	13 ozomatli	
9 tochtli	1514	10 cozcacuauhtli	13 ozomatli	1 cozcacuauhtli	
10 ácatl	1515	11 cipactli	1 cozcacuauhtli	2 cipactli	
11 técpatl	1516	12 miquiztli	2 cipactli	3 miquiztli	
12 calli	1517	13 ozomatli	3 miquiztli	4 ozomatli	
13 tochtli	1518	1 cozcacuauhtli	4 ozomatli	5 cozcacuauhtli	
1 ácatl	1519	2 cipactli	5 cozcacuauhtli	6 cipactli	Tula- Tezcoco

Correlación de Calendarios y Fuegos Nuevos

Tula- Tezcoco	Años	Escalona	Landa	Morley	Fuegos Nuevos
2 técpatl	1520	3 miquiztli	6 cipactli	7 miquiztli	
3 calli	1521	4 ozomatli	7 miquiztli	8 ozomatli	
4 tochtli	1522	5 cozcacuauhtli	8 ozomatli	9 cozcacuauhtli	
5 ácatl	1523	6 cipactli	9 cozcacuauhtli	10 cipactli	
6 técpatl	1524	7 miquiztli	10 cipactli	11 miquiztli	
7 calli	1525	8 ozomatli	11 miquiztli	12 ozomatli	
8 tochtli	1526	9 cozcacuauhtli	12 ozomatli	13 cozcacuauhtli	
9 ácatl	1527	10 cipactli	13 cozcacuauhtli	1 cipactli	
10 técpatl	1528	11 miquiztli	1 cipactli	2 miquiztli	
11 calli	1529	12 ozomatli	2 miquiztli	3 ozomatli	
12 tochtli	1530	13 cozcacuauhtli	3 ozomatli	4 cozcacuauhtli	
13 ácatl	1531	1 cipactli	4 cozcacuauhtli	5 cipactli	
1 técpatl	1532	2 miquiztli	5 cipactli	6 miquiztli	Tlaxcala
2 calli	1533	3 ozomatli	6 miquiztli	7 ozomatli	
3 tochtli	1534	4 cozcacuauhtli	7 ozomatli	8 cozcacuauhtli	
4 ácatl	1535	5 cipactli	8 cozcacuauhtli	9 cipactli	
5 técpatl	1536	6 miquiztli	9 cipactli	10 miquiztli	
6 calli	1537	7 ozomatli	10 miquiztli	11 ozomatli	
7 tochtli	1538	8 cozcacuauhtli	11 ozomatli	12 cozcacuauhtli	
8 ácatl	1539	9 cipactli	12 cozcacuauhtli	13 cipactli	Yucatán- Morley
9 técpatl	1540	10 miquiztli	13 cipactli		
10 calli	1541	11 ozomatli	1 miquiztli		Yucatán- Landa
11 tochtli	1542	12 cozcacuauhtli			
12 ácatl	1543	13 cipactli			Yucatán- Escalona
13 técpatl	1544				
1 calli	1545				
2 tochtli	1546				
3 ácatl	1547				
4 técpatl	1548				
5 calli	1549				
6 tochtli	1550				
7 ácatl	1551				

Correlación de Calendarios y Fuegos Nuevos

Tula- Tezcoco	Años	Escalona	Landa	Morley	Fuegos Nuevos
8 técpatl	1552				
9 calli	1553				
10 tochtli	1554				
11 ácatl	1555				
12 técpatl	1556				
13 calli	1557				
1 tochtli	1558				
2 ácatl	1559				
3 técpatl	1560				
4 calli	1561				
5 tochtli	1562				
6 ácatl	1563				
7 técpatl	1564				
8 calli	1565				
9 tochtli	1566				
10 ácatl	1567				
11 técpatl	1568				
12 calli	1569				
13 tochtli	1570				

Según las fechas del Chac mool, sería la reconquista de Cotaxtla los años 1471-72-73-74; después, el Imperio mexica presentó sus demandas a Coatzacoalco, al decir del *Códice Ramírez*, Tezozómoc y Durán; por las fuentes (Ixtililxóchitl, Torquemada) se deduce, y es lógico, que primero se conquistó a Cozamaloapan y después a Tuxtla (gobierno de Tízoc), de donde lo posible de la fecha, reforzada por Juan de Medina en su *Descripción de la Villa de Tuxtla* (1580):

E tiene por vecinos Chacalapa de la provincia de Guazaqualco, ay diez leguas de aquí allá [...] La lengua que hablan es mexicana muy tosca, y es corrompida en vocablos diferentes de la mexicana [...] y después se dieron a Motezuma por amistad, y puso en este pueblo un Calpisque como gobernador [...] Adoraban a Ochilobos que es el demonio, y le tenían pintado en piedras y en bultos de barros que hacían [...] Tenían guerra con alguna gente que venían de hazia la parte de Guazaqualco.

En el propio tiempo de la Conquista española, Díaz del Castillo recogió informes de la expedición que, al mando de Diego de Ordaz, Cortés mandó a Coatzacoalco:

Y que en el camino cerca de Guazaqualco topó a las guarniciones de Montezuma que estaban en frontera [...] y se le quejaron del Montezuma y de sus guarniciones de gente de guerra, y que había poco tiempo que tuvieron una batalla con ellos, y que cerca de un pueblo de pocas casas mataron los de aquella provincia [popolocas] a los mejicanos muchas de sus gentes, y por aquella causa llaman hoy en día donde aquella guerra pasó Cuylonemiquis [Cuilonimiquiztlán], que en su lengua quiere decir donde mataron los putos mejicanos [actual Cuilonia, congregación del municipio de Sotepan].

Por otra parte, conviene adelantar el dato de ajustarse diez katunes en 1483, a partir de una nueva Fecha Era para la Cuenta Corta (1283), que ajustaría su ciclo de 13 katunes o 260 años, precisamente para 1543, cuando la Cuenta Larga estuvo en 11.3.0.0.0 de la Correlación Escalona.

Indudablemente para 1483 los pueblos popolocas (olmecas) del área Tuxtla-Coatzacoalco tenían fuerte conocimiento del Imperio mexica, nada sorprendente es el registro de su Fuego Nuevo el día 7 cóatl, año 7 cipactli de un calendario mayense. Tampoco extraña el registro del Fuego Nuevo tlaxcalteca un día 5 cóatl, año 5 cipactli de otro calendario maya, porque, según Muñoz Camargo, después de la guerra tenida en 9 técpatl (¿1384?), por lo menos comerciaron los tlaxcaltecas con diversos lugares, incluyendo, según sus noticias,

Champotón, Yucatán, Cozumel, Campeche hasta las Higueras, quedando otras muchas provincias sin podellas nombrar, como son, las de Cohuatzacoalco, Sempohuallan, Naúhtlan [...] Así poblada la muy insigne y no menos leal provincia de Tlaxcalla, tuvieron paz y concordia con todas las provincias comarcanas grandes tiempos [...] y porque de los pobladores de esta provincia salieron a poblar la costa y serranía de hacia la parte del Norte y de la de Levante, hacia Cempoalla, Tuxtla, Cohuazacoalco y Tabasco: finalmente, de estas tierras traían oro, cacao, algodón, ropa, miel, cera, plumería de papagallo y otras riquezas [...] [los tenochcas] procuraron por astucias y maña impedir la contratación de los Tlaxcaltecas por todas las partes que pudieron [...] de muchas provincias de las que ellos habían ganado, así por amistades como por contratos, especialmente de las de Cuetlaxtlan, Tuxtlan, Cempohuallan, Cohuatzacoalco, Tabasco, Campeche y otras provincias y lugares marítimos.

Mucho menos podía causar sorpresa el registro del Fuego Nuevo del área Tula-Tezcoco el día 6 cóatl, año 6 cipactli, entre pueblos mayenses cuya

historia del llamado Nuevo imperio se contaba, precisamente, a partir de la influencia tolteca, llevada por los quetzalcóalidas a la propia Chichén Itzá.

En el calendario del área Tula-Tezcoco, un último Fuego Nuevo tuvo lugar en 1519 (ce ácatl) y no presenta duda su correlación con las fechas de los calendarios juliano, gregoriano, ni con las variantes calendáricas indígenas en el ámbito cultural del centro de México, por eso se lo tomó como patrón para traducir los datos de la Estela 1 de Piedra Labrada y los del área maya. Económicamente, sólo se reconstruyeron dos periodos de cincuenta y dos años, o dos Cuentas Cortas, que abarcan los periodos inmediatos anteriores y posteriores a la llegada de los españoles. Primero se consideró al que pretende resolver la vieja y enojosa pugna de las correlaciones. Esta Cuenta Corta, cuyo 5 cipactli, 5 cóatl, corresponde precisamente al año 1483, va seguida de la final, terminada con su 13 cipactli, 13 cóatl, el año 1543, mismo en el cual, según Escalona Ramos, la Cuenta Larga cerraba el 11.3.0.0.0. Las crónicas mayas (*Chilam Balam de Chumayel*, *Crónica de Maní*, *Crónica de Tizimín*, *Crónica de Chumayel*) coinciden señalando el final del katún 13 ahau para la definitiva conquista española de Yucatán (se instalaron en Mérida el 6 de enero de 1542). La *Crónica de Ah Naum Pech*, señor de Motul, dice: “Sabed vosotros que uno imix se llama el día del mundo en que han de llegar los hombres de los países de Oriente, con barbas largas, trayendo al país el signo del Dios Único”; este señor de Motul ya obedecía órdenes de Montejo, y ese uno imix era el primer día de una nueva Cuenta Corta, teóricamente iniciada el año 1543, con un Fuego Nuevo en cenizas. Para cerrar un ciclo de 13 katunes (260 años) con un katún 13 y que tal ocurra en el año 1543, precisa iniciar este ciclo en 1283, cerrándose de paso el otro ciclo de cinco Cuentas Cortas, es decir, entre los mayas, el año 1283 hizo función de Fecha Era para el último ciclo de cinco Cuentas Cortas y para el último ciclo de trece katunes en la Cuenta Larga; si ha de relacionarse con la historia, conviene recordar que, aunque con vaguedad, Morley fija la fecha 10.8.0.0.0 (1247) para el principio del Nuevo imperio, nueva ocupación de Chichén Itzá por los itzaes y establecimiento de Kukulcán en Mayapán, mientras Thompson dice: “por fin, hacia el año 1260 a. de J., los itzaes volvieron a ocupar Chichén



Itzá con ayuda de los mexicanos”. Enseguida fue considerado el testimonio de Landa, según el cual “dicen los indios que acabaron de llegar los españoles a la ciudad de Mérida el año de la Natividad, del Señor de 1541, que era en punto el primer año de la Era de Buluc-Ahau[...] y llegaron el mismo mes de pop, que es el primer mes de su año”, así, Landa manejaría un calendario cuya Cuenta Corta terminó en 1540, teniendo la siguiente su primer año en 1541; esto hace concebir la existencia de un grupo maya que contó la última Fecha Era desde 1281, siendo

posteriormente los informantes de Landa; este grupo habría mantenido más íntima relación con los tlaxcaltecas, pues hacía coincidir su año 5 cipactli, día 5 cóatl, con el Fuego Nuevo de Tlaxcala. Por último, tras cuidadosos estudios, Morley había llegado a la conclusión de que, dentro

del año 1539, tocó su fin al katún 13 ahau de la Cuenta Corta; Morley se decidió por el sistema de otro grupo maya que iniciaba la última Fecha Era el año 1279 y en el cual, no sólo un año 6 cipactli, día 6 cóatl, coincidía con el Fuego Nuevo de Tula, sino también el katún penúltimo había terminado el año 1519, con la llegada de Cortés; parece fácil identificar a este grupo con los fieles al Quetzalcóatl (Kukulcán) de Tula, dentro de la rancia tradición y lealtad a quienes provocaron la etapa del llamado Nuevo imperio maya.

Con la experiencia del centro de México, no extraña ver al área maya discrepar, por unos cuantos años, respecto de las fechas del Fuego Nuevo, aun resulta notable que sólo haya sido por dos años: 1279 para la tradición tolteca, 1281 con los informantes de Landa; y 1283 en el sistema clásico de la cuenta larga; para el núcleo del centro de México era mayor: 1507 Tenochtitlan, 1519 Tula-Tezcoco; y 1532 Tlaxcala. Finalmente, nunca se repetirá la preocupación de los pueblos indígenas buscando aproximaciones de sus periodos cronológicos y los acontecimientos históricos, para una fácil tarea de la memoria, ni que tales acontecimientos, como el de la Conquista española, coincidiendo la presencia de Cortés en Veracruz con el año ce ácatl del Fuego Nuevo Tula-Tezcoco, les darían tremendas resonancias mágicas, o como el establecimiento de los españoles en Mérida, muy próximo al tiempo en que cerraban sus cuentas cortas y la de los katunes de la Cuenta Larga.

Para constatar los datos calendáricos, fueron reconstruidos todos los días de cincuenta y dos años utilizando la nomenclatura nahua, cuya equivalencia maya se realizó fácilmente después. El resultado hace concluir que se usó el mecanismo de la Cuenta Corta, con intercalación finisecular de trece días perdidos para mantener la corrección del bisiesto y, en lugar de anticuada fórmula, representó progreso, pues, con sólo marcar el número del año, se podía tener el día final, o viceversa, durante cincuenta y dos años. Los portadores de año resultaron ser: miquiztli, ozomatli, cozcacuauhtli, cipactli. La primera idea fue considerarlos encabezados por cipactli, ya Mendieta lo había escrito:

Y dando relación los indios viejos del principio y fundamento que tuvo este su calendario [¿Tonalpohualli?] contaban una tonta ficción, como son las demás que creían acerca de sus dioses. Dicen que como sus dioses vieron haber ya hombre criado en el mundo, y no tener libro por donde se rigiese, estando en

tierra de Cuernavaca, en cierta cueva dos personajes, marido y mujer del número de los dioses, llamados por nombre él Oxomoco y ella Cipactónal, consultados ambos a dos sobre esto [...] y pareció a la vieja sería bien tomar consejo a su nieto Quetzalcóatl, que era el ídolo de Cholula [...] [la vieja buscando nombre para el primer día] [...] topó con cierta cosa llamada Cipactli que la pintaban a manera de sierpe y dicen anda en el agua [catán].

Modernamente, Avilés Solares asentó:

Los días ácatl, técpatl, calli, tochtli, desde un remoto pasado fueron epónimos de los años [portadores] [...] el nuevo procedimiento de abrir la cuenta con cipactli, fue reforma meshica [...] Todos los pueblos del Anáhuac, excepto el meshica, usaron epónimos del sistema ácatl, técpatl, calli, tochtli. El pueblo meshica, cuyo Fuego Nuevo se encendía dentro del año ome ácatl tezcucano, usó un calendario final con iniciales cipactli, miquiztli, ozomatli, cozcacuauhtli, pero tales símbolos no fueron epónimos.

Escalona Ramos, elucubrando sobre los *Anales de Tecamachalco*, creyó que “colocándose también para el caso de los pueblos del centro de México, en el campo de lo teórico, puede decirse que los portadores cipactli, miquiztli, ozomatli y cozcacuauhtli rigieron antes del año 415 a. D.”. La realidad mostró que cipactli fue último, así lo presintió Avilés Solares al afirmar: “por lo que respecta al día, voy a demostrar que el último epagómeno del año finisecular meshica, era ce cóhuatl”, y en este sistema fue 13 cóatl. Como dato marginal debe tenerse la circunstancia de un día 5 cóatl, del año 5 cipactli, marcado preferentemente por la Estela 1 de Piedra Labrada, que corresponde al Fuego Nuevo de Tlaxcala, el cual, por el tiempo sospechado para el monumento, sería 1480, o ce técpatl, cifra seguramente transmitida por los popolocas a los teochichimecas. Infortunadamente no se pudieron localizar datos para el Fuego Nuevo de Cholula, pero sus popolocas, replegados a Tepeaca, dijeron en la relación de Carvajal:

Esta ciudad se nombra Tepeyacac, el qual nombre a tenydo desde su primera fundación que fue el año que en la lengua de los naturales que la fundaron se nombra el año cetecpatl, quen lengua castellana quiere dezir “el año del pedernal” que conforme a la quenta y declaración de los dichos naturales se contaba en el tiempo de su ynfielidad en quatro años, acababa la quenta y comenzaba diciendo cetepatle, omecalli, yeytochitle, nauiacatl, cuya, declaraciones el primero “pedernal”, el segundo “dos casas”, el tercero “tres conejos”, el quarto “quatro cañas” e con esta quenta se rrexían para qualquier número de años e cada ciento y treinta y tres años hacían número por ser tasa aquellos daban a la vida de un hombre, e con esta quenta a que se fundó esta ciudad trescientos y trece años,

lo que daría el año 1267; pero si, como asentaron, ocurrió simbólicamente un año ce técpatl, entonces debió ser en 1272, muy próximo al inicio de la última Cuenta Corta de los mayas.

A miquiztli, ozomatli, cozcacuauhtli, cipactli, como portadores de año, correspondieron en Yucatán imix, cimi, chuen, cib; precisamente, la Cuenta Corta terminaba un día 13 ahau del año 13 cib, correspondientes al día 13 cóatl del año 13 cipactli. Por la importancia del día ahau, fueron ordenados los finales dentro de la Cuenta Corta, de resultas:

4	cib	—	4	ahau
8	cib	—	8	ahau
12	cib	—	12	ahau
3	cib	—	3	ahau
7	cib	—	7	ahau
11	cib	—	11	ahau
2	cib	—	2	ahau
6	cib	—	6	ahau
10	cib	—	10	ahau
1	cib	—	1	ahau
5	cib	—	5	ahau
9	cib	—	9	ahau
13	cib	—	13	ahau

Es decir, trece finales de días ahau que se cumplían cada cuatro años. En cuanto a los katunes, Landa escribió:

No sólo tenían los indios cuenta del año y de los meses, como queda dicho y señalado atrás, sino que tenían cierto modo de contar los tiempos y sus cosas por edades, las cuales hacían de veinte en veinte años, contando 13 veintes con una de las 20 letras de los días que llaman ahau, sin orden sino retrucadas como aparecen en el siguiente círculo.

Pero en su diagrama principió por el 11, disminuyendo de dos en dos años, en contradicción con su escrito. Un orden para los katunes, terminados los años en ahau y cada veinte años, debió ser así:

Finales ahau en la Rueda de los katunes: $20 \times 13 = 260$ años

1 imix		
2 cimix		
3 chuen		
4 cib	4 ahau	viii katún
5 imix		
6 cimi		
7 chuen		
8 cib	8 ahau	iii katún
9 imix		
10 cimi		
11 chuen		
12 cib	12 ahau	xi katún
13 imix		
1 cimi		
2 chuen		
3 cib	3 ahau	vi katún
4 imix		
5 cimi		
6 chuen		
7 cib	7 ahau	i katún
8 imix		
9 cimi		
10 chuen		
11 cib	11 ahau	ix katún
12 imix		
13 cimi		

1 chuen		
2 cib	2 ahau	iv katún
3 imix		
4 cimi		
5 chuen		
6 cib	6 ahau	xii katún
7 imix		
8 cimi		
9 chuen		
10 cib	10 ahau	vii katún
11 imix		
12 cimi		
13 chuen		
1 cib	1 ahau	ii katún
2 imix		
3 cimi		
4 chuen		
5 cib	5 ahau	x katún
6 imix		
7 cimi		
8 chuen		
9 cib	9 ahau	v katún
10 imix		
11 cimi		
12 chuen		
13 cib	13 ahau	xiii katún

Finales ahau de la Cuenta Corta

1 imix	
2 cimi	
3 chuen	
4 cib	4 ahau
5 imix	
6 cimi	

7 chuen	
8 cib	8 ahau
9 imix	
10 cimi	
11 chuen	
12 cib	12 ahau

13 imix	
1 cimi	
2 chuen	
3 cib	3 ahau
4 imix	
5 cimi	
6 chuen	
7 cib	7 ahau
8 imix	
9 cimi	
10 chuen	
11 cib	11 ahau
12 imix	
13 cimi	
1 chuen	
2 cib	2 ahau
3 imix	
4 cimi	
5 chuen	
6 cib	6 ahau

7 imix	
8 cimi	
9 chuen	
10 cib	10 ahau
11 imix	
12 cimi	
13 chuen	
1 cib	1 ahau
2 imix	
3 cimi	
4 chuen	
5 cib	5 ahau
6 imix	
7 cimi	
8 chuen	
9 cib	9 ahau
10 imix	
11 cimi	
12 chuen	
13 cib	13 ahau

7 ahau
 1 ahau
 8 ahau
 2 ahau
 9 ahau
 3 ahau
 10 ahau
 4 ahau
 11 ahau
 5 ahau
 12 ahau
 6 ahau
 13 ahau

Para cerrar el ciclo de 260 años o 13 katunes. De paso conviene señalar que todo el mecanismo de la Correlación Goodman-Martínez Hernández-Thompson, es correcta, pero atrasado con una rueda katún de 260 años.

La Estela 1 de Piedra Labrada, en la frontera de los mundos nahuatlacas y mayenses, fue un curioso mecanismo de correlación para tres y tres calendarios de cada uno de aquellos pueblos, y su erección posible debió ser el año 1483, cuando la provincia popoloca de Toztlan estaba en el dominio de Tenochtitlan, y la vieja y sabia cultura olmeca se replegaba rumbo a Yucatán.

Referencias

- Avilés Solares, José. (1939). *Los Sistemas Calendáricos del Anáhuac*. México.
- Blom, Frans, y Oliver La Farge. (1926). *Tribes and Temples*. New Orleans, The Tulane University of Louisiana.
- Caso, Alfonso. (1937). ¿Tenían los teotihuacanos conocimiento del Tonalpohualli?, en *El México antiguo*, (T. iv). México.
- Cerón Carvajal, Jorge. (1905). **Relación de Tepeaca y su partido**, en Francisco del Paso y Troncoso. *Papeles de Nueva España*. Madrid.
- Códice Mendocino*.
- Códice Ramírez*. (1944). México.
- Díaz del Castillo, Bernal. (1933). *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Madrid.
- Durán, Diego. (1880). *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*. México.
- . (1941). *El Chilam Balam de Chumayel*. México.
- Escalona Ramos, Alberto. (1940). *Cronología y Astronomía Maya-Mexica*. México.
- García Payón, José. (1945). *Un sello cilíndrico con barras y puntos*. Washington.
- Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva. (1892). *Obras históricas*. México.
- Jiménez Moreno, Wigberto. (1959). *Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica*. México.
- Kidder, Alfred V., Jesse D. Jennings y Edwin M. Shook. (1946). *Excavations at Kaminaljuyu, Guatemala*. Washington.
- Landa, Diego de. (1938). *Relación de las cosas de Yucatán*. México.
- Martínez Hernández, Juan. (1929). *Crónicas mayas*. México.
- Medina, Juan de. (1905). Descripción de la Villa de Tustla, en *Papeles de Nueva España*, Francisco del Paso y Troncoso. (T. v). Madrid.
- Morley, Sylvanus G. (1947). *La civilización maya*. México.
- Muñoz Camargo, Diego. (1947). *Historia de Tlaxcala*. México.
- Stirling, Matthew W. (1943). *Stone Monuments of Southern Mexico*. Washington.
- . (1940). *An Initial Series from Tres Zapotes, Vera Cruz, México*. Washington.
- Teeple, John D. (1937). *Astronomía maya*. México.
- Tezozómoc, Hernando Alvarado. (1944). *Crónica Mexicana*. México.
- Thompson, J. Eric S. (1941). *Dating of Certain Inscriptions of Non Maya Origin*. Washington.
- Torquemada, Juan de. (1943). *Monarquía indiana*. México.
- . (1936). *La civilización de los mayas*. México.

Los petroglifos de Atzalan

Por indicación y guía de David Ramírez Lavoignet se llegó a los petroglifos de Oztoteno, terrenos de Tatzayanala, congregación de Atzalan, Veracruz, en la margen izquierda del río Alcececa y como a cuatro kilómetros de la cabecera. Sobre superficie basáltica los grabados cubren una longitud de treinta y cinco metros, y los más altos fueron ejecutados a ocho metros del piso. En algunos casos fue aplicada pintura blanca de tiza y rojo cinabrio donde acaso estuvo una fecha, ya ilegible. La ejecución del dibujo no sugiere maestría, pero hay aciertos de trazado en la simplicidad y el candor de los diseños.

Con estos dibujos rupestres fueron representados diversos motivos, destaca un templo, cuya base piramidal y taludes invertidos recuerdan elementos arquitectónicos característicos de la cultura totonaca, el techo del adoratorio se corresponde con los de las tumbas en Quiahuiztlan. Junto al edificio existe la representación de un rostro difícilmente identificable. Podrían pensarse un toponímico y el nombre de la deidad a la cual se dedicaba el templo, pero no pasaría de conjetura. En otra parte se representaron diseños de lo que sería la planta de un edificio, la escalera con sus alfardas y la planta de un juego de pelota (*tlachtli*).



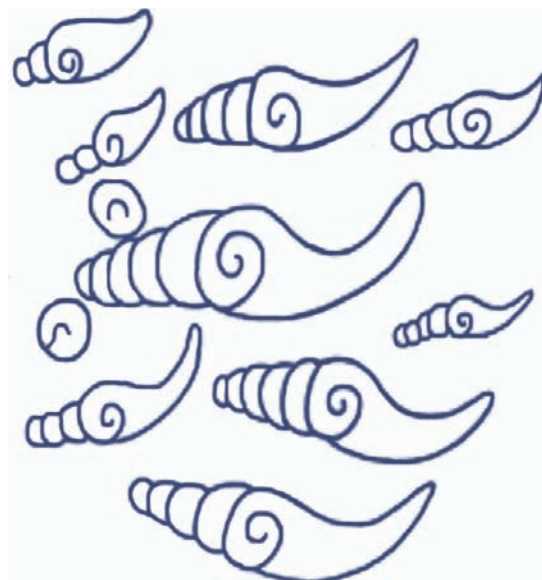
Entre las representaciones de animales hay un venado sin cuernos, pero bien caracterizado y en cuadrete, de aproximadamente un metro por lado, nueve caracoles marinos de perfil muy bien ejecutados, artísticamente, lo mejor en este lienzo de piedra; al caracol central, el mayor, lo acompañan dos círculos que difícilmente podrían ser numerales y acaso serían también caracoles vistos de frente, como los presenta una ollita de Isla de Sacrificios.

Hay representaciones humanas muy parecidas a las que diseñan los niños: un personaje luce penacho y maxtli, y otro la imagen del Dios Viejo, Huehuetéotl.

Como la circunstancia de no haber, a simple vista, otros restos arqueológicos inmediatos a los petroglifos dificultaba la filiación cultural y cronológica de tales dibujos, fue acometida la tarea simplista de formar un panorama histórico de la región con los datos disponibles, para ver si encajaban las poquísimas indicaciones contenidas en los propios dibujos.

El riachuelo de Tzoatzinco, al pasar por Santa Cruz, entre Altotonga y Atzalan, ha erosionado los terrenos de la zona arqueológica y descubierto un “yugo” grabado y cerámica de las etapas: Remojadas inferior, escasamente representada; Remojadas superior, en considerable proporción; elementos del Teotihuacan clásico y cerámica totonaca del Renacimiento.

Por las razones que anota García Payón, la estratigrafía de Xiuh Tetelco,



Puebla, puede considerarse deductiva, pero entregó tipos cerámicos caracterizados, como una cerámica que se podría identificar con el preclásico de Remojadas inferior; soportes de la etapa teotihuacana clásica; cerámicas “marfil” y “anaranjada con baño metálico”, correspondientes al final de Remojadas superior, cuando se produjeron las “palmas” de Xiuhtetelco publicadas por Lombardo Toledano; cerámicas del tipo “Pánuco v”, “Isla de Sacrificios” y “Tres Picos”, atribuidas a las etapas tolteca y totonaca renacentista.



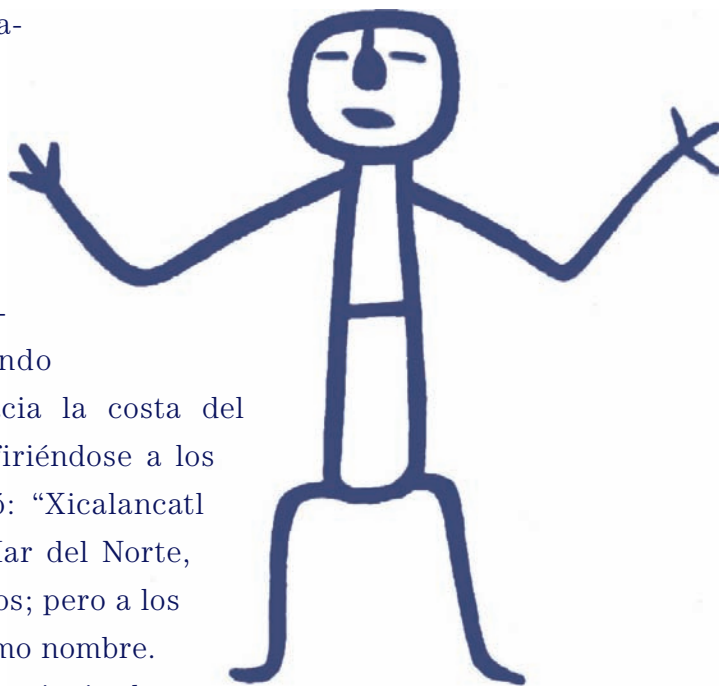
Se puede igualmente ordenar los datos históricos en conexión con el eje Atzalan-Jalacingo, a partir de la que Ixtlilxóchitl llama “Segunda edad”, identificada por Medellín Zenil como la gran época constructiva de Remojadas superior, a cuyos autores llamarían, y con justicia, gigantes.

Al decir del mismo historiador tezcocano, en la tercera edad cultural del mundo prehispánico dominaron los olmeca-xicalanca; habían llegado en barcas a tierras de Potonchan y, poblando y emigrando, unos llegaron a establecerse en las márgenes del río Atoyac y en puntos del valle de Puebla. Todavía encontraron ahí a grupos de gigantes (cultura de Remojadas).

Abusando éstos de su fuerza y corpulencia para oprimir y esclavizar a sus circunvecinos, se determinaron los principales caudillos de los nuevos pobladores a librarse de ellos, y el medio empleado fue un convite que les hicieron, muy solemne, y en que después de repletos y embriagados, con sus mismas armas los acabaron y consumieron, con cuya hazaña quedaron libres y exentos de esta sujeción, y fue en aumento el señorío y mando de los Xicalancas y Ulmecas.

A partir de tal acontecimiento principiaría en aquella porción del altiplano la etapa cultural llamada Teotihuacana clásica, tal vez Teotihuacan III.

Culturalmente los xicalancas sólo parecen un grupo de los olmecas, por más que para Mendieta, en la tradición de los hijos pobladores, figure Xicaláncatl como cuarto hijo, dice “Los xicalancas fueron también poblando hacia Guazacualco, que es hacia la costa del norte”; y López de Gómara, refiriéndose a los hijos de Iztacmixcóatl, escribió: “Xicalancatl anduvo más tierra, llegó a la Mar del Norte, y en la costa hizo muchos pueblos; pero a los dos principales llamó de su mismo nombre. El uno, Xicalanco, está en la provincia de Maxcalcinco, que es cerca de la Veracruz, y el otro está cerca de Tabasco”. A esta etapa cronológica de los olmeca-xicalancas corresponderían en la región los restos arqueológicos llamados Teotihuacan III.



Los olmeca-xicalancas, según Ixtlilxóchitl,

hallábanse en la mayor prosperidad, cuando llegó a esta tierra un hombre a quien llamaron Quetzalcóatl [...] el cual, habiendo predicado las cosas referidas en todas las más de las ciudades de los Ulmecas y Xicalancas, y en especial en la de Cholula, adonde asistió más, y viendo el poco fruto que hacía con su doctrina, se volvió por la misma parte de donde había venido, que fue por la de Oriente, desapareciéndose por Coatzacualco [...] el cual, ido que fue de allí, a pocos días sucedió la destrucción y asolamiento referido de la tercera edad del mundo, y entonces se destruyó aquel edificio y torre tan memorable y suntuosa de la ciudad de Cholula [...] deshaciéndola el viento; y después los que escaparon a la consunción de la tercera edad, en las ruinas de ella edificaron un templo a Quetzalcóatl, a quien colocaron por dios del aire, por haber sido causa de su destrucción el aire.

Veytia, refiriéndose a Tepeticpac, la dio por antiquísima en el relato de los cronistas prehispánicos “y tanto, que algunos dicen que estuvo en ella Quetzalcóatl, cuya venida fue mucho antes de la de los toltecas, cuando sólo habían venido los ulmecas, xicalancas y zapotecas”. Posiblemente a

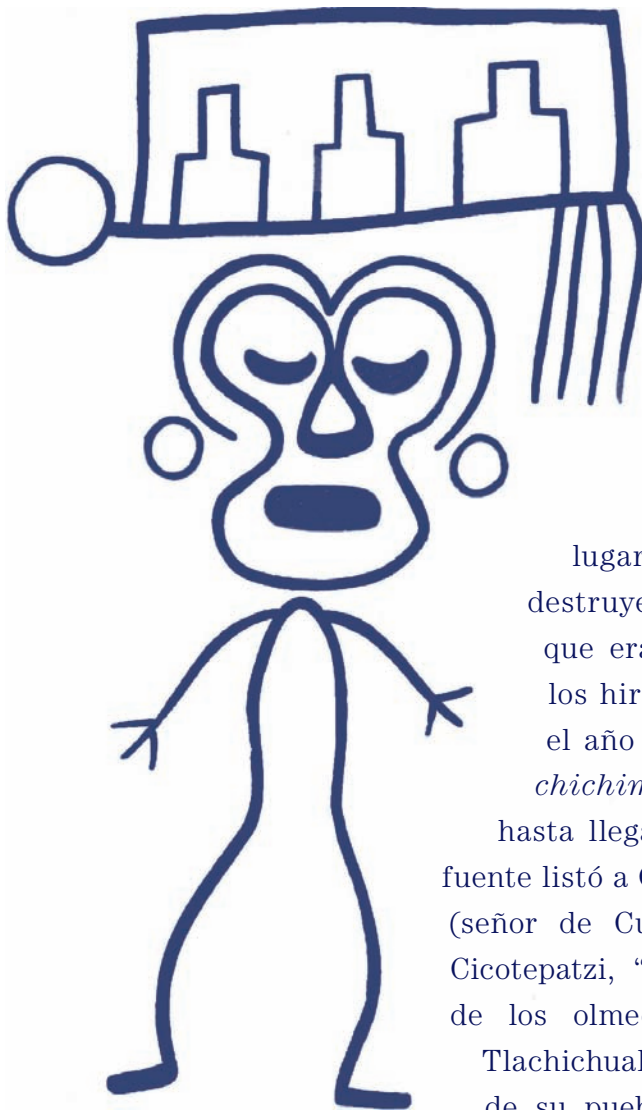
mediados del siglo x (947) hubo reajustes en la periferia de la región Atzalan-Jalacingo. Torquemada refirió, para los tiempos de Ithualtzintecuhtli, una lucha de Tecpanquimichtlan contra Mizquihuacan, a instigación de Tzautlan.

Sintetizados los datos, se ve que los toltecas de Quetzalcóatl sucedieron cronológica y culturalmente a los olmeca-xicalancas, de cuya etapa quedarían los poquísimos tepalcates “mazapan” hallados en Veracruz hasta la fecha, y los que según García Payón encontró en Xiuhtetelco; pero en relación con Cholula, aún adorando a Quetzalcóatl, continuaron

ahí sobrevivientes olmeca-xicalancas, con fuerza ya para los tiempos de la destrucción de Tula (1116) como para imponer servidumbre a los tolteca-chichimecas recién establecidos en Tlachiualtépec-Colollan. Estos tolteca-chichimecas habían dejado Tula y, en su marcha rumbo al valle de

Puebla pasaron, entre otros lugares, uno llamado Olman, “allá destruyeron a los naturales del país, que eran los olmecas, los flecharon, los hirieron [...] devastaron la tierra” el año III, según la *Historia tolteca-chichimeca*. Después continuaron

hasta llegar a Cholula, donde la misma fuente listó a Cocouíllotl, Cuezalatlatlauhqui (señor de Cuetzalan y Tlatlauquitepec), Cicotepatzi, “todos estos eran los señores de los olmeca-xicalancas, habitantes del Tlachichualtépec, los primeros poseedores de su pueblo, que luego fue arrebatado



por los toltecas”. Impotentes para destruir a los olmecas de Cholula, los tolteca-chichimecas fueron a pedir auxilio a los chichimecas de Meztitlán; así lograron dominante posición en Cholula, pero no el sometimiento del territorio popoloca (olmeca). Tal vez los chichimecas de Xólotl fueron los verdaderos dominadores porque, para 1063, dice Ixtlilxóchitl, “acordó Xólotl darles Señoríos a estos Señores vasallos suyos [...] ya Mitl hacia la parte del Oriente, dándole aquel lado y por cabecera de su reino la ciudad de Tepeyaca”, y la historia tolteca-chichimeca para el año 1176, dice que los chichimecas destruyeron a los de Iztacaxtitlan, Tlatlahquitepec, Quauhtlatlan, Tetela, Matlatlan, “en Cuezcomatliyacac, la gente chichimeca destruyó al tlacuiloitlacatl [...] en Xaltepec y Uetzmalloioiyacac, la gente chichimeca destruyó a los olmeca-xicalancas”, es decir, el dominio chichimeca sobre totonacas y popolocas en las orillas centrales de la vertiente del golfo, y en el año 1183 “la gente chichimeca destruyó a Xicalan[...] y el que era señor de los naturales fue flechado allá en el cerro recortado: el llamado Xicallan Acaxácal, Ueytotol”.

Los olmecas o popolocas del valle de Puebla fueron sometidos a los chichimecas, pero no desalojados de su territorio, aunque seguramente, algunos grupos emigrarían rumbo a sus viejas tierras de la costa del golfo. Ixtlilxóchitl pone al señor de Xalatzinco entre los integrantes de las segundas cortes convocadas por Techotlalatzin (1357-1409). Ellos vieron invadido su territorio por teochichimecas refugiados, después de la Gran guerra de Quinatzin en 1350; dice Veytia:

Los que escaparon las vidas huyeron [...] pasaron del otro lado a las provincias de Atlixco, Cholalan, Huexotzinco y Tlaxcallan, y se derramaron por todas las demás tierras de la otra banda de la sierra nevada, hasta las costas de Veracruz. Sin embargo de que en todas ellas había muchas poblaciones de los olmecas, xicalancas, de los toltecas dispersos en su destrucción, y de los mismos chichi-mecas que vinieron con Xólotl y después de él [...] es cierto que estaba ya muy poblada la provincia de Tlaxcallan de gente de todas las naciones que hasta estos tiempos habían venido desde los olmecas y xicalancas [...] y que los teochichimecas dominaron después, y supeditaron a todas las demás naciones que poblaron este territorio.

Esta llegada de los teochichimecas a Tlaxcala es de gran importancia para el retorno a la costa de los últimos grupos popolocas desalojados de la región Puebla-Tlaxcala.

Para Muñoz Camargo, los teochichimecas establecidos en Tepeticpac a partir de 1380:

Acabaron de echar de allí a todos los olmecas y zacatecas de estas tierras de Tlaxcalla y de Xocoyucan, donde estaban apoderados [...] donde mataron a un capitán famoso que se llamaba Colopechtli, y perdido su capitán, se fueron por la parte del Norte, caminando con sus mujeres e hijos, porque así los dejaron salir y fueron por Mitlinima (Mitzmani.—manuscrito de Panes) y por Coyametepec, y por Tlecoyotlipac (Tlecoyolyacac.—manuscrito de Panes) y por Mamaztlipilcayan y por Huehueychocayan, y como no hallaron por estas tierras cuevas en donde meterse pasaron grandes trabajos, porque les llovió más de veinte días aguas menudas, y aquí tuvieron los viejos y los niños muy gran llanto por las tierras que dejaban perdidas, y por esta causa se llama aquel valle el día de hoy Huehueychocayan, y aquí quedó Coxana, y los demás pasaron adelante y llegaron a Atenatic (Atenamític), con los Ixcóhuatl, Xopancatecuhtli y Átala (Otlatla), asentaron su pueblo por consejo de Coxana que debió ser el señor de todos estos ejércitos vencidos de los chichimecas de Tlaxcalla.

Esta noticia fue repetida por Torquemada, pero en sus páginas hay más claridad. Afirma que olmecas y zacatecas eran los dueños del territorio invadido por los teochichimecas; da como lugares de peregrinación a Coyametepec, Tecoyotliyac, Amamaztlipilcayan, Huehueychocayan, Tenamític; como caudillos puso a más del capitán Colopechtli, a Ixcóhuatl y a Xopancatecuhtli; este grupo emigrante se radicó en Otlatan. En estos datos resulta curioso el desalojamiento de los zacatecas, porque a inmediaciones de Zacatlán fueron a establecerse los fugitivos. Por esa época Zacatlán tenía población totonaca bajo dominio chichimeca, acaso la noticia se refirió a una reducción de su frontera. Después los tlaxcaltecas comerciaron con pueblos del área Cholula-Tecamachalco, y con los “de las provincias de las Hulmecas, Tzauhtecas, Izcacimaxtlitecas, Tlatlahquitepecas, Tetellacas, Zacatepecas”, concluye Torquemada. Esto agrupa nuevamente a popolocas y totonacas en Tzauhtlán, Iztacamaxtitlán, Tlatlahquitepec, Tetela y Zacatepec, aun cuando sólo fuera en actividades comerciales.

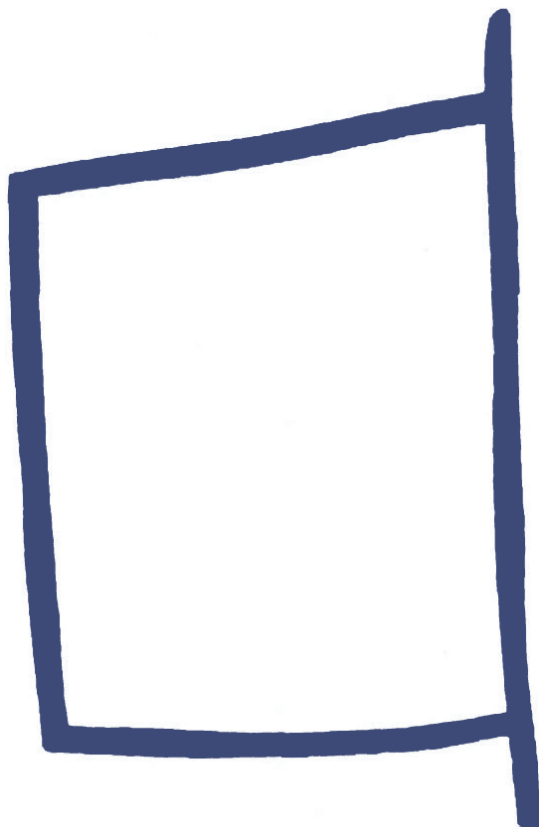
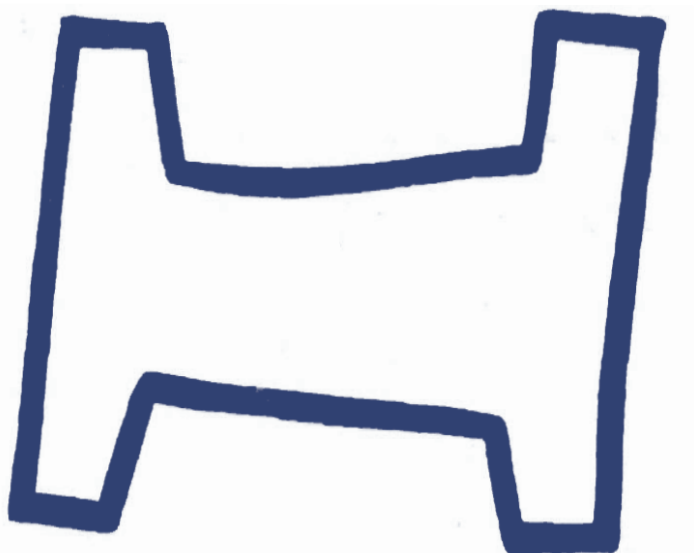
Las tropas de Moctezuma Ilhuicamina conquistaron, por el año 1450, la región de Tlapacoyan, y entre los pueblos tributarios del Imperio tenochca figuran los del distrito tributario de Tlatlahquitepec, con Ate-neo, Teziutlán y Ayotoxco, así como el distrito tributario de Tlapacoyan, que se integraba con Xiloxochitla, Xochiquauhtitlan, Toxtla, Coapan,

Ixtapan y Acazacatlan, y constituían el riñón de la vieja provincia de Mexcaltzinco. En la lista de tributarios que proporcionó Tlacopan, figura Mexcaltepec en el grupo de Tlapacoyan, y en una lista muy revuelta, encabezada por Zempoala, figura este punto como Mexcaltzinco.

Para encajar los petroglifos de Atzalan en el cuadro histórico reseñado sólo se cuenta: el Huehuetéotl, divinidad característica de los popolocas u olmecas, pero adoptada por otros pueblos; el templo con talud invertido, que no sólo caracteriza la arquitectura totonaca, sino particularmente al grupo Vega de la Peña-Paxil; y el juego de pelota para

una cronología que va desde Teotihuacan III hasta los días de Conquista española.

Los datos arqueológicos no están en oposición con los históricos, pero dejan ver que, pese a todas las influencias culturales recibidas o impuestas, la región fue y se mantuvo totonaca; por eso, independientemente de la filiación étnica que hubiera tenido el autor material de tales petroglifos, deben quedar enmarcados en el panorama general de la cultura totonaca; y para fechar, si se considera la definida caracterización arquitectónica del templo con taludes invertidos, esto sitúa los petroglifos en el final del Horizonte clásico y principios del renacimiento de la cultura totonaca.



Complementariamente, deben agregarse datos diversos en torno a la región. En 1519, cuando Cortés hacía su primera marcha rumbo a Tlaxcala, pasó, acaso, pueblos de la provincia de Xalatzinco, mas no por el pueblo. No hay pruebas de cuál sería, en verdad, la conducta de los mexcaltzinca en los acontecimientos de Cuauhopoca en Nautla, pero dice Díaz del Castillo que, cuando el sitio de Tenochtitlan y ante Cortés:

Vinieron unos pueblos de la costa del Norte a demandar paces y darse por vasallos de Su Majestad; los cuales pueblos se llaman Tuzapan e Mescalzingo e Nautlan [...] y dijeron que cuando los mejicanos mataron seis teules en lo de Almería, y era capitán dellos Quezalpopoca [...] que todos aquellos pueblos que allí venían fueron en ayuda de los teules.

Y no se mira seria objeción, porque se trata de tres pueblos toconacas. Gómara dio esta noticia señalando el tercer día de Pascua y momentos antes de la marcha para Chalco.

En 1520, mientras Cortés se rehacía del desastre de la Noche Triste y establecía su autoridad en Tepeaca, envió de este lugar, dice Ixtlilxóchitl, “a sojuzgar las provincias de Zacatlán y Xalatzinco [...] despachando para el efecto veinte de a caballo, docientos peones y muchos de los amigos de Tlaxcalan y otras partes, que los fueron a sojuzgar”; Díaz del Castillo, al dar esta noticia, pone como jefe de la expedición a Sandoval, y Gómara la dio por terminada unos doce días antes de la Navidad. Concuerdan las tres fuentes referidas en que la expedición contra Zacatlán y Xalatzinco fue para castigar la muerte de unos españoles de la Villa Rica que habían venido, camino de Tlaxcala, para recoger su parte de oro y regresar con él. Ixtlilxóchitl parece adjudicar la responsabilidad a las guarniciones mexicanas.



Curiosamente, todas las fuentes indican la existencia de un camino entre Veracruz y Tlaxcala, pasando por la provincia de Mexcaltzinco, y la existencia de un Xicalanco en esta provincia, siendo categóricos Motolinía y Mendieta.

La provincia de Mexcaltzinco quedaba en la región de Atzalan, su cabecera debe identificarse con la ciudad arqueológica de Mexcalteco, congregación de Altotonga, Ver. En los documentos compilados por Del Paso y Troncoso se lee que:

Maxcalzingo, camino de la Veracruz, fue encomendado en Alonso de Benavides, conquistador, por cuya muerte y casar su hija con Antonio Ruiz, que tiene indios, sucedió en María de la Torre, mujer que lo posee e tiene hijos de otro marido con quien después casó; es tierra de maíz e algodón, tiene mil e trescientos tributarios.

En una relación de las encomiendas, hechas en enero de 1560, Mexcaltzinco figura ya en la comarca de Xalapa “encomendado en María de la Torre, mujer de Álvaro [Alonso] de Benavides primero tenedor, y después casó con Andrés Dorantes y es difunto, está tasado en mantas, naguas, camisas, miel, ají, pepitas, frisoles, gallinas, pescado, maíz; vale tres mil e novecientos pesos”. Andrés Dorantes, el segundo esposo de María de la Torre, parece haber tenido espíritu encomendero, porque Diego Ramírez, visitador, dijo a Felipe II en carta de 1553:

Al principio cuando comencé a visitar, algunos encomenderos se concertaron con los indios principales de pueblos, así en lo de la tasación, como en tributos demasiados y por algunas casas que entonces tuve, los aprobé hasta tanto que otra cosa su majestad proveyese y mandase, especialmente el pueblo de[...] y en el de Mascalcingo que está encomendado en Andrés Dorantes.

En administración de Andrés Dorantes, y en jurisdicción de Los Ángeles, lo dio la nota de los *Papeles de Nueva España*: “Este pueblo con todas sus estancias tiene mill y trezientos hombres casados, y no dize el tributo que da sino que es tierra montuossa y bien poblada; tiene muchos ríos y grandes, es tierra de mucho calor”. Uno de los ríos conserva el nombre de María de la Torre y forma el Nautla.

Si para 1560 se había muerto Andrés Dorantes, anterior a esta fecha debe ser la *Relación del Distrito y Pueblos del Obispado de Tlaxcala*, donde todavía figuró Andrés Dorantes como jefe de la encomienda. En este documento, Jalacingo y Atzalan están separados, pero curiosamente al último le llama

Azalamescalzingo. El partido y pueblo de Azalamescalzingo, pueblo de la cercanía deste Obispado, que hacia la parte del Norte; que tiene en encomienda Andrés Dorantes: es vicario Luis Hidalgo de Montemayor, clérigo, lengua mexicana y la mayor parte de los indios hablan la lengua mexicana y los otros totonaque y por ambas lenguas se les enseña la doctrina por el dicho vicario. Tiene este dicho pueblo seis estancias que distan de la cabecera donde reside el vicario a cuatro y a dos y a doce y a diez y seis aunque de estancia a estancia están cuatro leguas una de otras: tiene la dicha cabecera y sus estancias mil y seiscientos y ocho indios tributarios.



La denominación de Atzalamexcaltzinco siguió por el siglo XVI, porque en el Ramo de Indios del Archivo General de la Nación hay un expediente de 1583, “ordenando que las justicias de Atzalan y Mexcaltzingo no consientan que los naturales sean agraviados por los españoles y los dejen vender libremente el pescado”, y otro de 1591 “para que los naturales hagan en el pueblo de Atzalanmexcaltzingo, su elección, y si resulta nuevamente a favor de Martín Henández, lo puedan hacer libremente”.

Una *Memoria de Atzalan*, acaso contemporánea de la de Jalacingo, que se hizo en 1569, pone como pueblo de Atzalan a:

San Juan Zapotitlán, hoy congregación de Atzalan.

Santiago Zacayucan, hoy congregación de Atzalan, con el nombre de Santiago.

San Pedro Xicalan, hoy ranchería de Atzalan, con el nombre de San Pedro. Seguramente de aquí partió la confusión para el Xicalanco que se decía en Mezcaltzinco, en lugar de uno que debió quedar por Boca del Río, Veracruz.

San Francisco Iztapan, hoy congregación de Tonayan.

Santa María Tlacualoyan, no identificada.

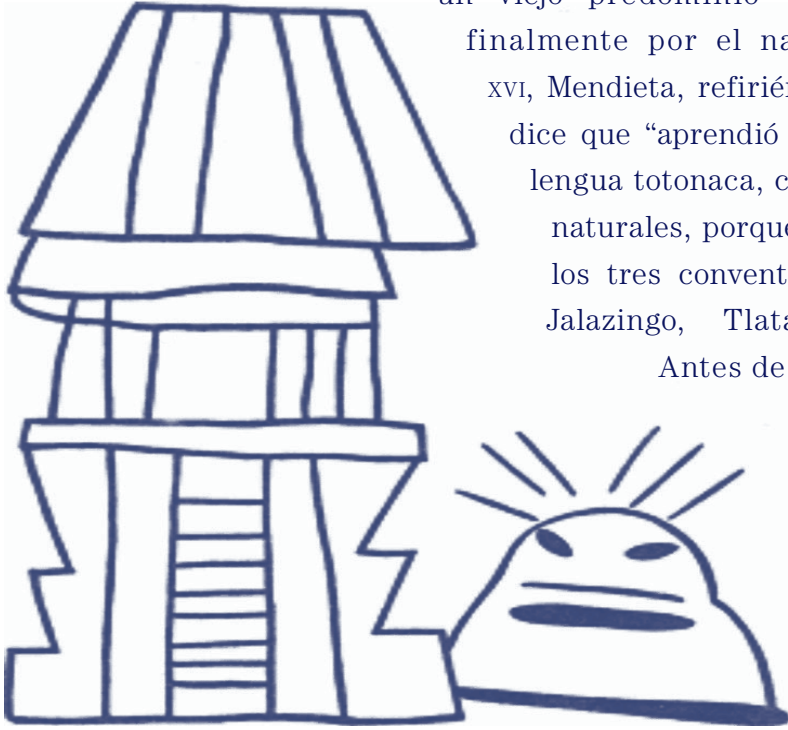
San Salvador Tepetzutla, congregación de Atzalan.

Con relación al idioma, se mira en los documentos un viejo predominio del totonaco, desplazado finalmente por el nahua. Todavía para el siglo XVI, Mendieta, refiriéndose a Fray Alonso Dávila, dice que “aprendió también en breve tiempo la lengua totonaca, con celo de ayudar a aquellos naturales, porque entonces tenía la provincia los tres conventos que después se dejaron, Jalazingo, Tlatauhquitepec y Veitlapa”.

Antes de 1560, según la *Relación del*

Obispado de Tlaxcala, en Jalacingo había “una estancia de siete casas que son de lengua totonaque”, mientras en Atzalan era mayor la presencia del idioma totonaco, y para la memoria de Atzalan, que se supone de 1596,

“los naturales desta provincia hablan mexicano”. En 1608, el obispo Mota y Escobar, visitando la doctrina de Jalacingo, asentó: “Háblase en sólo Azala lengua totonaca”. Actualmente ya no se habla totonaco en la región, fue sustituido por el nahua, que para 1770 el Arzobispo Lorenzana llamaba *olmeca-mexicano*, y que Hasler liga con el sur de Veracruz. Esto viene a reforzar, incuestionablemente, la idea de Lombardo Toledano, atribuyendo a los olmecas (popolocas) esta característica idiomática, sumándose a otros elementos culturales indicadores del grado de contacto entre los totonacas de la región y los popolocas del eje Puebla-Tlaxcala. Estos popolocas, al adoptar el idioma nahua, lo transformarían en el náhuat, con *t*, y como variante de la lengua franca, iría sustituyendo al idioma totonaco en la región, pero sin perder ésta su dominante fisonomía totonaca.



Referencias

- Díaz del Castillo, Bernal. (1933). *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*. (TT. I-II). Madrid.
- Epistolario de la Nueva España*. (1940). (TT. VII, IX, XIII, XIV y XV). México.
- García Payón, José. (1950). Exploraciones en Xiuhtetelco, Puebla, en *Revista UNIVER*. Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana.
- Historia Tolteca-Chichimeca*. (1947). México.
- Ixtlilxóchitl. Fernando de Alva. (1891). *Obras históricas*. (TT. I-II). México.
- Lombardo Toledano, Vicente. (1931). *Geografía de las lenguas de la sierra de Puebla*. México, Universidad.
- López de Gómara, Francisco. (1943). *Historia de la Conquista de México*. (TT. I-II). México.
- Mendieta, Gerónimo de. (1945). *Historia eclesiástica indiana*. (TT. I y IV). México.
- Mota y Escobar, Alonso de la. (1945). *Memoriales del Obispo de Tlaxcala*. Antropología. México.
- Motolinía*, Toribio de Benavente. (1941). *Historia de los indios de la Nueva España*. México.
- Muñoz Camargo, Diego. (1947). *Historia de Tlaxcala*. México.
- Paso y Troncoso, Francisco del. (1905). *Papeles de Nueva España*. (TT. I y V). Madrid.
- Ramo de Indios. (Vol. 6, Exp. 249, fo. 55). Archivo General de la Nación.
- Torquemada, Juan de. (1943). *Monarquía indiana*. (T. I). México.
- Veytia, Mariano. (1944). *Historia antigua de México*. (T. I). México.

Ovogénesis*

En su contacto con los popolocas de Soteapan, George M. Foster descubrió, entre otros, un mito en torno al origen del maíz. Le dijeron que una pareja de ancianos vivía sin haber tenido hijos. La esposa iba por agua diariamente. Un día contempló un huevo flotando en el remanso del arroyo. Regresó a contar el caso a su esposo y entre los dos fueron a sacarlo. No lo consiguieron al principio, era un reflejo, el huevo estaba en la roca vecina, de donde lo tomaron. Regresados al hogar, lo envolvieron con ropa. Después de siete días, escucharon el llanto del niño; tenía suaves y dorados cabellos, como los del maíz tierno. Lo criaron sintiéndolo nieto; mas a siete días de nacido hablaba, caminaba, era grande. Lo mandaron por agua. Los pescaditos se burlaban: “tú sólo eres un huevito sacado del agua”. En su hogar contó lo sucedido, pero siguieron mandándolo por agua. Cavilando su venganza, pidió a su abuela un anzuelo. Principió a sacar los pescaditos, pero fue obligado a devolverlos, si bien quedaron condenados a ser alimento del hombre.

Al ir a la milpa con los abuelos, le gritaban los tordos: “tú eres un huevito”. Pidió al abuelo un arco y unas flechas. Principió a matarlos, pero

* Publicado en *La Palabra y el Hombre*, Nueva época. Núm. 7, julio-septiembre 1973.

resultaron ser los pollos de su abuela, quien le obligó a resucitarlos, aun cuando en castigo vivirían en los árboles. El muchacho siguió haciendo cosas indebidas, por lo cual decidieron comérselo, y lo mandaron a dormir al tapanco. El muchacho dijo a un murciélago: “cuando mi abuelo suba, debes degollarlo”; en tanto él se ocultó en el caballete de la casa. Cuando el abuelo subió para matar al muchacho, el murciélago lo degolló. La sangre del anciano, al caer, fue recolectada por su esposa, mas, extrañada, gritó: “esta sangre no sabe bien, debes bajar al muchacho para comerlo”. Como el abuelo no contestaba, subió la vieja y lo encontró muerto. Reclamó su proceder al muchacho, pero éste huyó perseguido por la vieja. Cerca del mar, el muchacho subió a un árbol. Al ser alcanzado, dijo: “sube para que veas”. El campo ardía velozmente y el muchacho escapó mientras la vieja se consumía entre las llamas.

El muchacho siguió caminando. A la orilla del mar tocó su tambor y el Huracán envió a ver quién lo hacía sonar. “¿Quién eres?”, —preguntó el enviado—. Contestó: “soy quien hace crecer las plantas, el que las hace florecer”. Huracán fue informado: “no me quiso decir su nombre”. Lo regresó Huracán y dijo al muchacho: “me debes decir tu nombre, lo pide Huracán”. El muchacho dijo: “me nombran Homshuk, dígame que soy el único desgranado, el único para ser comido”. Así fue informado; pero Huracán replicó: “él es nahual”, y, acto seguido, Huracán hizo llover muy fuerte, mas, al otro día, el muchacho seguía tocando en la costa, porque la tarántula lo protegió haciéndole una casa. Después llegó una tortuga para preguntarle: “¿qué haces?”. Contestó el muchacho: “tocando, porque deseo cruzar el mar, si eres buena compañera, me llevarás”. Dijo la tortuga: “te llevaré”. Homshuk subió a la tortuga, pero a poco de nadar, ésta gritó: “mi pecho está quebrándose”. Regresaron a la orilla. Vino una tortuga de mayor tamaño, a la cual Homshuk prometió pintar de colores a cambio de la travesía. Lo llevó a presencia de Huracán, quien lo hizo prisionero. Había tres cárceles: una con tigres hambrientos; otra con serpientes muriéndose de hambre, y la tercera con flechas voladoras. En la de serpientes no le pasó nada y las culebras desaparecieron. Lo pasaron

a la de los tigres; ocurrió lo mismo y sólo quedó el tigre mayor como asiento. En la cárcel de las flechas, éstas no lo dañaron y las reunió en un haz.

“Eres nahual —dijo Huracán— después de lo sucedido”. Homshuk respondió: “no soy nahual y he de ser el alimento de los hombres”. Huracán lo retó a jugarse la vida en una competencia: lanzar una piedra cada quien hasta el otro lado del océano. El muchacho lanzó primero y, transcurrido un rato, se oyeron los rebotes de su piedra en la otra orilla, porque secretamente pidió al pájaro carpintero lo ayudara produciendo ese ruido. Huracán fracasó en su lanzamiento. Propuso al muchacho un viaje al otro lado del mar, lo envió primero e impulsado por su hamaca. Homshuk salió disparado, regresó de medio mar por no saber adónde llegaría y pidiendo a Huracán fuera por delante. Cuando Huracán tomaba vuelo en su hamaca, también por oculto ruego del muchacho, la tortuga cortó uno de los árboles, cayó Huracán al mar y se fracturó una pierna. Se hicieron amigos a cambio de que Huracán proporcionara agua cuando el maíz lo necesitase.

En el mito hay un conjunto de datos culturales interesantes para otras finalidades y, al mismo tiempo, se sabe de otros lugares donde se conserva tradición parecida, incluyendo la misma sierra de Soteapan, donde, según la versión encontrada por Elson:

Una vieja llamada Tzitzímat vivía en las montañas. Un día fue a pescar con una red en el lago. Cuando pescaba vio un huevo en el agua. Trató y trató de pescarlo sin éxito. Entonces miró arriba y allí estaba, en un árbol [...]. Dijo a su marido: allí está, ve y bájalo. Cuando el viejo hubo bajado el huevo, la vieja estuvo muy feliz, porque dijo: “hemos encontrado nuestra alegría y nuestra suerte”. Dijo el viejo: “lo comeremos”; pero la vieja dijo: “no, lo empollaremos”. Esto hicieron y, cuando pasaron siete días, nació un niño [Homshuk, el dios del maíz]

En esta versión, el mito tuvo lugar en el gran lago de Catemaco y la vieja se puede identificar con una Tzitzímitl, variedad maléfica de la Cihuateteo. El mito pasó a la escultura de Homshuk que, procedente de Catemaco, guarda el Museo de Antropología de Xalapa.

García de León, por su parte, obtuvo en Pajapan otra versión, interesante además porque los popolocas de Pajapan ahora usan el idioma náhuatl: un viejito y una viejita no tenían hijos. Iban a trabajar a la milpa y

un día encontraron dos huevos, huevos grandes. Los llevaron para que los empollara una gallina (guajolota), pero se comieron uno. Del empollado nació el niño. Creció; lo mandaban por agua, pero en el manantial, una iguana, en son de burla, le gritaba: “elote”. Pidió a su abuelo que hiciera una trampa y capturó a la iguana. Después el muchacho se fue de viaje; tuvo incidentes con las hormigas arrieras, con las piedras; posteriormente, regaló chicozapotes a una viejecita y ésta le indicó dónde habían enterrado los huesos del padre del muchacho y éste los desenterró para resucitarlo, aun cuando solamente logró volverlo a la vida como venado.

En este cuento de Pajapan, Ver., Homshuk es el Dueño del Maíz, los huevos no estaban en el agua, sí su reflejo, y al comerse uno es tácita la explicación de por qué no fueron gemelos; esta subconsciente idea de Quetzalcóatl cobra fuerza cuando desentierra los huesos del padre para nueva creación, a pesar de que sólo resultara el venado, mensajero del sol.

Entre los mixes de Camotlán, Oaxaca, Walter S. Miller obtuvo un cuento del mismo núcleo mítico. En el Cerro Mujer existía una cueva usada como granero. Había un pozo y en él un matrimonio vio dos huevos en el agua. Los llevaron a su casa y a los tres días nacieron: Kondoy, en forma de hombre; y Culebrote, serpiente con cuernos (mazacóatl). Kondoy, a los tres días, ya era grande, comía mucho. Fue a Tehuantepec, le trajo a su mamá un bulto. Fue a Oaxaca, trajo tres jarros de dinero; de Trapiche de Chusubán, un baúl también con dinero. Luchó contra Moctezuma. En una piedra dejó señal de haber permanecido sentado; sembró el tule de Santa María. Su hermano Culebrote hizo el cauce de los ríos. “Regresó entonces Kondoy. Entró con todos sus soldados allí cerca de un pueblo que se llama Comaltepec. No murió. Allí entró en el cerro que se llama Zampoaltépetl. Allí está todavía”. Para los mixes, la pareja guarda mucha semejanza con Quetzalcóatl y Xólotl. Kondoy es un héroe cultural, ligado con la metalurgia, y termina como el muy conocido Quetzalcóatl, quien deja señales prodigiosas al marchar. El doctor Alejandro Sánchez Castro publicó un escrito de Juan Nepomuceno Cruz —quién sabe si resistiría un examen crítico— en el cual Kondoy (Condoyac) es presentado como

un joven de dieciocho años cuando salió del Perú (Aguacucho) para venir a morar en el Zempoaltépetl y entre los mixes; como sea, el héroe cultural lleva el mismo nombre del nacido de un huevo.

Francisco de Burgoa, en su *Geográfica Descripción* escribió que, según los mixes de Totontepec, en el Zempoaltépetl, Kondoy era “tan belicoso y osado que penetraba las mayores asperezas de las montañas con tanta fiereza que hasta los peñascos más brutos [decían los mijes] se inclinaban, prestándole sujeción y obediencia”. Para combatirlo, se unieron zapotecas y mixtecas, incendiando los montes. Por último, el Rey de Teozapotlan (Zaachila) mató a Kondoy, aun cuando su residencia era secreta:

Una anchurosa cueva, y por su dilatación hicieronla sepulcro de señores y capitanes, y entre las vanas supersticiones de esta Nación, como los egipcios le negaron padres y ascendencia a este valeroso campeón, dándole deidad por sus hechos y diciendo que en edad perfecta había salido de aquella cueva a gobernarlos y defenderlos, y por autorizarle su soñada soberanía no conceden que le mató el gran Rey de Theozapotlan, sino que, cansado de la guerra, se entró otra vez por la cueva llevando consigo a muchos soldados cargados de excesiva cantidad de oro de los despojos de sus conquistas y cerrando la puerta por dentro yéndose con los suyos a otras provincias, muy lejos.

En la Huasteca veracruzana no ha sido posible, hasta el momento, conseguir alguna tradición en este sentido, pero, cuando en la región de Chicontepec festejan el carnaval, combaten con cascarones de huevos de gallina, previamente rellenos con confeti, así como pintados con fuchina de diversos colores, y Sahagún, en alguna parte de su *Historia General*, anotó esa costumbre como parte de un rito prehispánico, que tal vez pudiera relacionarse con huevos de la culebra del Arco Iris. En la costa central veracruzana, territorio del viejo Totonacapan, los negros del Carnaval andan provistos con huevos hueros para fusilar a los cautivos que no pagan su rescate, con lo cual parecen aludir a los huevos que no empollaron al héroe del mito, en tanto el cautivo, Malima, lo sería de las Amazonas dahomeyanas. Pero si estos dos territorios de la cultura mesoamericana en la costa del Golfo, por su gran cambio cultural, o porque no lograron salvar escritos cuando el contacto colonial, parecen

marginados, el mito sí está presente, con mucha fuerza, entre los mayas peninsulares.

Fray Estanislao Canillo, cura de Ticul, escribió tal vez la mejor tradición en torno al Adivino de Uxmal, que reprodujo con toda seriedad Eligio Ancona en su *Historia de Yucatán*. A cinco leguas de Uxmal, en la primorosa Kabah, vivía una vieja, considerada hechicera, pero carente de hijos para su vejez. Un día topó con el huevo de una guajolota, lo envolvió en una tela y lo puso a empollar, de donde nació una criatura que al año hablaba, caminaba, pero dejó de crecer. Éste era observador y descubrió que su abuela no abandonaba el fogón; quiso averiguar el misterio, mas la bruja sólo salía para traer agua. Hizo un agujero al fondo del cántaro y, mientras la hechicera fue por el agua, el enano quitó los tenamastles, leña, brasas, ceniza y cavó con la mano hasta topar con un *tunkul* de plata, el tambor misterioso, y una sonaja, llamada *zot* por los mayas. Con sólo haber puesto las manos en los instrumentos, el sonido llegó a las poblaciones de la comarca.

La vieja escuchó el sonido y corrió a su choza. El enano había puesto, rápidamente, los instrumentos en su lugar, avivando la lumbre. Fue reprendido severamente aunque el muchacho aseguraba que tal sonido era el canto del guajolote. Quedó temerosa la hechicera, sabiendo la conseja, según la cual, cuando el *tunkul* de plata sonara, el rey de Uxmal sería destronado por el músico. Así, cuando el rey de Uxmal escuchó el sonido, tembló espantado. Los hombres de su corte lo instaron a luchar contra el destino. Despachó emisarios, y en Kabah identificaron al enano como el autor del presagio. LLevado a presencia del rey, no se intimidó con la reprimenda, y volvió a culpar al guajolote. Por extraño designio, el rey no decretó la muerte del enano, lo desafió a una prueba singular: tanto el enano como el rey debían resistir que con una piedra les partieran en la cabeza cuatro canastos de coyoles. Al llegar el momento de la prueba, el rey ordenó principiar con el enano, que soportó serenamente los golpes. En su turno el rey murió al tercer golpe y el enano fue coronado rey de Uxmal, cuyo primer acto fue mandar por la hechicera que le había colocado en la cabeza un pedernal para soportar la prueba; mandó construir una casa para ella, y para él, ese monumento conocido como *Casa del Adivino*.

Además de la ovogénesis, en este mito es clara la presencia de algunos elementos olmecas: así, el enano que corresponde a un chaneque; la cabeza con piedra, para recordar a las cabezas colosales; la metalurgia, que establece una época del siglo ix en adelante; pero, sobre todo, la presencia de Tezcatlipoca como guajolote sagrado. Xiuhtótol, que dará comienzo a la dinastía de los Totolxiuh de Uxmal y que, desde otro ángulo, emparenta con los datos históricos referentes a los *pipiles*, porque fueron hijos de pipila, es decir, nacidos de los huevos de la totola, y por ser hijos del Totol Precioso eran llamados *totolitos* o *pipiles* cuando regresaron de Tula para el sur de Veracruz, Yucatán, Centroamérica, ya cambiada la religión de Quetzalcóatl por la de Tezcatlipoca; para futura investigación, Guirand ha publicado el mito de los indígenas *cañar* ecuatorianos en torno al diluvio, donde sólo se salvaron dos hermanos varones que terminaron procreando a la nueva generación con una guacamaya y donde se mira no sólo el nexo mesoamericano, sino también una descendencia de aves y huevos.

Un intento de buscar en otras mitologías casos de ovogénesis puede conducir, de momento, a la India. En las *Leyes de Manú* (Manava-Dharma-Sastra), parte primera, de la creación, Narayana, ser supremo e invisible,

habiendo resuelto en su mente hacer emanar de su substancia las diversas criaturas, produjo primero las aguas y depositó en ellas un germen [...] Este germen se tornó en un huevo brillante como el oro, tan esplendoroso como el astro de mil rayos y en el cual el mismo ser supremo nació bajo la forma de Brahma, el abuelo de todos los seres [...] Después de haber permanecido en este huevo un año de Brahma, el señor, por obra de su pensamiento únicamente, separó este huevo en dos partes [...] y de estas dos partes formó el cielo y la tierra [...] Habiendo dividido su cuerpo en dos partes, el soberano Maestro se volvió mitad macho y mitad hembra y, uniéndose a esta parte hembra, engendró a Viradj o Manú.

En la literatura védica, Brahma también aparece con el nombre de Hiranyagarbha, con significado de “salido de la matriz dorada”, precisamente como nacido del huevo de oro, y se le representó en forma de un ser con cuatro cabezas, cada una mirando a uno de los cuatro puntos cardinales. En una de *Las leyendas fabulosas de los puranas*, al explicar el maestro este pasaje de la creación, cuando el creador separa las aguas, forma las

montañas y aparta el cielo, dice al alumno: así fue como “el dios de las cuatro caras, investido de la cualidad de actividad, y tomando la forma de Brahma, realizó la creación”, y se siguió explicando cómo del cuerpo de Brahma brotaron seres diversos, “mientras que de sus pelos y de su cuerpo salieron las hierbas, las raíces y los frutos”. Grimal, en su libro de mitología, reprodujo parte de la tradición anterior, agregando la versión según la cual Brahma tenía mil muslos, mil pies, etc., y se autosacrificó para crear el mundo, cuando no resulta sacrificado por los demás dioses.

Sin entrar en detalles analíticos del mito hindú, se debe señalar que cuando Brahma es presentado como macho y hembra, puede marcarse cierta semejanza con Quetzalcóatl como dios creador, que se decía padre y madre, o con la dualidad, al menos la representada en el Juego de Pelota Sur de El Tajín; cuando Brahma es materializado en un hombre de cuatro cabezas, cada una mirando a uno de los puntos cardinales, cabe pensar en los Bacabs o Tezcatlipocas; cuando se dice que del cuerpo de Brahma brotaron, entre otras cosas, las raíces, las plantas, los frutos, hay una lejana pero no falsa similitud con una leyenda contenida en la *Histoyre du Mechique*, cuando Quetzalcóatl y Tezcatlipoca bajaron del cielo a la diosa Tlaltecuhltli, la retorcieron tanto que se partió en dos: de una parte fue formado el cielo, de la otra, la tierra, para compensarla, ordenaron que fuera la creadora de los alimentos del hombre, “y para hacerlo, hicieron de sus cabellos, árboles y flores y yerbas; de su piel, la yerba muy menuda y florecillas”. Por último, quién sabe si el mito hindú hizo agregar a su complejo, si fue separada la idea de la transmigración y pudiera verse su nexo en el dato de Francisco Pimentel: “Los chontales de Tabasco, aún creen en la transmigración de las almas, suponiendo que el hombre se convierte en cuadrúpedo, ave, etc.”, y el nombre *chontal* se lo aplicaban si no porque fueron olmecas, al menos por una fuerte influencia cultural olmeca.

Aquí no se dispone de suficiente literatura para intentar un esbozo de las posibles rutas difusionistas o de las ondas propagadoras, en el caso del paralelismo, sin embargo, existe la circunstancia del mito

en África, y entre los basutos, la posibilidad más al sur para un arribo indostánico al África oriental, o si fue al contrario. Haciendo de lado a la geografía por el momento, un jefe basuto, según contaban y lo escribió Blaise Cendrars, tenía varias esposas que sólo le daban descendencia femenina, pero cierta vez, una dio a luz un huevo; el jefe lo guardó. Tiempo después, en una fiesta, seleccionó a una joven para esposa de su hijo; entregó los presentes y se la llevó; el esposo era el huevo. Posteriormente, merced a la magia, el huevo se transformó en un apuesto mancebo que ocupó el sitio del jefe. Los basutos tienen además el cuento de Seetetelané. Muy pobre, buscando qué comer, encontró un huevo de avestruz. Lo escondió en su choza y, al día siguiente, cuando regresó de sus andanzas, encontró alimentos recién preparados. Así continuó sucediendo hasta que un día, del huevo del avestruz, salió una mujer joven que le dijo: Seetetelané, aun cuando andes borracho, nunca me digas “hija de un huevo de avestruz”. Seetetelané prosperó, tuvo poder, se hizo jefe de la tribu, pero un día, borracho, le gritó a su mujer: “hija de un huevo de avestruz”, y se durmió. Al despertar ya no estaba su mujer, no había nadie a sus órdenes y era, otra vez, tan pobre como antes. Según los fali del Sudán, el mundo había nacido de dos huevos, uno de sapo y otro de tortuga.

Al estudiar la cosmogonía de los dogon, como la explicaron Griaule y Dieterlen, aparece un germen primigenio representado por la semilla, cuya radícula y cuya plúmula iniciaron la vida con un movimiento en espiral brotado del centro del huevo, el Huevo del Mundo, contenedor de siete semillas fundamentales, incluso para el hombre (tal movimiento helicoidal realiza las proyecciones al exterior). Los dogon dicen proceder de cuatro antepasados que constituyen cuatro tribus identificadas con cada uno de los puntos cardinales, así como con el aire, fuego, agua, tierra. Su numerología mágica tiene al cuatro para el principio femenino y al tres para el masculino, la suma da el siete, referente a la realidad social. Este complicado sistema, de trascendencia universal, reclamaría, por su elaboración máxima, el derecho a la primogenitura de la ovogénesis entre los mitos de los diversos pueblos que lo contienen, y no estarían

imposibilitados los Dogon para tenerlo, su territorio, en la cuenca lacustre de Tombuctú, pudo haber irradiado el mito hacia los pueblos del África negra occidental y a la cuenca del Chad; posteriormente, bajaría por el Nilo y, vía Mesopotamia, pudo haber llegado hasta la India, para seguir a China. Si también tomó el camino atlántico, en Mesoamerica los popolocas conservaron algunos elementos y, en lugar de la semilla de mijo, de sorgo, pusieron la del maíz; el movimiento helicoidal quedaría representado por las tres aspas del tonallo en los olmecas, cuatro en los nahuas, y en la veintena, según el *Códice Mendocino*, para sumar no siete semillas, sino siete flores (*Chicomexóchitl*), aun cuando el mito parece haber cuajado más en la idea de un héroe cultural o divino nacido de un huevo; entre los popolocas, Homshuk, nacido de huevo, es la semilla del maíz, y el Museo de Xalapa conserva su escultura en una piedra con la forma de un huevo.

De momento no se cuenta con otros materiales míticos africanos en relación con la ovogénesis, pero tanto en Mesoamérica como en África es notable un vínculo con la culebra y en cierta forma con el cocodrilo, tal vez porque ambos nacen de huevo. De esta manera podría conectarse lo anterior con el mito de Huitzilopochtli. A Sahagún le dijeron cómo en Coatepec, cerca de Tula, vivía una mujer llamada Coatlicue (mujer-culebra), madre de los centzonhuitznáhuac y Coyolxauhque; hacía penitencia barriendo y, un día, “andando barriendo, descendióle una pelotilla de pluma, como ovillo de hilo, tocola y púsola en el seno junto a la barriga, debajo de las nahuas, y después de haber barrido la quiso tocar y no la halló, de que dicen se empañó”. El ovillo, la pelotilla, está representando al huevo; el plumón, la pluma, señala su identificación con las aves, pero el nombre de Coatlicue lo une a las culebras, y en ello también había motivo para considerar a la serpiente con plumas. En cualquier caso, el fruto de aquella fecundación, de aquel ovillo, fue Huitzilopochtli, prodigioso héroe tutelar del grupo mexica.

Un dato común en los diversos mitos resultan los huevos en el agua, como para pensar en el cocodrilo, a pesar de que pone su nidada en tierra, es firme la relación agua-tierra. En el Dahomey, también Blaise Cendrars

recogió un cuento fon según el cual, Mebere, el Creador, hizo al hombre de arcilla en forma de lagarto, lo puso en un estanque de agua de mar, y ahí estuvo siete días; al octavo, salió del agua el caimán y ya era hombre. De manera distinta, pero en la cuenca del Balsas, río mexicano hasta donde alcanzó una penetración olmeca, se cuenta secretamente la posible relación sexual del hombre y una lagarta, sugiriendo cierta identidad en lo esencial. Con otro cuento los fon dicen se llamaba Ombure al rey de los cocodrilos; vivía en el gran río, frente al poblado de los fon, a los cuales devoraba. Convinieron en llevarle un día un hombre, otro una mujer para que se alimentase. Cansados, decidieron irse muy secretamente. Cuando el gran cocodrilo se dio cuenta, llamó al relámpago, al trueno, al viento de la tempestad, para localizarlos. Ellos fueron a poblar la orilla de un lago, donde los alcanzó el cocodrilo y les dobló el tributo humano, pero cuando le pusieron una pareja de muchachas, una tuvo un hijo del cocodrilo, al que llamaron Ngurangurane, y éste concibió la idea de liberar a su pueblo. Mandó hacer muchas ollas, taló muchas palmeras, recogió su jugo y lo puso a fermentar para hacer el *dzan*; después mandó construir dos balsas a orilla del agua, poniendo encima, con arcilla, un estanque, donde vaciaron el vino de palma. Cuando el gran cocodrilo (su padre) salió, miró el producto líquido, lo tomó y, embriagado, Ngurangurane lo ató, invocando al trueno para que lo matara, puesto que ni las flechas ni el hacha lo habían conseguido. El trueno se negó a matarlo, mas el relámpago sí lo hizo, y el pueblo quedó libre. En el cuento anterior pueden ser marcadas semejanzas con Huracán en la forma del Tezcatlipoca mesoamericano, aunque el cocodrilo solamente logró comerle un pie al dios.

Entre los fon el cocodrilo terminó siendo su tótem. Conservan una leyenda de la separación de las tribus dahomeyanas, donde se habla de los “enanos de la selva, parecidos a los chaneques” del Olmecapan, y cuando ya se iban a separar los grupos, “todos quisieron al tigre por hermano de sangre”, pero los fon seleccionaron al cocodrilo, que fue Cipactli en Mesoamérica y entre los totonacas conservó sus atributos de Huracán. Todo lo anterior, de la mitología fon, parecen fragmentos de un dispersado e interpolado mito general más antiguo, en el cual, seguramente, podría

encajar la leyenda de Bingo, también dahomeyana. En este relato, Nzamé, dios de las aguas y los peces, en una canoa andaba por el río sin remar. Una bella joven de la aldea más próxima fue por agua, se llamaba Mboya, Nzamé la raptó y la llevó a un lugar desconocido del cual no volvió. Allá dio a luz un hijo, al cual llamó Bingo. La madre lo adoraba y el padre fue llenándose de cólera por esta circunstancia. Un día Bingo robó un pez del criadero de Nzamé. Iracundo, el padre ató a Mboya y precipitó al hijo del cielo hasta el mar. Bingo no cayó lejos de la orilla, y Otoyom, el viejo pescador, lo sacó en su red. La madre, tan pronto como pudo, salió a buscar a su hijo por todas partes: andaba entre los bosques cual una flama errabunda, gritaba llamándolo y era suya la voz extraviada, voz de mujer buscando a su hijo perdido entre las aguas, como la Llorona mesoamericana. Nzamé, su padre, terminó buscándolo también, sin encontrarlo, porque Otoyom, el pescador, lo había ocultado en el fondo de una Caverna. Volvió a Nzamé la cólera y dijo: “encontraré a Bingo y me comeré su corazón”. Preguntó por él a un camaleón y éste lo desorientó, avisando a Bingo, que volvió a ocultarse, pero entrando a la caverna en reversa. La imprescindible araña de tales mitos puso su tela en la entrada y el camaleón le arrojó sus insectos. Cuando Nzamé llegó buscando a Bingo, vio cómo las pisadas indicaban que había salido, y desde hacía mucho tiempo, según lo sugerían las telarañas, por lo cual siguió buscándolo en dirección contraria. Salvado, Bingo recompensó a los animales amigos. Nzamé, cansado, regresó al cielo, dejando a Bingo en la tierra, cargado de conocimientos. Cuando el viejo pescador Otoyom murió, Bingo le lavó el cuerpo, lo sepultó, quitándole primero el cráneo, que cubrió con almagre, para conservarlo en su casa y honrarlo durante los días de fiesta solemne, “menguado sea quien no respete las cabezas de los antepasados”. Después, Bingo recorrió el mundo, hacía el bien y toda clase de prodigios con una piedra verde que traía pendiente del cuello, misma que lo hacía inmune a las flechas, las hachas, las alimañas, por ella obtenía los tesoros de la tierra. En un lejano país de hombres malos, quitándole la mágica piedra verde, éstos lo mataron para robarle sus tesoros.

Los etnólogos utilizan la palabra *couvade* o *covada* para indicar un fenómeno de incubación ficticia. Quienes han tratado de remontar los orígenes llegan al griego Estrabón (63 a.E.-19 d.E.) y su *Geografía*, donde pone tal costumbre por característica de los bearneses, considerándola propia del idioma de tal pueblo, y esta aclaración complica. Estrabón, según propio testimonio, viajó por tierras y mares comprendidos entre Armenia y Cerdeña, el Mar Negro y Etiopía; Francia, la del Atlántico, quedó fuera y el tiempo también, porque al referirse a los antiguos habitantes de Francia, o al grupo celta en concreto, dice hablar de una época más vieja, es decir, no le constaba personalmente, se lo habían contado. Bearn, con capital en Pau, formaba parte de Aquitania, hoy Gascuña, y los gascones o aquitanios, como todo pueblo, no eran elemento simplista. Ya desde un mirador en donde se puede usar la designación de francos y, glosando la historia celta, Dahn ha dicho: “El grupo aquitano comprendía unas veinte tribus o pueblos de raza ibérica, que ocupaban el territorio situado en los Pirineos a orillas del golfo de Vizcaya y a las márgenes del Carona [...] Derivados del vasco-ibérico son los nombres de [...] Pau en el Bearn”.

La solidaridad ya sería suficiente razón para explicar la conducta del esposo en el tiempo del parto de la esposa y, como tal, pudo surgir en cualquier tiempo de la historia del matrimonio formal y en cualquier pueblo, pero el fenómeno tampoco parece muy simple. En cuanto al Continente Americano, ya lo notó Lisandro Alvarado: “El reposo en la cama es más o menos largo según la tribu, y no es imitación de la parida, porque ésta no lo observa en casi ninguna raza después del parto.” La consideración podría ser más amplia. Se antojan pocos los pueblos con tal práctica, pese a que se ha dicho de su existencia en Tartaria o en la India, como lo registró Tyler, mientras en América se la cita, con características distintas, por la California, las Antillas, Venezuela, las Guayanas Inglesa y Francesa, Ecuador, Brasil y el Paraguay. Alvarado ya preveía una futura clasificación:

De las prácticas a que se somete el padre en resguardo del recién nacido, hay unas que miran a la profilaxia de la criatura y otras a la trasmisión a ésta de ciertas cualidades morales. Entre las primeras se cuentan el reposo en el lecho, sahumeros, abstención de cazar, alimentación sencilla, abstinencia de determinadas carnes, o bien ayuno.

Un acucioso análisis formal podría aclarar ciertas rutas de difusión; así lo estaría pensando Miguel Acosta Saignes cuando, en sus *Estudios de folklore venezolano*, escribió:

Las creencias del complejo de la *couvade* vinieron por diferentes vías. Gilberto Antolínez ha advertido que el ‘antojo’ femenino ha estado muy extendido en África. De España vino el llamar al hombre que sufre los efectos del parto zorrocloco y entre los indígenas de diversas regiones existían creencias y prácticas de la misma índole,

que no sólo muestran la necesidad clasificatoria, sino de un estudio a fondo, porque la expresión española *zorrocloco* significa en su patria hombre lento, pero convenenciero y, por otra parte, cariñoso.

Aquí, en verdad, no se trae a la *couvade* por las características antes apuntadas y sí por semejar incubación, en probable relación con los mitos donde un héroe nace de un huevo. Seguramente a tal circunstancia se referían los totonacas y sus actuales herederos, los jarocho de la costa central veracruzana, cuando, al nacer una criatura, toman al padre por sorpresa y le “quemar los pepoyotes”, porque las guajolotas, al estar empollando, se llenan del animalito. Este sobreviviente rastro de *couvade*, en el viejo Totonacapa, es menos fuerte que la tradición mítica entre los popolocas del sur de Veracruz, pero pone sobre la brecha de la incubación de un hombre, tal es el caso del Adivino de Uxmal, y en la “Leyenda de los Soles”, cuando el texto en náhuatl dice: “Éste es el Sol Nahuíquíyáhuítl, que fue el tercero, hasta que se destruyeron, porque les llovió fuego y se volvieron pipiles [totolitos]”.

Son pocos los datos en torno a la ovogénesis para intentar los análisis previos a una conclusión. En futuros acopios convendría separar los casos de paralelismo cultural de los de difusión. Sí es perceptible ya el núcleo central con ubicación en la India, el África y Mesoamérica; y en Mesoamérica, es nítido el foco irradiador del Olmecapan, razón para suponer que ahí llegaron primero sus elementos, tal vez acarreados por los negros africanos del Dahomey o de la costa del Golfo de Guinea, habida cuenta de otros elementos probatorios de tal presencia. Si por el momento no se dispone de un mito dahomeyano concreto en torno a un héroe

nacido de huevo, solamente la tradición de los basutos, el mayor número de los elementos culturales asociados corresponden a los fon. Teorizar sobre orígenes indostánicos o africanos parece sumamente prematuro; lo importante será iniciar investigaciones de mayor extensión geográfica y antigüedad. En cuanto a la cultura olmeca su centro difusor es evidente y el préstamo a mixes y mayas, por ejemplo, debió realizarse de manera sincrónica con la metalurgia y el culto a Tezcatlipoca.

Los relieves del Juego de Pelota Sur, en El Tajín

En el año de 1943 principió este anhelo de saber el significado de los relieves en el Juego de Pelota Sur de El Tajín. En 1949, en la *Historia de Veracruz*, “Época Prehispánica”, se adelantaron algunas interpretaciones, específicamente en cuanto a la cronología, pese a conocer, entonces, una sola Fecha Era, causa de la traducción distinta. Después se siguió trabajando esporádicamente sin abandonar el tema. Ahora se realiza el primer intento general de interpretación a veintisiete años de la curiosidad inicial.

La ciudad arqueológica de El Tajín, en Papantla, Veracruz, tiene una muy larga historia en espera de más exploraciones. Por los datos obtenidos, hasta la fecha, parece comenzar unos quince siglos antes de la Era y no haberse deshabitado el sitio, aun cuando tuvo periodos de opulencia y otros de gran postración. Los totonacas continúan aferrados a su tierra y, en algunas épocas, admitieron mayor convivencia con los huastecas o recibieron cooperaciones de otros grupos, como los olmecas, toltecas, nonoalcas, otomíes y mexicas, a veces transformadas en claras dominaciones. Los documentos históricos de la última etapa prehispánica dieron a la ciudad el nombre de Mictlan (lugar a donde van los muertos) y, por corresponder al idioma mexica y haber sido tributaria del Imperio

tenochca, ésta sería la correcta explicación del toponímico; pero ya en el Horizonte clásico tardío de los arqueólogos, equivalente a un tiempo de 600 a 900 de la Era, tenía doble nombre: para los totonacas fue Tajín, a honra del dios del relámpago, del trueno, del rayo, en tanto que para los de habla nahuatlaca, seguramente del Imperio tolteca, era Mictlan. Falta investigar si Huracán, Señor del Océano, fue un doble de Mictlantecuhtli, Señor del Inframundo, por ser el Tlalocan un lugar a donde también iban los muertos, y Tláloc sí era un doble de Huracán; o porque tanto Mictlantecuhtli como Huracán reinaban en el inframundo, ya fuera sólido, ya líquido.

La última noticia conocida en torno a El Tajín, por el siglo xvi, parece la contenida en *Los Lienzos de Tuxpan*, seguramente posterior a la del *Códice Mendocino*. Le siguió un largo periodo de silencio, al cobijo de la selva y en el hermetismo del totonaca sobreviviente, hasta 1785, cuando, en la *Gazeta de México*, Diego Ruiz publicó la primera noticia moderna del encuentro de las ruinas. Fueron sucediéndose visitas, estudios, publicaciones, hasta que, de 1938 en adelante, la exploración y reconstrucción han quedado a cargo de José García Pavón. En cuanto al estudio arquitectónico, Ignacio Marquina lo ha incluido en su libro monumental. Para los juegos de pelota en general Walter Krickeberg publicó magnífico examen. Aquí no se tratará de los juegos de pelota en El Tajín, porque Raymond Krotser, en el acucioso plano levantado en el año de 1970, marcó muchos, aunque sujetos a la comprobación del pico y la pala; únicamente se hablará del conocido Juego de Pelota Sur sin entrar en consideraciones distintas a las de sus relieves.

Por las noticias allegadas, parecen haber sido Agustín García y Herbert Spinden quienes primero tuvieron la idea integradora de los relieves y su reacomodo, en tanto la parte central quedó a cargo, recientemente, de García Payón. Podrían surgir algunas interrogantes en cuanto a la colocación de las partes, pero se deberá confiar en que los reconstructores no podían alterar, de manera grave, la posición de un material yacente junto al derrumbe. Hoy se debe hacer frente al delicado problema de hallar el orden para la lectura, si lo tuvo, y aunque parezca pleonástico,

partiendo del principio de haber sido un juego de pelota para no olvidar lo dicho por Marquina: “La falta de patios transversales, de banquetas en la parte baja de los muros y el hecho de que no hay seguridad en que haya tenido anillos propios del Juego, han hecho dudar que sea realmente un Juego de Pelota”, de momento tampoco se podría garantizar que no lo fuera, cabría la sugerencia, para cuando sean explorados los demás, de ver si en El Tajín hubo una distinta composición arquitectónica o si era éste un tipo de teotlachtli. Además hay otra reflexión sustantiva: los relieves del Juego de Pelota Sur se han ido destruyendo, de forma que uno va camino de darse por perdido, y esa suerte llevarán los otros de no haber una piadosa protección. Esto impone usar, cual auxiliares, ahora más valiosos, las fotografías, los dibujos y las copias obtenidos anteriormente, y se verá lo grave cotejando, al azar, el relieve del sacrificio en los dibujos de Mateo Saldaña y de Miguel Covarrubias, discrepadores en aspectos mínimos, pero trascendentes, o las calcas de Juan Sánchez Bonilla, sin traer a colación los publicados por Ellen Spinden, incompletos.

Para buscar el orden sucesivo de lectura se podría pensar en el antecedente de los códigos mesoamericanos, pero aquí se trata de un juego de pelota. Claramente la escena oriente del muro sur arma guerrero a un personaje y deberá ser considerada el inicio del relato, concluido fatalmente. No habiendo serios inconvenientes para la sucesión de las escenas en los otros extremos, puede trazarse un diagrama con este desplazamiento en una visión muy aceptable para trabajar, aun cuando esperaría respuesta la situación de las acciones del centro. Para ello se debe pensar en las diversas noticias existentes en torno al juego de pelota, especialmente la circunstancia de haber usado la palabra *Teotlachco*, el tlachtli donde jugaban los dioses, obviamente colocado en el cielo, y en donde no sería irreverencia considerar a los astros, incluido el Sol, en vez de la pelota de hule; así ha tenido una de sus explicaciones el nauí ollin. Sustituyendo los cuadros de los extremos con las fechas de solsticios y equinoccios, quedan por acomodar los dos pasos del Sol por el zenit de un lugar situado en Mesoamérica y astronómicamente ya conocido por Teotihuacan, es decir, los días 19 de mayo y 26 de julio, de donde sería el primero entre marzo

y junio, en tanto el segundo, entre junio y septiembre, con lo cual ya estaría completo el orden: 1. relieve oriental del muro sur; 2. relieve occidental del muro norte; 3. central del muro norte; 4. oriental del muro norte; 5. central del muro sur; y 6. poniente del muro sur.

El Tablero Número Uno es el más borrado ahora, razón para tomar por guía el magnífico dibujo de Mateo Saldaña (reproducido por Ignacio Marquina en su *Arquitectura prehispánica*, o en el *Arte prehispánico de México*, editados por la Secretaría de Educación Pública), y confrontarlo con el original hasta donde lo conservado lo permita. La escena principal, o simplemente la escena del relieve, queda enmarcada por otros elementos que deben precederla. Ya se ha visto en la franja inferior a una deducible representación de la tierra, y en la superior, el cielo. Walter Krickeberg resumió su juicio en torno a estas franjas en el Juego de Pelota diciendo:

La escena se desarrolla en la parte central del relieve, enmarcado arriba por una serpiente transformada en franja ornamental, y abajo, por una franja entretejida de apariencia más decorativa aún. El borde superior representa a la serpiente celeste que conocemos ya del arte tolteca, mientras que el inferior representa probablemente su símbolo de la tierra y del agua, que también se ve a veces en la misma posición en Chichén Itzá.

De ser así, la tierra puede corresponder a la culebra, tal vez la coralillo, como en el *Códice Borgia*, y no una, sino dos, entrelazando sus cuerpos, únicamente los cuerpos, para dar idea de infinito, sin principio ni fin, pero en cuyos cuerpos es posible advertir las patas de la culebra, útiles para caminar. No parece valer la pena explicar cómo para el indígena mesoamericano la culebra sí tiene patas, aun cuando no se le ven, porque aquí transita el mundo mágico. También debajo se miran unos raros glifos, de seguro intento por representar al poder germinador, creador, del principio femenino; en el dorso se ven las escamas, y los cuerpos fueron entrelazados, como dicen los campesinos de la costa central veracruzana, “se ayuntan las culebras para la reproducción”. Esta cópula era fecunda, y llevaba la culebra, con cada vuelta de su cascabel, cuenta de los años, aquí se mira el resultado en el nacimiento de los xiuhmolepilis, tres, desde luego.

Sobre la tierra y en el extremo derecho descansa un gran cuadro, donde hay una olla (*cómitl*) de las usadas para el acarreo, almacenamiento del agua, y el agua se mira rodeándola, como sumergida en ella, pero es la olla de un entierro porque, según la tradición mesoamericana, los objetos para los entierros debían morir también, y la olla está muerta, lo dicen los ojos cerrados. En la olla está una deidad muy conocida, el dios Mictlantecuhltli, en consecuencia, se trata de un toponímico formado por las palabras *Mictlantecuhltli-cómitl*, este *cómitl* apocopado en la frecuente partícula *co* (¿Mictlantecuh-co?). Pese a su raro sonido, ya está indicando el nombre de lugar y se contraería para quedar en Mictlan, como en los *Lienzos de Tuxpan* y en el *Códice Mendocino*, sin perder la designación totonaca de Tajín; así se mira en la extraordinaria escultura, hoy frente al Edificio Número Cinco, que García Payón interpretó muy bien como Huracán; el rostro descarnado, la Muerte (*miquiztli*) queda encima o lleva debajo los dientes indicadores de lugar (*-tlan*), para constituir la palabra Mictlan, conservada en el siglo XVI. Como estos grandes cuadros van en los cuatro tableros de los extremos, deberán tomarse por placas con el nombre de la ciudad, propiciadores, además, de un dios muy poderoso. Tal vez aquí debía terminar el tema de la placa, máxime cuando parece rematarla el gran collar del cielo, pero, inclusive tratándose del cielo, esa parte le corresponde ostensiblemente y es la fauce de una serpiente, dentro de la cual está el principio creador del cielo, y así la muerte actúa entre los dos principios creadores, el de la tierra y el cielo, sembrando una tremenda duda filosófica: ¿también los dioses mueren? En otras partes de sus mitologías menudearon las respuestas afirmativas.

La franja superior, que indudablemente se refiere al cielo, está separada del ámbito atmosférico y de la tierra por un collar, el horizonte, formado con cuentas redondas y alargadas, podría ser el equivalente del cordel que aislaba del mundo a los penitentes en ansia de purificación mediante sus ritos, mas, tratándose del cielo, era poco un humilde cordón, preferirían ilustrar un collar y, supuestamente, de jade. Hay en este cielo una complicada representación y se debe comenzar por un glifo. Primero uno más o menos circular, formado con un entrelace serpentino,

que puede simbolizar al anillo del teotlachtli. En el tlachtli de la tierra, para el olamalitztli o juego de pelota, según Motolinía, los hombres hacían pasar por ahí, con suerte, la pelota de hule; por él pasaría la esfera de los astros y ahí estaba, con su alada forma, dispuesto al cruce, uno cuya representación era la serpiente, la emplumada, es decir, Venus, y el nauí ollin en el centro indicaba que por ese punto exacto debía pasar. A manera de adorno, la serpiente lleva tres glifos del xiuhmōpili para insistir en el tiempo.

La escena fundamental, en este tablero, representó a tres personajes y, en cierta forma, Ellen Spinden atinó sospechando la iniciación de un joven guerrero. A la derecha, una mujer de seno turgente, sentada en un *icpalli*, lleva una gran orejera, collares voluminosos y el pelo arreglado en la conocida forma mexicana del chongo; encima, donde iría el nombre, un glifo de culebra relacionada con Quetzalcōatl y cuatro símbolos de xiuhmōpili. Esta mujer-culebra sería Cihuacōatl y debió llevar el escudo que ha entregado al joven guerrero, por lo cual también se llamaría Chimalma, y fue la mamá de Quetzalcōatl. A la izquierda, un personaje masculino, teóricamente sentado en icpalli, aunque a éste lo forma un árbol; se miran los dientes con los cuales los árboles de los códices muerden la tierra para quedar asidos, arraigados a ella, y el asiento, dicho propiamente, es una raíz; donde sería el respaldo se adivina la cabeza de cipactli, representación de la tierra y conocido símbolo calendárico; arriba, en una rama, se ven dos números con los cuales podría formarse la fecha 2 cipactli, similar a la de la Escultura de Chicontepepec, y en un viejo sistema de la Cuenta Larga, como en Piedra Labrada, equivalente a ce ácatl. Sobre la copa del árbol, donde se posan las aves y los astros, otra vez los dientes para simbolizar que los árboles muerden el cielo y las plumas de quetzal, ¿será la ceiba sagrada?, por lo menos a su sombra tiene lugar el acto solemne. Indudablemente quien está en el trono de la ceiba es un gobernante coronado, representante del Sol en la Tierra, completando el matrimonio: el Sol es el esposo, la Tierra es la esposa, el grande y único disco adornando la frente del monarca debe ser el emblema del Sol, (*chichiní*, en totonaca de Zempoala). Con la mano izquierda

empuña tres flechas para completar el acto de armar al joven guerrero. Esas flechas llevan arriba el dibujo de un gran *máxtlatl* pendiente de un escudo cual espejo humeante, adornado con plumas de águila; este máxtlatl tendría funciones mágicas cuyo sentido ya no se alcanza, pero, todavía en el siglo xvi, algunos informantes lo supieron relacionándolo con el máxtlatl de Huitzilopochtli, como se mira en Durán cuando relata cómo el Ilhuicamina mandó buscar la tierra de sus antepasados; y aquí está otro flechador del cielo. Al centro, en pie, un gran personaje, ataviado muy ricamente y motivo de la escena, el escudo entregado por Chimalma deja entrever borrosamente su emblema: el anillo del teotlachtli con el signo del movimiento. Sobre su cabeza, de pelo corto y diadema, un símbolo enorme de la culebra-quetzal. De la boca de la culebra se dispara una flecha, tal vez para intentar una frase: la culebra-quetzal volará por el cielo cual flecha. Sobre la nariz de la culebra parecen marcarse tres xiuhmolpilis, con el numeral ocho escrito mediante una barra y tres puntos, y sobre la ceja de la culebra, cuatro. Este personaje debe ser el hijo, Venus, ahora nacido de la Tierra en lugar de la Luna.

El Tablero Número Dos muestra la escena descansando en la tierra seguramente, pero sólo se miran los entrelaces de la seca representación. La placa del nombre de lugar se constriñe a su espacio, sin la correspondencia celeste del tablero anterior; la franja superior muestra, corrida, la representación del cielo, con el anillo del teotlachtli al centro, pareciendo tener atada, unida por un eslabón, a la serpiente quetzal y, en la derecha, la simple cabeza del reptil.

En la placa del nombre de lugar se conservó mejor el dibujo de la olla, y el agua, con sus grandes olas, parecería el mar. La mano derecha de Mictlantecuhtli señala el glifo de una cabeza, tal vez de cipactli o de cóatl. Si, además, deben leerse cinco numerales, daría lo mismo que en un sistema de la Cuenta Larga, como en Piedra Labrada, porque un año 5 cipactli termina con el día 5 cóatl y era equivalente del año muy célebre de 4 ácatl. La mano izquierda señala un grupo de dos xiuhmolpilis, repetidos frente a su tocado.

La verdadera escena del Tablero Número Dos está representada por cuatro personajes: dos en pie, al centro, hablando, y dos a los lados, encima de sus respectivos edificios, hechos con grandes trozos de piedra

labrada, quién sabe si sean estas construcciones los perfiles de la cancha para el Juego de Pelota. El personaje de la derecha sería el dios Xólotl, patrono del juego, aunque aparece en el cielo también es jugador, así lo dice un verso del *Izcatqui in cuícatl*: “Juega pelota, juega pelota el viejo Xólotl, en la plaza del juego de pelota de hechiceros, juega Xólotl”, y lo confirma el *Codex Magliabecchiano*: “Este Dios del Aire y decían ser amigo o pariente de otro que se llamaba Tláloc y hermano de otro que se llamaba Xólotl, el cual ponen en los Juegos de Pelota, pintado o de bulto”. Aquí está de bulto y actuando, porque de rodillas consagra, en una ceremonia religiosa de la cual ya sólo se miran dos caracoles entrelazados llamando a la oración, dando a su hermano el brazo de una mujer muerta en el parto, para realizar, probablemente, un robo, un hecho extraordinario (¿en el teotlachtli?). Según Motolinía, los espectadores decían que quien pasaba la pelota por el anillo debía “ser ladrón o adúltero, o había de morir presto”. Detrás del penacho de Xólotl hay tres glifos de xiuhmoltz. El personaje de la izquierda será el Señor de El Tajín, presidiendo también la ceremonia, porque frente a sus rodillas hay un *xonecuilli*, símbolo del rayo, y frente a él, un *xonecuilli* enorme, con el ojo de culebra y las plumas de quetzal (este gran símbolo del rayo recuerda el grabado en el “yugo” de la Colección Arensberg). En su penacho, colocado atrás, puede advertirse, con el ojo de una serpiente, las vértebras indicadoras de muerte; lleva, en la mano izquierda, para entregar a uno de los jugadores, un rollo de papel, también signo funesto, y la mano derecha, con garfio, garra, y no se trata de impericia del artista, que delineó bien los dedos de la mano izquierda, ni, como pensó Ellen Spinden, sería la mano enguantada, porque los jugadores no lo llevan, es más probable que sea la garra de Huracán y Tajín es Huracán (“garra del agua” o *Chaac Mool*, como se diría en maya).

En el centro quedan los dos protagonistas del partido. El de la derecha es Venus-Quetzalcóatl, según lo indica su gran penacho, aun cuando la orejera sea huasteca, formada con discos, al decir de Sahagún; lleva, mientras habla moviendo las manos, un cuchillo en la izquierda; un cinturón, del que pende un gran adorno trasero, cual escarola y semejante a los encontrados en Las Higueras; el broche del cinturón es el signo de la pelota en movimiento; al frente lleva un signo fálico, seguramente

relacionado con los del área Tlapacoyan-Acateno, por más que algunos quieren ver ahí la “palma” totonaca; en el cinto, el “yugo”; y en el pectoral un “hacha” o “cabeza plana”, casi la vitrina de un museo. El jugador de la izquierda también tiene su escarola y luce en la frente un glifo del “espejo humeante”. Sobre su penacho de plumas de quetzal, en un cuadrete, va el signo del naviollin entrelazado, cerrado a muerte. Los dos jugadores hablan; entre los dos, en la parte baja hay un trascendente jeroglífico, son las esferas de dos astros, una grande, otra pequeña; la pequeña cruza por la superficie de la grande y encima está un gran signo del movimiento, naviollin, formado con dos culebras decapitadas. Podría considerarse al disco de la Luna pasando por el del Sol en un eclipse, mas recuérdese que lo hay total, por lo tanto, es el planeta Venus en su tránsito por el disco solar. De seguro morirá el jugador desarmado, cruzado de brazos, pese a su relación con Tezcatlipoca, como moría el Mensajero del Sol en una ceremonia muy conocida.

El Tablero Número Tres, en el centro del muro norte, ofrece cambios en la composición. La gran franja inferior, que simboliza a la tierra, es esencialmente la misma, pese a su notable desnudez; pero ninguno de sus extremos tiene la placa con el nombre de Mictlan. Hay, tanto a la derecha como a la izquierda, cuatro franjas verticales, simétricas. Por mejor conservada, la derecha se tomará para la descripción. La primera del interior parece constituirse con entrelaces de nubes, entre las cuales asoma el ojo de la culebra, el viento de agua, y se observan tres glifos de *xiuhmolphilis*. La segunda franja se forma con símbolos del rayo (*xonecuilli*), alternando uno grande con uno chico, uno lejano con un próximo. En la tercera vuelven los entrelaces de las nubes, pero ahora, donde irían los ojos de la culebra, está representado un artefacto con todas las apariencias de un hacha de cobre. La sola posibilidad es desconcertante, pero no deberá olvidarse la circunstancia de haber sido encontrados en El Tajín y conservando uno en el Museo de Antropología de Xalapa, con su cara olmeca, dos grandes cascabeles de cobre. De haber sido hechas de cobre las aquí representadas recordarían por su forma a los cuchillos peruanos, y del mismo modo fueron pintados en el *Códice Dehesa*, en el *Vindobonensis*, y en el *Dresdensi*. De las ocho representaciones, en siete

se miran, debajo del filo, tres numerales, y en una, siete numerales, para conjeturar la sustitución del conductor de año Técpatl, donde resultarían las fechas 3 Técpatl, y 7 Técpatl. También el *Códice Dehesa* las usó así en las fechas 2 Técpatl y 10 Técpatl. En el futuro debe ahondarse la investigación en torno al conocimiento y tal vez uso del cobre, si no fue otro metal, en este horizonte de El Tajín. La cuarta franja vuelve a mostrar símbolos grandes y chicos del rayo. ¿Este alternar de nubes y rayos implica la idea de dos tipos de nubes, en dos niveles?, por ejemplo, ¿cúmulos y nimbos? La colocación de dos grupos, uno al oriente, otro a occidente, significarían lluvias procedentes del mar o de la sierra.

La franja celeste, ahora con posibles volutas de fuego, está ocupada en el centro por el gran rostro de un dios que ríe satisfecho de su poder y en la parte frontal del tocado lleva su nombre: Chicomexóchitl, el Sol en una de sus advocaciones, pero ese rostro corresponde a dos cuerpos. Y como señala Medellín Zenil: “Estos dos cuerpos pueden aludir a Ometecutli o Ipalnemohuani, el Señor dos, o dos veces señor, o aquel por quien todo vive; Tloque Nahuaque, Señor del Cerca y del Junto, el dios filosófico, muy pocas veces representado”. Pese a lo borrado del relieve, a la izquierda pueden apreciarse un brazo, una pierna y el otro pie; a la derecha, solamente los dos pies del otro cuerpo.

En la parte central del tema destacan dos elementos, tierra y agua: la tierra está sembrada con magueyes; los hay chicos y grandes, con flor y sin flor, pero, en un caso, de momento único en el arte mesoamericano, emplearon la perspectiva para dar sensación de lejanía. En el océano tiene su templo y ahí está en el santuario, un dios muy conocido, ya bien identificado como Chaac Mool, traducible por *Huracán* en lengua quiché; su rostro lleva la máscara bucal de tigre, característica del Tenocélotl, y lanza rugidos, es decir, truenos, cual se colige por el signo del sonido; pese a su fiereza, el dios fue atado. Sobre las almerías del teocalli está sentada una diosa de nombre Cipactli, la tierra. Esta circunstancia parece chocar con las informaciones de uso común, porque, para sólo citar a Sahagún informando sobre la creación del calendario: “esta astrología o nigromancia fue tomada y hubo origen de una mujer que se llamaba Oxomoco y de un hombre que se llamaba Cipactonal, “pintaban a esta mujer Oxomoco y a

este hombre Cipactonal, y los ponían en medio de los libros”, pero en el *Xochipuilli icuic*, un verso dice: “mi canto debe oírlo Cipactonal”; y Seler, al comentarlo, no sólo recordó que Cipactli representó la tierra, sino, como lo había publicado Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, fray Francisco Bobadilla, obtuvo información en Teomega, Nicaragua, de haber existido allá dos dioses creadores: “Tamagestad e Cipattoval: e Cipattoval es muger, e son dioses”, y tres veces en la página insistieron en haber sido mujer Cipactonal. Como por la enseñanza del *Códice Vindobonensis* debe pensarse en un matrimonio divino, podrían ser Cipactonal y Cipaccíhuatl, de donde sería más gráfico llamar aquí Cipaccíhuatl a esta diosa de la tierra. Frente a ella, dándole su espalda, también sentado, un dios ya conocido desde los relieves de Chalcatzincó, Morelos; es un Tenocélotl, su rostro con máscara bucal de tigre lo comprueba. Lleva en el antebrazo izquierdo el mágico ceñidor, en esa mano, el cetro por que reinará, y en la diestra blande un rayo, por lo tanto, es Tláloc, dios de la lluvia y autorizado para manejar, en su caso, a los relámpagos, rayos y truenos. El énfasis en el rayo concuerda con el diagnóstico de los truenos de mayo, anuncios de la próxima temporada de lluvias, según los campesinos de la costa central veracruzana. Detrás de Chaac Mool y de pie, otro personaje. Incluso con su esplendoroso atuendo debe ser quien se preparó para robar algo, porque lleva el brazo de la mujer muerta en el parto; seguramente Quetzalcóatl, Venus, el mensajero divino, sin embargo, lo pudo haber sustituido su nahual Xólotl, experto en trapacerías. Abraza una olla, ¿era el intento robar una olla de agua en el mar para verterla sobre la tierra sedienta, donde ya sólo verdeaban o florecían los agaves, o, con más inteligencia, este muy listo ladrón llenó su olla con octli para cambiarlo por aguas sabiendo cuán borracho era Huracán? Xólotl estaría suplantando la función de los tlaloques y tal vez por eso Tláloc le amenaza con el rayo.

El Tablero Número Cuatro, similar a los de los extremos, tiene abajo la franja terrestre con los entrelaces característicos, muy acentuados en el dibujo de Miguel Covarrubias. A la izquierda, la placa con el nombre Mictlan; frente a la boca del dios, las lenguas de fuego muestran tres xiuhmolpilis; el cielo que le corresponde lleva el signo de la fecundidad; en

el cielo general, el horizonte, indicado por el collar, el glifo de la serpiente quetzal cruzando por la hornaza solar, como en el Número Uno, es decir, igualaron cielos orientales y occidentales, e igualaron las franjas terrestres del Norte y del Sur.

En la escena básica intervienen cuatro actores más “el convidado de piedra”. La decoración del escenario muestra el perfil de la cancha con dos tronos, uno para el dios Xólotl, sentado, con la pierna cruzada, de la que sólo se mira la planta del pie, frente a la cual está el símbolo del movimiento eterno; con la mano derecha empuña un rollo de papel, seguramente para el muerto, y sobre su testa lleva también una gran cabeza de coyote que lo identifica y donde se miran cuatro xiuhmopilis; pero a la espalda del dios hay una fecha en caracteres comunes, el año 7 técpatl, de la cual quedan los numerales y la punta del cuchillo, seguramente muy pequeño. El otro personaje, a la izquierda, ocupante del otro icpalli, debió ser el Señor de El Tajín; su tocado luce un espejo humeante. Debió ser jefe de los ejércitos, porque tras él está, en un lanzón, su estandarte, con la culebra quetzal, para sugerir, al mismo tiempo, su condición de jefe del sacerdocio, porque, hasta los días de la conquista española, el supremo sacerdote se ataviaba como Quetzalcóatl; tras de la oreja de la culebra hay tres xiuhmopilis. Pero aquí el gobernante, de seguro juez en el juego de pelota, enseña la pelota en movimiento, de la cual pende su gran adorno trasero con escarola, tal vez de plumas, en su faldellín, el original conserva muy claros tres xiuhmopilis, expresados con tres cruces griegas (*téotl*), como en la escultura del eclipse hallada en Sombrerete, Papantla. Este personaje sostiene los brazos de la víctima. Los dos jugadores de pelota fueron los del centro y lucen el guante cubriendo la mano izquierda, llevan el gran cinturón y el signo fálico, indicador de la potencia creadora supuesta en el juego. El jugador que con un cuchillo está sacrificando al otro lleva en su tocado un espejo humeante y habla. El sacrificado y el sacrificador también llevan sus adornos en escarola, semejantes a los de algunos magnates de Las Higueras. Parece flotar en el aire, pero detrás del sacrificador, identificándolo, un gran símbolo de la culebra quetzal, en tanto baja del cielo, por el alma del sacrificado, una Tzitzímitl, como ya lo había pensado Wigberto Jiménez Moreno.

El Tablero Número Cinco, al centro del muro sur, parecido al central del muro norte, tiene abajo la franja terrestre y a los lados las respectivas cuatro bandas, donde alternan nubes y rayos, como lazos del cielo con la tierra. Curiosamente, aquí el cielo es de mayor longitud y, en general, está bien conservado. El rostro del dios Chicomexóchitl, al centro, luce su flor de siete pétalos en el entrecejo y su contagiosa carcajada le cierra los ojos, casi llora de risa. Los dos cuerpos, perfectamente realizados, enfatizan la circunstancia del máxtlatl en el brazo. A los extremos, dos glifos iguales, con el disco solar en el centro de los cuatro movimientos o nauí ollín, ahora formado con volutas representativas del fuego del Sol.

En la escena fundamental está otra vez el *teocalli* en el océano. Tras él, su campo de magueyes; dentro, el dios oceánico luciendo su yelmo de pez, como para sugerir sus aprestos de acción, y habría de sentirse, dice la frase popular, “como el pez en el agua”. Este pez mesoamericano deberá ser investigado con mayor amplitud. Por mencionar algunas rápidamente, está en la Piedra del Gigante, de Orizaba, sustituyendo a cipactli; había, en la colección de Miguel Covarrubias, procedente de los Tuxtlas, Ver., un “hacha” o “cabeza plana” representando a un personaje con un delfín en el tocado; Medellín Zenil encontró en Polvaredas, Ver., un gran *apaztli* de cerámica “naranja y rojo sobre laca esgrafiado y raspado”, con la figura de un delfín, como dice un canto popular: “Donde anda la tonina no hay tiburón”, para significar mando supremo en el mar; también los totonacas de Papantla le dijeron a Carlos Torres Torija, cuando los interrogaba en torno a cipactli o el catán: “Es el más fuerte hombre del agua, el que manda en el agua”. Sobre las almenas del teocali, destruida en su parte superior, pero indetectable por lo conservado en su porción inferior, está Cipaccíhuatl, la tierra, ofreciendo al guerrero, en vez de un dardo, el flamígero rayo (xonecuilli), y tal vez urgiéndolo a entrar en acción. A la derecha de la escena, frente al indudable dios Huracán con yelmo de pez, hay un personaje reconocible por su máscara bucal de tigre, un Tenocélotl, un Tláloc o un cofrade fracasado, porque ahora debe recurrir a un rito grave, solemne. Con un punzón está sangrando su miembro viril, esculpido en difícil escorzo, para que su sangre alimente, dé vigor al dios y

lo tenga propicio. En el *Códice Borgia*, Mayahuel, seguramente advocación de Chicomecóatl, amamanta un pez; en el Juego de Pelota de Chichén Itzá y en las placas de Aparicio, Ver., del jugador decapitado salen siete chorros de sangre simulando siete culebras, aquí sólo son tres cordones de sangre, pero en el *Códice Vindobonensis*, en lugar de siete culebras, un dios únicamente lleva tres: Yeicóatl, con la misma función. En resumen, es el dios Tláloc en una de sus representaciones y sacrificándose para que actúe su hermano Huracán. Encima y humanizada, el escultor puso, a juzgar por la cresta sobre la cabeza, una iguana (*quauhcuetzpallin*), ¿significando la etapa ciclónica de las inundaciones, cuando los hombres, para salvarse, deberán subir, cual iguanas, a la copa de los árboles? En la mano derecha lleva una culebra, seguramente la culebra de agua, tan temida por los campesinos. Enfrente, dentro de un especial cuadro, se ve al glifo de cipactli, el primer día del calendario. Había otros jeroglíficos, infortunadamente desleídos. Este drama se mira tremendo: la tierra, sintiéndose perdida, prefiere la tormenta, el huracán que vendrá del fondo del océano, vigoroso, prepotente por la sangre del dios de la lluvia.

El Tablero Número Seis, en el extremo poniente del muro sur, vuelve al tema de las orillas; tiene abajo los entrelaces de la serpiente de la tierra, destaca el símbolo femenino de la fecundidad y dos glifos de xiuhmolpili. A la izquierda, el cuadro con el nombre de Mictlan. En el cielo, sobre la placa del nombre del lugar, no está el símbolo de la fecundidad femenina, insinuando, tal vez, que consideraban al Oriente como un sitio germinal y el Occidente sería el punto a donde iban los astros muertos. En esta porción del cielo hay una cabeza de serpiente, mientras en el resto la emplumada culebra se ha encadenado al símbolo del movimiento.

La escena principal es una representación fúnebre. Un tzitzímitl revolotea su espectro fatal con tres xiuhmolpilis; el mensajero inmolado, ahora ya tendido en una cama o banca, todavía no muere del todo, le falta “estirar el pie”. Sin embargo, ya el águila solar bajó para llevarlo a presencia del Sol y los músicos están listos para dejar oír sus himnos litúrgicos, uno acompañándose con la sonaja, otro tocando un *teponaxtli*

de brazos. Debajo de la cama cuelgan dos xiuhmolepilis. El atuendo de los músicos, por fastuoso, perfila encumbrados personajes, tal vez pontífices del culto a Quetzalcóatl.

Todo lo anterior puede ser una descripción de los elementos integradores de los relieves; hace falta su adecuada colocación y hacerlos funcionar. Para el caso, tal vez fuera conveniente preguntarse si obra tan fina y cara fue sólo un momento conmemorativo de algún suceso extraordinario, si podría referirse a otros aspectos o, incluso, si pudo tener algún valor de uso. En este último ángulo, ya se apuntó, al principio, la sospecha de no haber sido un tlachtli común donde jugadores profesionales o esporádicos practicaran su habilidad, sino un teotlachtli, para el juego celeste.

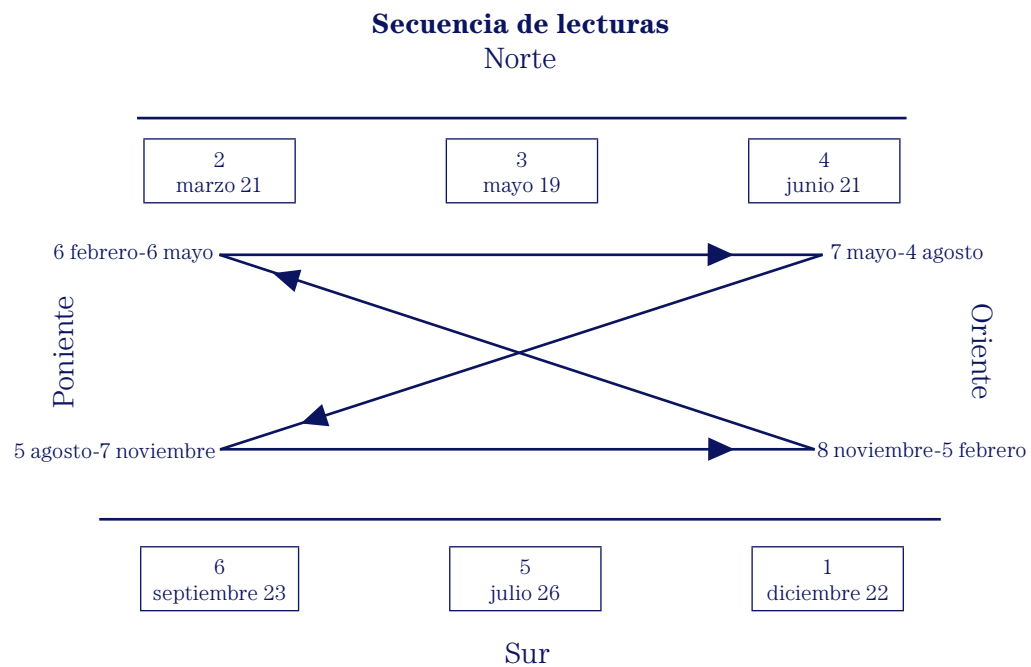
Al formular el diagrama para la supuesta secuencia de los tableros y al examinar a éstos de una manera sólo descriptiva, quedaron claros dos grupos: los tableros de los extremos y los del centro. Esta circunstancia tienta para el ensayo astronómico en los tableros de los extremos. Es fuerte la sugestión para considerar al Sol y a Venus. El Sol, en la mentalidad mesoamericana, resucitaba cada invierno, y la *Historia de los mexicanos*, por sus tinturas, marca la fecha exacta del nacimiento de Huitzilopochtli, el Sol



invernal. Para la cultura europea el invierno se iniciaba el 22 de diciembre, ésa sería la data para la escena del Tablero Número Uno; la primavera, el 21 de marzo, corresponde al Tablero Número Dos; el verano, el 21 de junio, para Tablero Número Cuatro; y el otoño, el 23 de septiembre, con el Tablero Número Seis. El indígena mesoamericano, con mejor juicio, contaba las estaciones cuarenta y cinco días antes y cuarenta y cinco días después, para dejar en el centro las fechas en las cuales el Sol tenía su mayor alejamiento al Sur, al Norte, o cuando eran iguales el día y la noche. De cualquier manera, los cuatro tableros de los extremos marcaban el nacimiento del Sol (invierno), su juventud (primavera), su madurez (verano), su decrepitud y muerte (otoño). Este recorrido aparente del Sol, como se mira en el diagrama de la página siguiente, forma el signo del naui olin, y era ése un significado común del olamaliztli o Juego de Pelota.

En cuanto a los tableros del centro, uno en el muro norte y otro en el sur, aquí marcados con los número tres y cinco, se debe advertir su colocación: para el primero, entre la fecha del equinoccio de primavera y solsticio de verano, en tanto para el segundo, entre la del solsticio de verano y el equinoccio de otoño. Con lo anterior ya no hay duda, en esos lapsos quedan comprendidos los dos pasos del Sol por el zenit mesoamericano y, usando el punto clave de Teotihuacan, ocurrían, el primero, el 19 de mayo, y el segundo, el 26 de julio. Propiamente formaban tema separado estos tableros, aun cuando la ruta del astro debía tocar esos puntos, y así han de considerarse, iluminando su significado. En el Tablero Central del muro norte se trata de la fiesta llamada Tóxcatl, para pedir el inicio de las lluvias producidas por Tláloc, cambiada por los españoles de la región a la del Corpus; por eso el Tenocélotl Tláloc ocupa el sitio principal en el relieve y se mira empujado por las rogativas de la tierra como Cipaccíhuatl; pero el dios no quiere usar el rayo ni principiar su cometido sin la venia de su poderoso hermano Huracán, y menos en la ciudad que le fue consagrada; mientras el pobre Xólotl, viento nocturno, que fue a robar una olla de agua para, como *tlaloque*, vaciarla sobre los labrantíos, debe actuar a espaldas

del Huracán que, desde su oceánico templo, cuida las magueyeras; este Xólotl, nahual por excelencia, con el brazo de la mujer muerta en el parto, en vez de robar, cambia una olla de *octli* por una olla de agua, como todavía los totonacas depositan un poco de aguardiente dentro del hoyo del Palo Volador para que se los devuelva el cielo en forma de aguaceros.



El Tablero Central del muro sur trata del segundo paso del Sol por el zenit de Teotihuacan, el 26 de julio, fecha en la cual parece comenzaron su año los olmecas y, sin duda, los mayas. La fiesta indígena se llamaba *Tlaxochimaco* (“donde se toman las flores de la tierra”), que los españoles cambiaron por la del Señor Santiago en la víspera, o Señora Santa Ana en el propio día, pese a que, cuando se usaba el calendario juliano era Nuestra Señora del Carmen, el 16 de julio. Pero aquí se trata de un drama más tenso. El conocido *tun* de los mayas, o año de 360 días, terminaba el 20 de julio, exactamente cuando entra la canícula. Siguen cinco días, llamados *nemontemi* o baldíos, en los cuales no hacían cosa importante, pero completaban el año de 365 días; al día siguiente, 26 de julio, el Sol pasaba por el zenit de Teotihuacan y se iniciaba el año

maya-olmeca. La canícula era la peor tragedia para la milpa de temporal, es el momento de la fecundación y, habiendo terminado el primer periodo de lluvias, el de Tláloc, el maíz no granará. Por eso vuelven a pedir agua con mayor desesperación. Tláloc, bien o mal, ya cumplió su tiempo, sólo queda el recurso de Huracán, el beodo, iracundo dios del relámpago, del rayo, del trueno, de la lluvia con garras que todo lo destroza, dios cojo, porque habiendo reñido en la taberna del cielo, fue despeñado y se lastimó gravemente, por eso lo representan cojo, sin un pie, sin una pierna o recostado, para disimular su defecto físico; pero no hay otro recurso, y aquí están, implorando la lluvia de los huracanes. Eran doce para nuestro litoral, uno en cada fase de la Luna, y cubrían un tiempo de ochenta días, en las veintenas de Tlaxochimaco (20 de julio), Xocotlhuetzi (9 de agosto) y Teotleco (18 de septiembre), terminados el 7 de octubre. Pero el viejo dios llegó a cansarse y ahí está, recostado en el fondo del océano, fumando su pipa, produciendo con sus bocanadas al Trueno Viejo, trueno de los temporales, como sus descendientes totonacas le contaron a Roberto Williams García; mas, en el propio Tajín, los totonacas le dijeron cómo los doce viejos tajines atraparon al joven Tajín o Huracán y, con un arcoiris lo ataron en el fondo del océano; por eso ahora, sin ataduras, actuará; cuentan los campesinos de la costa central veracruzana cómo el 24 de agosto, día de San Bartolo, se suelta el diablo, cuando, infaliblemente, azotan los huracanes durante incidencias de siete días y un total de cuarenta, para terminar con el Cordonazo de San Francisco. En el cielo, el Sol, Chicomexóchitl, ríe satisfecho de su dualidad; acá, en la tierra, los hombres mirarán colmado su deseo de lluvias.

Las anteriores fechas pueden resultar correctas para una mentalidad europea; el mesoamericano, sin tacharlas, tratará de ajustarlas a un ritmo fijo y, seguramente, lo haría usando la lunación de 30 días, de donde un año matemático quedaría dividido en 12 lunaciones para 360 días más cinco nemontemi, así del 22 de diciembre al 22 de marzo hay 90 días, correspondientes a tres lunaciones, cumplidas los días 21 de enero, 20 de febrero y 22 de marzo. Del 22 de marzo al 21 de mayo, desplazando sólo un día la fiesta, eran 60 días con dos lunaciones ajustadas, la primera, el 21

de abril, y la otra, el 21 de mayo. Del 21 de mayo al 20 de junio había 30 días o una lunación, adelantando un día la fecha. Del 20 de junio al 20 de julio, 30 días de una lunación, para dar por terminado el tun de 360 días y avanzar con cinco nemontemi al 25 de julio, en el cual cerraba el año maya-olmeca y principiaba otro el 26 de julio, fecha del segundo paso del Sol por el zenit de Teotihuacan. Del 26 de julio al 23 de septiembre hay sesenta días, dos lunaciones, ajustando la primera el 24 de agosto, precisamente día de San Bartolomé o San Bartolo. Finalmente, del 23 de septiembre al 22 de diciembre, otros noventa días de tres lunaciones, ajustables los días 23 de octubre y 22 de noviembre, y cierran así, con el solsticio de invierno, los 365 días. Tal vez no lo usaron, pero parecen haber encontrado un calendario más perfecto que el actual en cuanto al Sol, aunque sobrepasaba con 6 días la cuenta de la Luna.

Los cuatro tableros de los extremos cuentan otra cosa. Ya José Corona Núñez ha explicado, en el nauí ollin, cómo Venus, hijo del Sol, anda en busca de su padre por sus cuatro casas, donde no lo encuentra, y lo espera en el centro, en el cruce de los caminos. Esto podría ser usado aquí para aclarar, en simple tlachtli, los cuatro puntos de solsticios y equinoccios; mas las escenas del cielo indican otra función del teotlachtli, donde su anillo es una hoguera, la hornaza del Sol, y Venus, el mágico lucero, se debe arrojar a ella, la debe cruzar (¿Quedará calcinado? ¿resurgirá?). En esencia, es el argumento del drama. Por más increíble que hace algunos años hubiera parecido, ahora las pruebas resultan contundentes: los mesoamericanos conocieron los pasos de Venus por el disco solar, los registraron en sus documentos y llegaron a formular una tabla de cálculos, al infinito en ambas direcciones, hacia el pasado y al futuro; esa tabla ya se ha reconstruido y los primeros pasos ocurrían, alternativamente, los años 5 técpatl, 5 tochtli; mientras el segundo paso los años 13 técpatl, 13 tochtli, cada 130 años, y dos cada Rueda de katunes. En cierta manera la Leyenda de los Soles, narrando el suceso en Teotihuacan, donde Xólotl, nahual o representante nocturno de Quetzalcóatl, se arroja en la hoguera para volverse Sol, equivalente a Nueva Era, está contando un suceso semejante. Aquí, en el Tablero Número Uno, Quetzalcóatl o Venus está

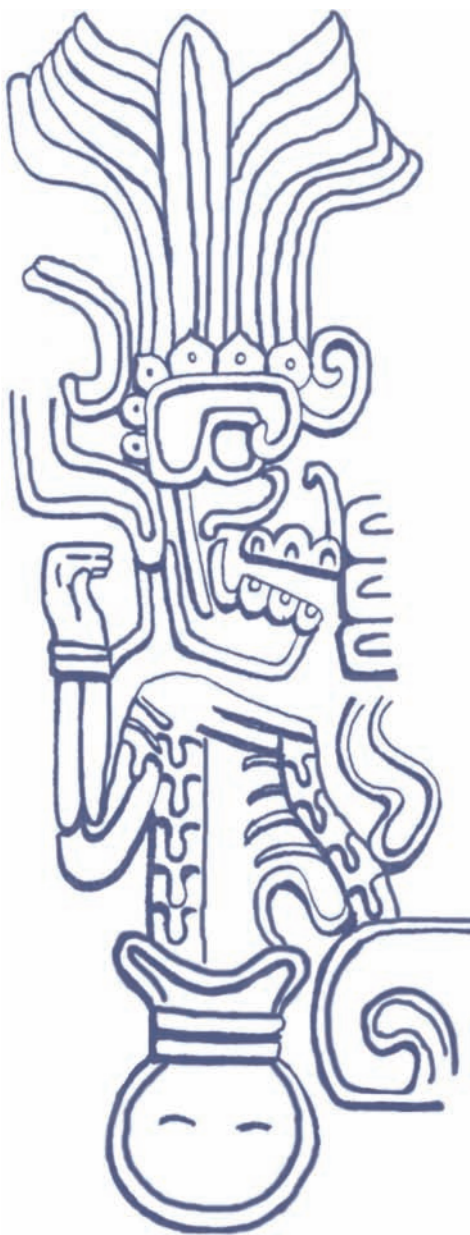
siendo armado para emprender su aventura. En el Tablero Número Dos, como si fueran dos rivales ataviados para el juego de pelota, dos personajes discuten y se van a rifar, a vida o muerte, su destino: el planeta Venus y el Movimiento. Tal vez Quetzalcóatl no juega muy limpio, parece tomar demasiadas precauciones, tantas como hacerse sustituir por su doble o gemelo, Xólotl, y no sólo eso, Xólotl ha conseguido un brazo de mujer muerta en el parto para realizar su empresa de manera perfecta. En el tablero Número Cuatro se ve a Quetzalcóatl y a Xólotl sacrificando al otro jugador de pelota; debe suponerse que triunfó. En el Tablero Número Seis, los funerales del hombre, de un tiempo, de una época.

Lo escrito, pese a la veracidad posible, resulta atemporal y ésa pudo ser la intención, crear un monumento útil muchas veces, aun cuando, al desgaire, quiso el artista fijar en el tiempo acontecimientos concretos, ésta sería la razón de sus notas. Hay signos de xiuhmolli en dos tipos, con la forma de plumas de águila, presentados por José Avilés Solares, o con la palabra *téotl*, y una fecha tan concreta, en caracteres muy conocidos, como el año 7 técpatl. Dentro de los xiuhmolpilis hay grupos de 1, 2, 3 y 4, es decir, una crónica con hitos a 52, 104, 156 y 208 años de un punto de partida. Para tratar de situarlos correctamente debe principiarse por colocar al Juego de Pelota Sur de El Tajín en su horizonte arqueológico, para lo cual ya existe consenso generalizado: corresponde al Horizonte Clásico tardío, y éste tuvo lugar entre los años 600 y 900 de la Era calculando por centurias. Eludiendo largas disquisiciones, Alfonso Medellín Zenil, refiriéndose a cerámicas del Totonacapan, en especial a las Caritas Sonrientes de Los Cerros, Ver., las coloca entre los años 600 y 900 de la Era, muchos de cuyos adornos frontales no pueden estar más hermanados con los relieves de El Tajín. Tatiana Proskouriakoff, examinando el estilo artístico llamado Tajín, lo sitúa en los periodos Clásico y Clásico tardío. Como en la Cabeza Número Uno de San Lorenzo Tenochtitlan, Ver., y en los *Anales de Cuauhtitlan*, un punto de partida en las cronologías es el año 635 de la Era, al utilizarlo de manera experimental resultan los años 687, 739, 791 y 843, que cubren los gobiernos de Omeácatl, Xatontan, Teniztli y Panin, en la dinastía totonaca de Mizquihuacan, trasmitida por Torquemada.

La primera explicación debe ser para Omeácatl, considerado fundador de la monarquía, tras un periodo de organización y asumiendo el mando el año 687, cuando los críticos de Cuauhtitlan anotaron: “El ser de estos chichimecas empieza en los anales tezcocanos el año 13 Tochtli [686]”; es decir, Tezcoco también utilizó la fecha. Queda para búsqueda futura el nombre Omeácatl, dado también a Tezcatlipoca como dios de los banquetes cuando en su gobierno tuvo lugar la gran hambre causada, seguramente, por el paso del cometa Halley en el año 695 que, según informaron a Motolinía, puso fin al Cuarto Sol. Su alusión indirecta, con la fecha, podría servir de división entre Clásico y Clásico tardío.

Seguiría el año 739. Los *Anales de Cuauhtitlan*, de alguna manera exponentes de la tradición otomí-nahuatlaca, consideraron un principio anterior, el año 50 de la Era, como lo relató específicamente Chimalpahin; si a esa fecha se agrega el tiempo de una edad a la manera de la Piedra de los Soles, con 676 años, resulta el 726 o ce tochtli, donde precisamente tales anales hablan de las Cuatro Edades. Para los totonacas, inveterados hombres del ce ácatl, esa cuenta se iniciaba en el año 63 y comenzaría su esplendor en Teotihuacan, tras el paso de Venus por el disco solar. Si al 63 se agregan los 676 de una edad, el resultado es el año 739. Los *Anales de Cuauhtitlan* dijeron: “En 1 Tochtli [726] tuvieron principio los toltecas”, tal vez el empezar del dominio político. De haberse salvado los anales totonacas de El Tajín podrían haber dicho: En 1 ácatl (739) tuvo principio el dominio político de Tula. De Xatonan, segundo señor del Totonacapan, se sabe acogió y civilizó a los grupos de chichimecas llegados a su reino; mandó construir, para él y sus descendientes, un gran sepulcro, y el nombre (*xalli*, arena; *tentli*, orilla) podría significar que afianzó su dominio, si no se lo afianzaron, desde Mizquihuacan hasta la orilla de los médanos, en la costa del Golfo.

Para el año 791 existe la circunstancia de una Estela de Cerro de las Mesas, Ver., la Ocho, con la fecha 9.4.18.16.8 de la Cuenta Larga olmeca, en una zona de arqueología totonaca y dentro del Horizonte clásico tardío. La fecha corresponde al año 791 de la Era y coincide con la coronación de Teniztli, que propiamente sería Tenextli, el encalado, recordando cómo



Toponímico de Mictlan

del cielo a la tierra puede pensarse en un tremendo huracán ocurrido ese año, a once del nacimiento de Quetzalcóatl según los *Anales de Cuauhtitlan* o de la coronación de Panin porque, según los campesinos veracruzanos, las grandes tormentas tropicales ocurren cada once años.

pintaban de blanco a quien iban a sacrificar. Si el nombre Teniztli sugería *ténitl*, “hombre de otra nación y lengua”, según Molina, se reforzarían los indicios de un cambio cultural apuntado en la Estela Ocho del Cerro de las Mesas. Dada la circunstancia de haber sucedido a Teniztli el rey Panin, exaltado al poder el año de 843, tras el paso de Venus por el disco solar, y que su nombre significa “encima o fuera de la faz” (Molina), aludiendo al acontecimiento astronómico, cabe la conjetura del sacrificio de Teniztli en relación con el tránsito de Venus. Éste puede ser el jugador de pelota sacrificado según el Tablero Número Cuatro.

Lo anterior sería resumen de sugerencias a la vista de xiuholpillis en los tableros del Juego de Pelota Sur. Falta considerar fechas de grafía distinta, el 3 técpatl escrito con un hacha de cobre a la manera del *Códice Dehesa*, correspondiente al 832 de la Era. Por su colocación entre las nubes que se precipitan

Relacionada con lo anterior está la fecha 7 técpatl, escrita una vez con el símbolo del hacha de cobre y entre las nubes, pero como fecha trascendente se mira en el Tablero Número Cuatro, referido al sacrificio de Teniztli. Sus xiuhmolpilis en forma de cruz griega, típicos de la región, van inscritos en el faldellín de quien sostiene los brazos de la víctima, en tanto un fragmento del técpatl y siete numerales están colocados a espaldas de Xólotl en función de dios del olamaliztli. Este año 7 técpatl correspondió a 836. Venus había realizado su primer tránsito por el disco solar el 834, anotado el 835, y realizaría el segundo en 842, que apuntaría el 843 con ce ácatl, es decir, faltando los matemáticos ocho años para el segundo paso, Teniztli fue inmolado, víctima propiciatoria del fenómeno; por otra parte, al fechar en la forma característica del área de El Tajín, estaban tomando como punto de partida para contar xiuhmolpilis el muy conocido año 635; para 791 habían pasado los tres de signo técpatl y en el que iba transcurriendo, el año 7 técpatl fue 836.



Tres técpatl "El Tajín"



Siete técpatl "El Tajín"



Diez técpatl *Códice Dehesa*



Dos técpatl *Códice Dehesa*



Hacha *Códice Vindobonensis*

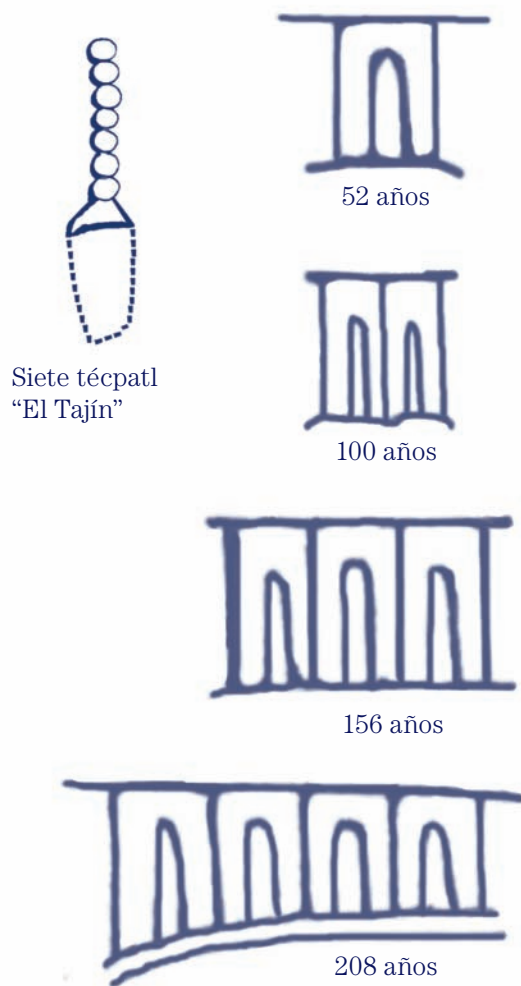


Hacha *Códice Dresde*

Hachas de cobre por el conductor de años técpatl

Los Anales de Cuauhtitlan, ampliando la visión mesoamericana, fueron lapidarios: “En 6 Ácatl [835] murió el llamado Totepeuh, padre de Quetzalcóatl”, que trasladado a la historia totonaca diría: Teniztli, padre de Panin. Según la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, en Culhuacan (?) hubo un señor llamado Totepeuh, “fue muerto de un su cuñado, valiente hombre, por señorear, cuyo nombre era Apanécatl, aunque poco le aprovechó. Muerto Totepeuh, dejó un hijo, Topiltzin”, este sepultó los huesos de su padre, les hizo templo, pero el Apanécatl lo despeñó de lo alto del templo y murió el Topiltzin, al cual seguramente resucita, para ponerlo después reinando en Tula. En resumen, fue un acontecimiento mesoamericano y no regional.

Si para usar el nombre de Totepeuh en lugar de Teniztli se considera una relación del nombre con Tótec o Xipe Tótec, no se mira inconveniente por cuanto a la geografía (Xipe Tótec era considerado cuextécatl y llegó a la Mesa Central procedente de Tzapotitlan, hoy Castillo de Teayo), sí en el tiempo, dado que la metalurgia del cobre se considera iniciada con el año 900 de la Era, en cuenta por centurias, o el 895 si se toma la muerte del Quetzalcóatl nacido el 843, para los totonacas equivalente del gobierno de Panin. Habría una metalurgia más antigua, seguramente de conocimiento y uso esotérico entre la minoría dominante, simple conocimiento del oro y la plata, llegados con los toltecas y, aun cuando las hachas de supuesto cobre, grabadas en el Juego de Pelota Sur de El Tajín, se suponieran de plata u oro, faltaría el cobre para la liga y la dureza. Acaso debería considerarse una temprana llegada del conocimiento y uso del cobre desde la época de Totepeu-Teniztli. Las muestras animarían a contratar a los nonoalcas, obreros metalúrgicos, y tendrían tiempo de prepararles la recepción en Chalchicueyecan, cuando llegaron por mar, según apunta el *Lienzo de Jucutácato*. Si el año de 895 ya se marca como suplantación religiosa de Quetzalcóatl por Tezcatlipoca, la lucha debió ser larga en tema tan sensible a las capas populares y el desenfado, casi orgullo, con el cual se muestran los Tenocelomeh y el propio dios Huracán (que fue dios de la metalurgia) en los relieves, fortalecen la presencia de Tezcatlipoca



Fechas en El Tajín

Resultaron abundantes las fechas en El Tajín. Las de los relieves aquí analizados concluyeron en el 843, cuando asumió el mando Panin y nació Quetzalcóatl, según los *Anales de Cuauhtitlan*; es decir, con el nuevo ce ácatl después del paso de Venus por el disco solar. En verdad este acontecimiento astronómico tuvo lugar el año de 842, que fue para los indígenas 13 tochtli; a eso se refirió, sin dudas, esa fecha en las columnas y en la cerámica de El Tajín, fecha destacada por Marquina y Wilfrido Du Solier. Por otra parte, si la fecha totonaca del ce ácatl debe traducirse por 843, hay nueva luz para el dios con dos cuerpos o dual; es el Sol bajo sus

porque, finalmente, Huracán es el Tezcatlipoca Negro, y la ciudad de El Tajín, por su nombre, le fue dedicada precisamente a él, ni sería privativa de El Tajín la temprana presencia; en Las Higueras, Ver., el personal del Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana descubrió, en el Horizonte Clásico Tardío, a un dios Huracán en el mar, pastor de tiburones; y en el *Códice Dresde*, cuando, también por el año de 843, Xólotl fue a robar huesos de sus antepasados para crear nueva generación, llevaba su hacha de cobre como arma terrible. Urge una revisión de conceptos en torno al tema y ahí está el clarinazo de El Tajín.

advocaciones de Chicomexóchitl y Macuilxóchitl porque, usando el idioma de los mayas para máxima claridad, en el 843 la cronología marcaba final del 7 ahau y principio del 5 ahau, precisamente tras el paso de Venus por el disco solar, y esta coincidencia se repetía cada Rueda de katunes, por lo cual había ocurrido el año 63 de la Era, cuando se inició el esplendor totonaca en Teotihuacan; el 323, cuando lo perdieron a manos de olmecas; 583, cuando los toltecas los encontraron en Zacatlán, para no decir Mizquihuacan. El Juego de Pelota Sur, en El Tajín, debió ser construido en el gobierno de Panin (843-895). Después vendrían tiempos malos para los totonacas tajinenses, el arte ya no levantó el vuelo por las mismas alturas, la ciudad fue de postración en postración. Si como relata la Piedra de los Soles, una edad tuvo duración de 676 años y el 843 marcó el principio de otra, según documentos indígenas, ésta concluyó en el año 1519 y para siempre.

Referencias

- Arte Prehispánico de México*. (1946). México, Secretaría de Educación Pública.
- Benavente, Toribio de. (1903). *Memoriales*. México, Luis García Pimentel.
- Codex Desdensis*. (1962). Berlín, Akademie-Verlag.
- Codex Magliabecchiano*. (1904). Rome, Danesi.
- Codex Bindobonensis*. (1963). Austria, Akademische Druck u. Verlagsanstalt.
- Códice Borgia*. (1963). México, Fondo de Cultura Económica.
- Códice Chimalpopoca (Anales de Cuauhtitlan)*. (1945). México, Universidad Nacional.
- Códice Dehesa*. (1892), en *Antigüedades mexicanas*. México, Junta Colombina.
- Códice Mendocino*. (1825). México, Museo Nacional de Arqueología.
- Corona Núñez, José. (1957). *Mitología Tarasca*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Covarrubias, Miguel. (1961). *Arte indígena de México y Centroamérica*. México, Universidad Nacional.
- Durán, Diego. (1967). *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme*. México, Porrúa.
- Du Solier, Wilfrido. (1945). *La cerámica arqueológica de El Tajín*. México, Anales del Museo Nacional de Arqueología.
- García Payón, José. (1951). *La ciudad arqueológica de El Tajín*. Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana.
- Historia de los mexicanos por sus pinturas. (1941). En *Relaciones de Texcoco*. México, Chávez-Hayhoe.
- Jiménez Moreno, Wigberto. (1959). Síntesis de la Historia Preolteca de Mesoamérica, en *Esplendor del México antiguo*. México, Centro de Investigaciones Antropológicas de México.
- Krickeberg, Walter. (1961). *Las antiguas culturas mexicanas*. México, Fondo de Cultura Económica.
- . (1966). El juego de pelota mesoamericano y su simbolismo religioso, en *Traducciones mesoamericanistas*. México, Sociedad Mexicana de Antropología.
- Leyenda de los Soles. (1945). En *Códice Chimalpopoca*. México, Universidad Nacional.
- Lienzo de Jucutácato*. Copia en el Museo de Morelia, Michoacán.
- Los Lienzos de Tuxpan*. (1970). México, Petróleos Mexicanos.
- Marquina, Ignacio. (1951). *Arquitectura prehispánica*. México, Secretaría de Educación Pública.
- Medellín Zenil, Alfonso. (1960). *Cerámicas del Totonacapan*. Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana.
- Molina, Alonso de. (1910). *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*. Puebla, El Escritorio.

- Proskouriakoff, Tatiana. (1963). Scroll Patterns, en *Huastecos, Totonacos y sus vecinos*. (Trad. Mario Navarrete). México, Sociedad Mexicana de Antropología.
- Palacios, Enrique J. (1941). *Cultura totonaca*. México, El Nacional.
- Sahagún, Bernardino de. (1938). *Historia general de las cosas de Nueva España*. México, Robredo.
- Seler, Eduardo. (1938). Notas a los Cantares a los Dioses, en *Historia general de las cosas de Nueva España*. Robredo.
- Spinden, Ellen. (1933). The Place of Tajin in Totonac Archaeology, en *American Anthropologist*. Lancaster.
- Torquemada, Juan de. (1943). *Monarquía indiana*. México, Chávez-Hayhoe.
- Williams García, Roberto. *Leyenda del Dios Tajín*. Xalapa, Ver., Archivo del Instituto de Antropología.

Ripios de Huracán

En 1947, el Fondo de Cultura Económica publicó *El Huracán, su mitología y sus símbolos*, libro del etnólogo cubano Fernando Ortiz (2ª ed., 1984), en el que se analizan e interpretan algunas figurillas caribes precolombinas, para concluir que eran representaciones del dios Huracán. Esculpidas en piedra, mostraban los brazos en giro ciclónico de manera muy similar a como actualmente simbolizan los meteorólogos sinópticos las tormentas tropicales sobre sus cartas de superficie.

A manera de homenaje, se debe afirmar que, desde 1947, cuando se publicó *El Huracán*, de Fernando Ortiz, ya nada quedó por agregar al tema. Pero el tiempo acumula datos, aun cuando sólo tengan valor local. En Veracruz existe la ciudad arqueológica de El Tajín, palabra del idioma totonaca que significa relámpago, trueno, rayo, ligado a las tormentas tropicales. La ciudad fue mandada construir como necrópolis, bajo el nombre náhuatl de Mictlan, “lugar de/para muertos”, designación que conservó hasta el siglo XVI, aunque perduró la nominación autóctona de Tajín, pero Huracán era el Tezcatlipoca Negro de los olmecas y significa “espejo humeante”, abriéndole camino a la Física, en la concentración de los rayos del sol por el espejo, para incendiar, como dicen hizo Arquímedes

en Siracusa, en el caso del agua, la naturaleza, por el fuerte calor de la canícula, logra evaporaciones del agua, disparadas en violentos remolinos de ciclón.

Para los actuales totonacas del área de El Tajín sigue siendo válido simbolizar al huracán con el pejelagarto (*catán*) como se ha identificado a la palabra *cipactli*, el primer día del calendario mesoamericano, diciendo es el más poderoso, quien manda en el agua, escondiendo la circunstancia de la transición de los peces a los saurios; así representó el escultor a la primera tierra emergente, sobre la cual Huracán avanza furiosamente, azotándola con su chubasquería.

En el mismo Tajín, un relieve del Juego de Pelota Sur coincide, básicamente, con la tradición oral recogida por Roberto Williams García. El hacha del rayo, sola, causaba estragos, pero en verdad era Huracán, hasta el grado de concitar los vecinos contra él y terminar amarrándolo en el fondo del mar, donde fuma su pipa produciendo el “trueno viejo” con sus bocanadas, a reserva de que un día rompa sus amarras y vuelva con sus furias. En el relieve del Juego de Pelota de El Tajín hay un campo sembrado de agaves para extraerles el vino, servido por el tonelero, pues Huracán era borracho y pendenciero, por eso lo representaron atado con el arcoiris en el fondo del mar.

La leyenda fue llevada por los tarascos a Michoacán, pero la escultura, en basalto negro, la personifica Huracán en El Tajín, a manera de Vulcano, era herrero, beodo, camorrista; en la taberna del cielo armó bronca mayúscula: uno de los dioses le dio empujón tan fuerte que vino a tierra y del golpe quedó cojo. Así lo representó el escultor de El Tajín, en obra por separado, con una sola pierna, para reforzar a la palabra *huracán* del idioma quiché: *jun*, uno, una; *ra*, muslo; *akán*, pie; “el de una sola extremidad inferior, dios de la tempestad”, que diría J. Antonio Villacorta C.

La presencia española produjo el choque cultural, hubo interacción, aceptaciones y rechazos; queda por expurgar lo correspondiente a cada una. Por lo pronto existe la tradición campesina como herencia cultural, acrecentamiento de sus nuevas observaciones o adaptaciones calendáricas

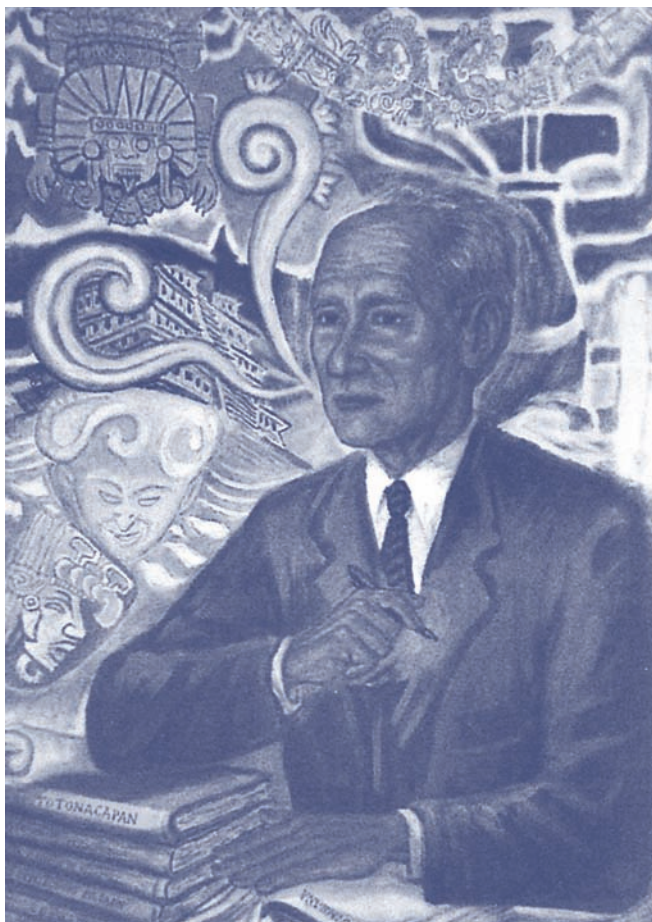
al campo de la meteorología. Los labriegos tienen razones de sobra para conocer el tiempo de la canícula y temerla en grado superlativo. En el acaecer de lluvias y siembra del maíz, la milpa realiza su fecundación en ese tiempo de la canícula; de no llover, entonces no habrá cosecha, pues no llenará su grano el jilote (xílotl), y ante angustia tan tremenda, sólo las lluvias de Huracán pueden salvarla. De lo anterior se apartan dos periodos de lluvias: el primero, regentado por Tláloc, el dios de la lluvia, es decir, lluvia normal, con la cual sus milpas avanzan triunfalmente; pero cesan éstas, termina y, de acuerdo con la estrella Sirio, del Can Mayor, comenzará la canícula.

Para el Calendario del más Antiguo Galván, los efectos de la canícula principian el día 15 de julio, pero entra el día 20. Acaso se debe pensar en los calendarios Juliano y Gregoriano; cuando llegaron los españoles, con calendario Juliano, el punto astronómico era el día 16 de julio, Nuestra Señora del Carmen; pero al hacerse la corrección gregoriana pasó a la víspera (los indígenas contaban de medio a medio día), 25 de julio, Santiago Apóstol, el Mayor, y a su día verdadero el 26 de julio, Santa Ana; exactamente cuando comenzaban su año los olmecas y los mayas.

En lo referente a la terminación de la canícula, el almanaque actual marca el día 25 de agosto, pero los campesinos, que inician su día en la víspera, se aferran al día 24 de agosto, San Bartolomé Apóstol o San Bartolo, como ellos lo llaman, y no solo eso, dicen que se suelta el diablo, equivalente a decir que Huracán rompió su atadura, y ya suelto, volverá con sus locuras de tormentas tropicales. Para el calendario mesoamericano, con veintenas en lugar de meses, la temporada de Huracán duraba dos veintenas, por lo cual para los campesinos terminaba el día de San Francisco de Asís, 4 de octubre, una relación entre Huracán y el “cordón de San Francisco”, el cordón con el que representan al santo y la cuerda con la cual atan de nuevo a Huracán para evitar que prosiga causando destrozos.

De ningún modo se pretende sugerir a los mesoamericanos como precursores en el invento del pararrayos, pero sí que su fino espíritu en la observación y manejo del método experimental pudo distinguir la relación

física de la descarga eléctrica (rayo) y los metales, cuya industrialización implantaron los olmecas, pues cuentan los campesinos que si a los nidales de la época ciclónica no se les pone un objeto metálico para nulificar el efecto del rayo, los huevos se vuelven infecudos y no nacerá la pollada.



Es muy conocido un tipo escultórico maya denominado *Chac mool*, encontrado también por la costa del Golfo, Querétaro y Michoacán; es Tezcatlipoca, pese a disimularle la cojera poniéndolo recostado, con las piernas flexionadas, entre las manos y sobre su vientre o pecho una jícara con la embriagante bebida. Cuando el primer arqueólogo que mencionó la escultura preguntó sobre su significado, los indígenas le dijeron en maya: “Chac mool, garra del agua”, separándolo

de Tláloc (Chac) como lluvia pacífica, de la lluvia feroz, con garras, las de los huracanes que todo lo destrozan, pero que salvan las cosechas perdidas y, empujando sus nubes muy adentro de la tierra, evitan que por lo menos medio territorio mexicano sea desierto.

El fondo sellado de un plato

Don Juan Gutiérrez Marié proporcionó, para su estudio, tres fragmentos del incompleto fondo sellado de un plato, hecho con barro de la región de Papantla; fue fácil completar el dibujo y de su lectura se ofrece una síntesis:

1. Centro: el ojo de la noche. Los dos numerales encima podrían referirse al Omeyocan, principio creador de donde procedían también el día y la noche, pero considerándolos una barra y dos puntos, se formaría el número siete, siete días de una de las fases de la luna.
2. En el primer círculo, rodeando al centro, destacan tres aparentes numerales: uno sería el centro descrito como el ojo de la noche, en este caso equivalente a la Luna; los dos de los lados podrían dar pie a considerar los dos numerales del Omeyocan; y el conjunto de tres, a la trilogía totonaca: el Sol, la Luna y el planeta Venus. Perpendicularmente, dos posibles rayos de luz dividen el campo y hacen, con los dos grandes numerales, cuatro departamentos o cuatro campos, en cada uno de los cuales hay, sin duda, grupos de cinco numerales, tal vez válidos por los días de una supuesta

semana, que suman veinte días, los de la veintena, pero si agregan cinco días más, representados por las barras, hacen diez días en cada caso y en total cuarenta, periodo de significación mágica, ahora, volviendo a sumarle tres numerales inferiores, cada grupo resulta de trece días, la conocida trecena, pero que multiplicada por cuatro, da cincuenta y dos, el número de semanas contenidas en el año lunar totonaca o los cincuenta y dos años del xiuhmolpili.

3. El siguiente círculo concéntrico contiene cuatro rayos de sol, que lo dividen en ángulos de noventa grados para indicar, como en Zempoala, medio día, puesta del sol, media noche, nacimiento del sol; cuatro rayos de luna también fragmentan la esfera en cuatro porciones, pero las colocaron a medio espacio de los rayos del sol, por lo que si estos ocho puntos fueran usados a manera de rosa de los vientos, equivaldrían a los cuatro puntos cardinales y sus intermedios.
4. El penúltimo círculo fue ocupado con treinta y dos representaciones de xiuhmolpilis, lo cual arrojaría un total de 1664 años que, divididos en los cuatro cuadrantes anteriormente utilizados, darían 416 años para cada uno y, ciertamente, los totonacas manejaron este periodo en su cronología, mas al examinar las posibles opciones, buscando anclar los periodos en momentos muy concretos y documentados de la historia, hicieron su aparición dos corrientes cronológicas, tal vez polémicas y apoyadas en fuertes razones. Una seguramente ligada con los olmecas por el origen y tal vez adoptada por los toltecas, pero con recia presencia y estereotipo en Yucatán manejando un periodo de 312 años (Kabah), con un punto cero en el año 271 de la Era, cuando los popoloca les arrebataron Teotihuacan a los totonacas, y seguirse a los años: 583, presencia tolteca en Atenamitic (Zacatlán); 895, muerte de Quetzalcóatl en los *Anales de Cuauhtitlán*; 1207, comienzo arquitectónico de las nuevas ciudades totonacas; y el previsto 1519 del regreso de Quetzalcóatl y de los cómputos. La otra, que parece genuinamente totonaca y a la cual se constreñiría el cronólogo que dio los datos a este alfarero,

trabajaba con el periodo de 416 años, partiría del año 145 antes de la Era, cuando los totonacas seguramente iniciaron su aventura imperial que los llevó a la conquista del valle de Teotihuacan, indirectamente, quitándoles Cuicuilco a los huastecas, como enclave en el Valle de México, coincidiendo con el año 271 para el cierre del primer periodo; el segundo en 687, cuando se inició la dinastía de Mixquihuacan con Omeácatl; el tercero el año 1103 o de la disolución; y matemáticamente cerrar el ciclo en 1519, con las profecías. Después el ceramista ya sólo rodeó su enseñanza con las llamas de la hornaza solar.

Esta cerámica de fondo sellado, indudablemente creación de los olmecas históricos, para la época, con centro en Cholula, fue imitada en diversos países años posteriores; en cuanto a su presencia en el Valle de México y por habersele llamado Azteca Uno, siguiendo esta cronología, pudiera cubrir el año 1039 al de 1195, siendo sustituida de 1195 a 1351 por Azteca II o Pánuco V, y de 1351 a 1507 por Azteca III. En la cronología totonaca, su inicio estaría por el año 1051, pero sus diversos tipos continuaron haciéndose hasta la llegada de los españoles, inclusive actualmente; fue muy popular en Cotaxtla y en Zempoala, pero no extraña su presencia en la región de Papantla. Por otra parte, siendo de fondo sellado, se usó el sello para imprimirle sus caracteres e ilustraciones al barro húmedo. Quiérase o no, era una forma de la imprenta, como fue anticipo en Sumeria y Babilonia la impresión en tablillas de barro y, en el caso de la cerámica de fondo sellado en Mesoamérica, una manera perdurable de transmitir y difundir la cultura. Gracias a ello, se puede escuchar la voz de un pueblo y de su vieja sabiduría hoy.

Selección de ensayos y poemas se terminó de imprimir en diciembre de 2008 en los talleres de PROAGRAF S.A. de C.V. siendo Gobernador del Estado de Veracruz el Lic. Fidel Herrera Beltrán y Secretario de Educación el Dr. Víctor A. Arredondo. La edición consta de 3000 ejemplares.